



Klosterheim, o La Máscara

THOMAS DE QUINCEY

(el «comedor de opio» inglés)

Lectulandia

La Guerra de los Treinta Años asola Europa. Las fuerzas leales al emperador combaten sin tregua por mantener su dominio dentro de los extensos límites del Sacro Imperio Romano Germánico. Un ser misterioso y embozado, al que la imaginación popular ha bautizado con el nombre de *La Máscara*, provoca el pánico entre los habitantes de la vieja ciudad de Klosterheim y parece querer frustrar los desleales designios del tiránico Landgrave de la plaza...

Thomas De Quincey (1785-1859), a quien un ilustre contemporáneo, Thomas Carlyle, describió como «el chico más hermoso: ojos azules, cara resplandeciente, si no hubiera habido algo en él que decía: *eccovi... ¡este chico ha estado en el infierno!*», es autor de deliciosas narraciones históricas y profundas meditaciones, como *La rebelión de los Tártaros*, *Los últimos días de Kant* y, sobre todo, *las Confesiones de un «comedor de opio» inglés*, recrea en *Klosterheim*, o *La Máscara* la época y la atmósfera en la que los déspotas, los castillos, las mazmorras, las batallas, las virginales heroínas y los valientes caballeros componían un laberíntico entramado con marcados tintes góticos.

Lectulandia

Thomas De Quincey

Klosterheim o La Máscara

Valdemar - Gótica 02

ePub r1.0

Titivillus 23.08.16

Título original: *Klosterheim, or, The Mask*
Thomas De Quincey, 1832
Traducción: Manuela Romano Mozo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

DE QUINCEY

Thomas De Quincey nace el 15 de agosto de 1785 cerca de Manchester. Su vida se revela, desde el principio, como la de un ser independiente cuya fuerza interior doblega las prescripciones sociales. La muerte de una hermana le proporciona ya la experiencia de dolor y placer, condensada en la imagen de la cara de la niña muerta y el cielo limpio y azul del verano, donde huye «el niño solitario hacia el dios solitario, huida del cadáver arruinado hacia el trono que no admite ruina». Su madre, mujer fanática en cuestiones religiosas, a la antigua usanza evangélica, y falta de comprensión, no aparece mencionada en las *Confesiones*.

El episodio de su fuga de la «Manchester Grammar School» está relatado con detalle en las *Confesiones*. Esta decisión le empujó a la vida errática; primero vagó por el País de Gales, después estuvo en Londres, donde encontró el apoyo de la niña-prostituta Ann, quien siempre permaneció en su memoria. La casa donde encontró refugio estaba en «Greek Street», en el Soho londinense. En 1805 estudia en el «Worcester College», en Oxford; nunca llegaría a graduarse. Aquí entabla conocimiento con la literatura alemana, en especial con la metafísica kantiana, cuya lectura tanto placer le proporcionó en sus estados producidos por el opio. Su adicción comienza en esta época. «Debe haber ocurrido durante el otoño de 1804... era una tarde de domingo húmeda y triste... lo tomé... ¡cómo se elevó desde las más hondas simas el espíritu interior el secreto de la felicidad... la felicidad podía comprarse por un penique». Su estancia en la universidad se prolongó hasta 1808.

Otro de los episodios de su vida del que no hay constancia en sus confesiones es su relación con los poetas de la «Lake-School», Coleridge y Wordsworth. En 1808 emprende una peregrinación en busca de Coleridge, le encuentra en Bridgewater, donde se reconoce discípulo suyo. Más tarde conocería a Wordsworth. De Quincey reparte su tiempo entre grandes paseos, el estudio de la metafísica idealista y el opio, cuyo uso es creciente. En 1816 se casa con Margaret Simpson, la «M» de las «Confesiones». Otro acto considerado como extravagante y desaprobado por los Wordsworth; Margaret era hija de un granjero y de corta edad.

De Quincey tiene grandes proyectos; una obra filosófica: *De Enmendatione Humani Intellectus*; una obra de Economía Política: *Prolegomena to all Future Systems of Political Economy*. Pero no lleva a cabo ninguno de ellos. La necesidad económica le obliga siempre a posponerlos y a colaborar en diversas revistas, como en la conservadora «The Westmorland Gazette». En el «London Magazine», donde había colaborado Keats, aparece en el número de septiembre de 1821 un artículo de 22 páginas: «Confessions of an Opium Eater. Being an Extract from the Life of a

Scholar». En 1830 se establece en Edimburgo con su familia y publica en el célebre «Blackwood's Magazine». De Quincey acabó escribiendo más de 150 artículos. En 1837 muere su mujer, Margaret.

La vida de De Quincey estuvo bajo el signo de la errancia; su aspecto siempre estuvo alejado de la convención, así como sus experiencias. Existen descripciones literarias de su desaliño indumentario y de su aspecto infantil; así, Hill Burton escribió que su ropa consistía en «un gabán infantil de lana gruesa, totalmente raído, con un agujerofragmentos de un pañuelo coloreadozapatos a rayas...». Otra descripción debida a Thomas Carlyle refleja la intensidad de sus experiencias interiores; se le podría haber tomado por «el chico más hermoso: ojos azules, cara resplandeciente, si no hubiera habido algo que decía: *eccovi...* ¡este chico ha estado en el infierno!».

De Quincey murió el 8 de diciembre de 1859 en su vivienda de Lonthian Street de Edimburgo, ante la presencia de dos de sus hijas.

EL OPIO

Cuando se pronuncia Thomas De Quincey, aparecen asociadas en la memoria las palabras «el comedor de opio inglés». La parte más conocida de su obra está consagrada a la meditación sobre los placeres y los dolores inducidos por el opio. El efecto general de su ingestión es la intensificación de los sentimientos. De Quincey explica la excitación producida en argot kantiano; la materia es pasiva, la forma activa, el opio aumenta la capacidad de estructurar la materia, ante idénticos estímulos nerviosos se originan distintas formas —interpretaciones— de esas excitaciones, «el opio aumenta mucho la actividad de la mente, por fuerza aumentará también el modo particular de dicha actividad, que nos permite construir con la materia prima... un refinado placer intelectual». Durante la audición de una obra musical la vida aparece «ya sin dolor... y las pasiones exaltadas, espiritualizadas, sublimadas». Otro placer del opio es «contemplar los placeres del pobre, los consuelos de su espíritu». Pero el mayor placer que proporciona el opio es los éxtasis y ensoñaciones, donde se muestra el deleite de la existencia, «corona y consumación que puede hacer el opio por la naturaleza humana»; él puede hacer surgir «en el seno de la oscuridad ciudades y templos que no alcanzó el arte de Fidias y Praxiteles, superiores en esplendor a Babilonia y Hekatómpilos». El opio produce una excitación general del sentimiento que se traduce en una superproducción de imágenes y restablece el estado afectivo dominado por el placer «al suspenderse cualquier honda irritación que altere y contrarreste los impulsos de un corazón de por sí justo y bueno». Es la expansión del sentimiento —«especie de calor vital»— que culmina en el olvido de sí, lo que Baudelaire expresaba con la «evaporización de sí», Leopardi con la «distracción intensa y total». Este estado supone el restablecimiento de una

salud primitiva; frente a él, la sobriedad es un estado afectivo más que no contiene ninguna marca por la que podamos reconocer su verdad, es simplemente el más habitual, aquél en que los cuerpos pueden ser utilizados para el trabajo; ley exterior que constriñe la necesidad interior, fuente de desarrollo del individuo, de su armonía y unidad. Y junto a los placeres aparecieron los dolores, a los ensueños siguieron las pesadillas; pero De Quincey no hace balance, ni separa los dos aspectos de una misma cosa. El opio intensifica tanto el dolor como el placer, por eso no lo rechaza y advierte a los que propugnan la abstinencia que no les va a prestar su apoyo. Del dolor no concluye la culpa, y como filósofo «cuya mirada interior» revela «la visión y los misterios de la naturaleza humana» sabe que dolor y placer están indisolublemente unidos: aceptar uno es aceptar ambos; «¡Oh dolor!, te cuentan entre las pasiones que deprimes, y es cierto que humillas hasta el polvo, pero también exaltas hasta las nubes».

LA MÁSCARA

La novela fue escrita a raíz de una oferta del editor escocés William Blackwood, y es la única dentro de su producción literaria. Es una obra tardía dentro del género —apareció en la primavera de 1832—, pero en ella están contenidos muchos de los elementos que hacen reconocible un ejemplar de esta especie, junto a características pertenecientes al escritor, períodos largos y complejos, imágenes singulares, propias de su capacidad soñadora, y pasajes donde se hace patente su fuerza para manifestar lo lírico en una pieza argumental, pasajes de «apasionada prosa». El escenario elegido es una ciudad imaginaria, ubicada en el sur de Alemania, Klosterheim. La acción se desarrolla durante el periodo de la guerra de los Treinta Años, en que las diversas potencias europeas entraron en conflicto a raíz de la pugna que mantenían la casa de Habsburgo y los nobles protestantes alemanes y cuyo fin —la paz de Westfalia— supuso un nuevo reparto de poder en Europa. La lucha se caracterizó por una serie de cambiantes alianzas con príncipes y prelados, por el carácter mercenario de los ejércitos que, cuando no conseguían la paga, se precipitaban en los campos, devastaban las ciudades, dejando todo en ruinas a su paso.

Este escenario es adecuado para desarrollar el sentido básico que posee a los héroes y heroínas góticos; la aprehensión y premonición de un desastre inminente, pero no identificado. El carácter de inseguridad provocado por la guerra, se ve incrementado por la tiranía con que el Landgrave, ayudado por su malvado consejero Luigi Adorni, somete a la ciudad, creando el pánico y el desconcierto. En el Landgrave está encarnado el villano de la novela, que como tal no descansa de planear y ejecutar tramas y maquinaciones que le hagan conseguir sus malvados fines. En su ayudante y confidente, se puede observar un ejemplar algo degenerado de político renacentista italiano. El lugar donde se mueven los personajes, como

corresponde al universo gótico, está devastado, en ruinas; los peligros acechan desde todas partes, su carácter es lúgubre. Abundan las escenas crepusculares y nocturnas, la caravana detenida en el bosque o avanzando a través de él; los oscuros corredores y túneles del castillo, el convento y los tenebrosos jardines que lo rodean, contribuyen a crear una atmósfera donde cualquier suceso puede acaecer. Las apariciones de la máscara resultan incomprensibles, nadie puede llegar a explicar sus acciones; esto, junto con las leyendas que se cuentan acerca del castillo, constituyen el elemento sobrenatural, o aparentemente sobrenatural de la narración.

Los protagonistas están siempre de viaje, en constante exilio, son una copia del modelo errante por excelencia. Están aislados, a veces de forma involuntaria, como Paulina. Los orígenes familiares de Maximiliano están envueltos en la oscuridad; como buen héroe gótico, contiene una identidad dudosa.

Errantes, sujetos a las constantes agresiones de un universo en ruina y sin sol, con todas las implicaciones simbólicas que ello conlleva, vagan los héroes sin dirección ni meta, en la espera del primer brillo de luz, representado en el descubrimiento de los orígenes y el encuentro de los amantes.

CAPÍTULO PRIMERO

El invierno de 1633 se había instalado con una severidad poco común en Suabia y Baviera a pesar de que apenas había transcurrido la primera semana de noviembre. En realidad, nuestro relato comienza el día ocho de ese mes, o, según nuestros cálculos modernos, el dieciocho; fecha muy tardía, como venía siendo habitual en los últimos años, para ampliar el curso de las operaciones militares sin perder demasiadas fuerzas. En efecto, últimamente se había puesto de manifiesto que, sin suspender las hostilidades o ni siquiera disminuirlas, campañas enteras de invierno habían entrado a formar parte de la política del sistema de guerra que en aquel tiempo se extendía rápidamente por toda Alemania, amenazando con transformar sus provincias centrales, hasta hacía poco edenes florecientes de paz y prosperidad, en un erial de lamentos. Ya había convertido regiones inmensas en un solo campo de batalla, o de matanza humana, haciendo recordar a cada paso, por los infinitos monumentos de su destrucción, la felicidad pasada. Esta innovación en las viejas prácticas bélicas la habían introducido los ejércitos suecos, cuyas costumbres y entrenamiento nórdicos les predisponían felizmente para recibir el invierno alemán como un cambio beneficioso; mientras que para los soldados de Italia, España y el sur de Francia, a quienes la dura transición de sus soleados cielos había convertido el mismo clima en una severa prueba, este cambio de política los hostigaba con penas que a veces paralizaban sus esfuerzos.

No era, sin embargo, un cambio tan viejo como para resistir las extraordinarias condiciones climatológicas. Durante las últimas semanas el frío había sido tan intenso, y tan prematuro, que en todos los cuarteles de la pobre y exhausta tierra había expectativas halagüeñas de un armisticio general. Y como éste, una vez establecido, ofrecería la oportunidad de tomar alguna medida de pacificación permanente, no podía extrañar que el esperanzador corazón humano, largamente oprimido por oscuras perspectivas, se abriese con extraordinaria prontitud al primer amanecer luminoso de tiempos mejores. Efectivamente, la reacción de las gentes fue repentina y unánime. También ocurría que el momento de este cambio de panorama conllevaba otro placer. El invierno, cuya peculiar severidad había creado la aparente necesidad de un armisticio, trajo con él numerosos placeres domésticos asociados desde tiempo inmemorial con esta estación en todos los climas nórdicos. El frío, que casualmente había abierto un sendero hacia esperanzas más lejanas, constituía en ese momento una cortina entre ellos mismos y la espada enemiga. Y ocurría que la misma estación que ofrecía una perspectiva bastante probable, por remota que fuese, del restablecimiento final de la felicidad pública, les prometía saborear por anticipado esta bendición en la inmediata seguridad de sus hogares.

Pero, en la antigua ciudad de Klosterheim se podía pensar que nadie compartía

estos sentimientos. En los últimos días se había observado cierto movimiento y agitación entre sus habitantes; y en la mañana del día ocho, a pesar del intenso frío, se veía a personas de todos los rangos congregarse desde las primeras horas a lo largo de las murallas de la ciudad, y volver a ratos a sus casas con miradas inquietas e insatisfechas. En las esquinas de las calles principales se encontraban reunidos grupos de hombres y mujeres, discutiendo acaloradamente o protestando con ira; o bien, lamentando alguna desgracia pasada, ya casi en el olvido, recordándola mientras profetizaban una catástrofe similar para el presente día.

Donde más gente había era en la gran plaza, a la que daba el antiguo palacio almenado o *schloss*, así como el principal convento de la ciudad, y donde estaba el punto de reunión de muchos espíritus turbulentos. La mayoría de éstos eran hombres jóvenes, y entre ellos numerosos estudiantes universitarios: pues la guerra, que había reducido o hecho desaparecer totalmente algunas de las mejores universidades de Alemania, bajo las singulares circunstancias del momento, había incrementado enormemente la de Klosterheim. A juzgar por la tendencia dominante y algunas expresiones fortuitas que se oían de vez en cuando, cualquier forastero podría conjeturar que la multitud no se ocupaba en vanas lamentaciones de males inminentes, sino que se preparaba seriamente para afrontarlos o repararlos. Un oficial de cierta graduación los había estado observando durante algún tiempo desde los viejos portales del palacio. Es probable, sin embargo, que no le llegaran más que sus gestos, pues al rato se acercó y se fue metiendo poco a poco entre la multitud, con el aire de aquél cuyo único interés en los actos es el de la simple curiosidad. Pero su porte marcial y su uniforme no le permitieron disimular su propósito. Con algo más de tiempo y de cuidado para tomar precauciones podría haber pasado por un espectador indiferente. Tal como estaban las cosas, su sable adornado con joyas, la pesada cadena de oro, colgando de un costoso botón y lazo que la sujetaban hasta la mitad de la espalda, y su ancha bufanda escarlata, bordada con especial brillantez, le delataban como uno de los oficiales favoritos del Landgrave, cuyos ambiciosos proyectos y el modo tiránico en que los llevaba a cabo eran en ese momento objeto de la repulsa general en Klosterheim. Su propia apariencia corroboraba el servicio que había adoptado. Era un hombre corpulento, de figura algo elegante, entre treinta y tres o treinta y cuatro años de edad, aunque quizás uno o dos podían deberse a los efectos bronceadores del sol y del viento. En su aire y en su comportamiento denunciaba a simple vista la mezcla de indolencia y serenidad de la educación militar; y por sus facciones regulares y extraordinariamente inteligentes, podría considerársele, en su conjunto, un hombre de aspecto encantador de no ser por lo repulsivo de su mirada, en la que había una siniestra expresión de falsedad y, en ocasiones, de feroz violencia.

Alertados por su uniforme y por la severidad de su rostro, los de rango inferior guardaban silencio cuando pasaba, o reducían sus voces a susurros o murmullos inaudibles. Entre los estudiantes, sin embargo, había numerosos jóvenes vehementes

que desdeñaban envalentonados moderar la expresión de sus sentimientos o bajar su tono. En una de las esquinas de la plaza, un nutrido grupo de ellos llamaban la atención, tanto por el lugar destacado que ocupaban en los escalones del pórtico de una iglesia como por el estrépito de sus voces. Hacia ellos dirigió sus pasos el oficial. Probablemente, ningún amante de los espectáculos tendría que esperar mucho para presenciar una explosión entre dos bandos igualmente dispuestos a ofenderse imprudentemente. Pero, desde la esquina opuesta de la plaza, se acercaba en ese momento un joven con ropas de calle que atrajo la atención general de la multitud, y el estruendo de los saludos de bienvenida abogó los demás sonidos.

—¡Larga vida a nuestro líder! ¡Bienvenido, buen Max! —resonó por la plaza.

—¡Saludos a nuestro hermano! —clamaban los estudiantes.

Y todos se precipitaron hacia él con tal ímpetu que alejó de momento toda la atención del oficial. El militar se quedó solo en los escalones de la iglesia, observando esta escena de jubilosa bienvenida, como único espectador que ni comprendía totalmente su significado ni compartía sus sentimientos.

El forastero, que vestía en parte el antiguo uniforme de la universidad de Klosterheim y en parte atuendo de viajero, manchado con marcas recientes de los caminos y de la intemperie, avanzaba entre sus amigos con aire franco, bondadoso y digno a la vez. El recién llegado contestó a sus saludos con palabras alegres; pero su aspecto reflejaba ansiedad y sus movimientos eran apresurados. Quizás no advirtió la presencia del oficial, o bien creía que la importancia de lo que tenía que comunicar transcendía todas las restricciones normales de la prudencia. Por eso, a pesar de todo, alzó la voz y abordó rápidamente el asunto:

—¡Amigos! He visto al maldito Holkerstein; he penetrado en su fortaleza. Con mis propios ojos he visto y contado a sus viles asesinos. Triplican en fuerza al número mayor de nuestros amigos. Sin nuestra ayuda, nuestros deudos están perdidos. Habrá pocos de nosotros que no pierdan un amigo querido antes de que pasen tres noches si Klosterheim no cumple decididamente con su deber.

—¡Lo cumpliremos, lo cumpliremos! —exclamó una multitud de voces.

—Entonces, amigos, manos a la obra. Nunca ha habido tanta necesidad de una resolución repentina. Quizás la espada de ese odiado ladrón corte sus cuellos antes de que se ponga el sol mañana. Pues tiene conocimiento (no sé cómo ni cuánto) de su llegada. Nadie cree que Holkerstein sea un hombre que conozca la compasión ni la piedad. Donde no haya rescate se quitará de encima el peso de los prisioneros con una masacre general. Ni siquiera los niños se salvarán.

Muchas mujeres se habían congregado para entonces en la parte externa del círculo formado por los oyentes. Y era tal vez a sus oídos en particular a los que el forastero incitaba con sus últimas palabras, añadiendo:

—¿Contemplantéis dócilmente desde vuestras murallas otra masacre como la que hemos presenciado?

—¡Maldito sea Holkerstein! —clamó una multitud de voces.

—¡Y malditos sean quienes abiertamente o en secreto le apoyan! —añadió uno de los estudiantes, mirando gravemente al oficial.

—¡Amén! —contestó el oficial en tono solemne y mirando a su alrededor como quien no se supone incluido dentro de la sospecha.

—Y, amigos, recordad esto —continuó el favorito del pueblo—: mientras os encontréis desempeñando los deberes de cristianos y de hombres valientes frente a los que se lanzan sobre la hospitalidad de vuestra ciudad, estaréis también pagando una gran deuda con vuestro emperador.

—Despacio, joven, despacio —interrumpió el oficial—. Su serena alteza, mi señor feudal, y el vuestro, gobierna aquí, y el emperador no tiene lugar en nuestra lealtad. En cuanto a deudas, lo que la ciudad le debe al emperador se lo pagará. Pero en hombres y caballos, creo yo.

—Es precisamente la moneda que los tiempos exigen. Esa será la que más agrade al emperador, y quizás convenga a las circunstancias de la ciudad. Pero, dejando los derechos del emperador para que los discutan los abogados, usted, señor, que es un soldado, y valiente, no lo dudo, ¿aconsejará al Landgrave que contemple desde las ventanas de su castillo cómo un vil merodeador roba o asesina a personas inocentes que se acogen a la hospitalidad de esta ciudad?

—Sí, señor, eso haré, se lo aseguro. El Landgrave es mi señor.

—¿Desde cuándo? Desde el jueves pasado, creo; pues fue ese día cuando su *tertia* entró por primera vez en Klosterheim. Pero, haga lo que le parezca, si para ustedes los caballeros valones es una cuestión de honor observar cómo se asesina a mujeres y niños. Ningún hombre con tales propósitos es soberano mío; y en cuanto al Landgrave en particular...

—¡Ni nuestro, ni nuestro! —exclamó un tumulto de voces que ahogó las palabras del joven estudiante acerca del Landgrave, aunque algunas llegaron a oídos del oficial. Miró éste a su alrededor en busca de algún compañero militar que le apoyase en el *voye du fait* al que su pasión le incitaba en ese momento. Pero, como no veía a ninguno, exclamó:

—¡Ciudadanos, no llevéis este asunto demasiado lejos! Y usted, joven, tenga mucho cuidado, pues está al borde de la traición.

Un clamor de risas respondió a sus palabras.

—¡De la traición, insisto! —repitió furioso—; y este comportamiento salvaje, y lo digo con pena, quizás decida al Landgrave a poner vuestra ciudad bajo la ley marcial.

—¡Ley marcial! ¿Habéis oído eso? —corrió de boca en boca.

—He dicho ley marcial, señores. ¡Cómo vais a saborear los pequeños artículos de ese código! El jefe de la policía hace cortas las despedidas. Dos brazas de cuerda, y cualquiera de estos bonitos balcones viejos que veo a mi alrededor —dijo señalando las antiguas galerías de madera que recorrían los pisos medios del Convento de San Pedro—, con confesor o sin él, según lo permita el desayuno del jefe, bastarán para segar de cuajo, a mi entender, el capricho de hombres bastante mejores que

cualquiera de los que ahora veo ante mí.

Diciendo esto, hizo una solemne reverencia en tono de mofa a la multitud que se encontraba a su alrededor, que había aumentado ya en número y en virulencia. Los que estaban en los círculos más alejados y no podían oír con claridad sus palabras, habían estado discutiendo acaloradamente la alarmante confirmación de sus temores con respecto a Holkerstein, o escuchando la exaltada narración de una mujer que ya había visto asesinar a uno de sus hijos en los muros de la ciudad por las gentes de ese rufián. Ahora le auguraba el mismo destino a su hijo superviviente y a su hija en caso de que viajasen con la expedición que se esperaba de Viena. Acababa de relatar las trágicas circunstancias de la muerte de su hijo y se había ganado la apasionada simpatía de la muchedumbre cuando, de repente, en un momento tan poco oportuno para el oficial, alguna repetición poco fiel de sus palabras acerca del preboste marcial y la soga corrieron velozmente de boca en boca. Se decía que había amenazado con la muerte instantánea en un consejo de guerra sumárisimo a todo aquel que especulase siquiera con la idea de socorrer a sus amigos del exterior, expuestos a los peores peligros y atrocidades. La sarcástica reverencia y el rostro arrebatado del oficial los vieron más miradas de las que sus palabras alcanzaban. Los ojos llameantes y los brazos alzados de muchas personas de la multitud, especialmente de las más alejadas, que habían percibido con menos claridad sus palabras, advertían a quienes conocían Klosterheim y su temperamento del peligro que corría en ese momento. Maximiliano, el joven estudiante, olvidó su indignación, preocupado por la seguridad inmediata del oficial. Así que lo cogió de la mano y exclamó:

—Señor, hace apenas un momento que me previno de que me encontraba al borde de la traición. Mire por su propia seguridad, pues las miradas de algunos que veo por allá son peligrosas.

—Joven caballero —replicó el otro desdeñosamente—, supongo que es usted estudiante. Permítame aconsejarle que vuelva a sus libros. Allí estará en su elemento. En cuanto a mí, estoy familiarizado con caras tan furiosas como esas, y con manos aún más terribles. Créame, no veo aquí a nadie —y aunque afectó hablar con una frialdad impertérrita, su voz tembló de pasión— que estime siquiera digno de la consideración de un soldado.

—Y sin embargo, coronel Von Aremberg, hay entre nosotros al menos uno que ha tenido el honor de tener bajo su mando a hombres de tan alto rango como usted.

Y diciendo esto sacó del pecho una lámina de ónice extraordinariamente bella que llevaba colgada del cuello, y en la que estaba esculpida en una de sus caras un rostro sorprendente, mientras que en la otra, que mostró al coronel, había una delicada imagen de un águila arrastrándose en el polvo y abriendo sus alas, con una sola palabra como lema: *Resurgam*.

Nunca se reflejó con tanta rapidez la expresión de repugnancia en un rostro humano. El coronel sólo miró una vez, vio la imagen del ave arrastrando sus alas por el polvo, oyó la palabra *Resurgam* pronunciada en voz alta, y se le mudó el color. Sus

labios se tornaron lívidos de pasión, desenvainó furiosamente la espada y saltó sobre su pacífico oponente, olvidándose del tiempo y del lugar. Con perfecto dominio de sí mismo, Maximiliano desvió fácilmente los poderosos golpes del coronel, y podría haberlo desarmado sin mayor problema. Pero en ese momento, la multitud, reprimida hasta entonces por los estudiantes más solícitos, perdió el control. En el ataque violento a su héroe y caudillo vieron claramente la confirmación plena de las peores impresiones que habían recibido del temperamento e intenciones del coronel. Varios de ellos se apresuraron a ejecutar una venganza sumarásima. El primero, un mecánico de Klosterheim que destacaba por su fuerza hercúlea, tumbó de un solo golpe a Von Aremberg en el suelo. Un aullido salvaje anunció el terrible destino que pendía sobre el oficial caído. Y a pesar de los esfuerzos de Maximiliano y de sus compañeros estudiantes por protegerlo, es probable que ningún obstáculo humano hubiese sido capaz de sofocar la sed de venganza despertada, y habría perecido, de no ser por el suceso que en ese preciso instante desvió la atención de la muchedumbre.

Sonó un cañonazo desde una atalaya. El cañón, destinado en aquel tiempo a anunciar la proximidad de los forasteros, había sido disparado diez minutos antes, pero pasó inadvertido con el estrépito de la multitud. De este modo, sin previo aviso a la muchedumbre congregada en ese momento, un mensajero entró a galope en la plaza, camino de palacio, y fue detenido súbitamente por la densa masa humana.

—¡Noticias, noticias! —exclamó Maximiliano—. ¡Nuevas de nuestros queridos amigos de Viena!

Dijo esto con el generoso propósito de desviar a la muchedumbre del desgraciado Von Aremberg, aunque comprendió que el mensajero venía de otra dirección. Su plan tuvo éxito. Todos corrieron tras el jinete, salvo los dos o tres más sanguinarios que, carentes de toda ayuda, fueron fácilmente apartados de su presa. La oportunidad fue aprovechada rápidamente para llevar al coronel, aturdido y ensangrentado, a las puertas de un convento franciscano. Confiado al cuidado médico de los santos padres, corrió Maximiliano con sus compañeros hacia la cancillería de palacio, donde el mensajero había entregado sus despachos.

Eran sumamente interesantes. Muchos dudaban de verdad, mientras que otros, fingiendo servir a los intereses del Landgrave, mantenían la incertidumbre de si la comitiva de Viena tardaría en llegar a la entrada del bosque una semana o más. Ahora habían llegado ciertas noticias y, antes de poder acallarlas, ya era del dominio público que la expedición con todo su equipaje llegaría esa misma tarde, tras un viaje venturoso. El mensajero había dejado la avanzadilla al mediodía, con una escolta de cuatrocientos Yagers Negros de la Guardia Imperial y doscientos Dragones de Pepenheim, en Waldenhausen, en los límites del bosque. Se esperaba que el cuerpo principal y la retaguardia alcanzasen ese mismo punto en cuatro o cinco horas. Todo el grupo fortificaría entonces su campamento lo mejor posible contra los ataques nocturnos que con tanta razón temían.

Éstas eran las noticias que, dando un respiro de cuarenta y ocho horas, aliviaron a

los que temían que esa misma noche podrían contemplar a sus queridos amigos enzarzados en una lucha sangrienta a las mismas puertas de Klosterheim, pues el Landgrave estaba decidido a no reducir su fuerza militar, o a reclutarla posteriormente. El gobierno actual de la ciudad confiscaba rigurosamente hombres, caballos, armas y cosas semejantes, y disponía de tal poderío militar, si se contaba no sólo la fuerza numérica de sus tropas sino también el poder de arrasar las principales calles de la ciudad y algunos caminos importantes del exterior, que se cuestionaba seriamente si la insurrección unánime de la población tenía alguna posibilidad de resistir con éxito al gobierno. Pero otros ni siquiera hallaron consuelo temporal en esta información. Consideraban que Waldenhausen podría encontrarse tal vez en el mejor lugar para el feroz ataque. Había una posta solitaria, pero no existía ningún pueblo o aldea. El bosque sólo tenía allí treinta y cuatro millas de ancho. Si la carnicería más sangrienta se efectuaba al amparo de la noche, ningún ruido cruzaría el bosque a tiempo de prevenir a los numerosos amigos que estuviesen despiertos en sus camas de Klosterheim.

Un pequeño hecho contribuyó a limitar y dirigir la aflicción pública, que parecía haber alcanzado su punto culminante. El mensajero había traído un gran paquete de cartas a individuos privados de toda Klosterheim. Muchas estaban escritas por niños, conscientes de la terrible catástrofe que les amenazaba. Llevaban largo tiempo separados de sus padres por el fragor de la guerra. Procedentes de diversas regiones, se habían reunido en Viena para formar lo que en lenguaje oriental se podía denominar la caravana. Muchos de sus padres, procedentes de lugares igualmente dispares, se habían concentrado también en Klosterheim y, tras grandes vueltas del destino, se iban a reunir de nuevo. Las cartas expresaban sentimientos de esperanza y cariñosa alegría propios de la ocasión. Relataban los avatares que habían pasado durante sus veintiséis días de viaje, los grandes pueblos, brezales y bosques que habían atravesado desde que dejaron las puertas de Viena, y contaban con inocencia infantil el placer que sentían al hallarse a dos jornadas de las puertas de Klosterheim. En el bosque —comentaban— no encontraremos más peligros, ni más soldados, ni nada peor que los ciervos salvajes.

Las cartas escritas en estos términos contrastaban con la triste realidad del caso, y acentuaban la angustia del miedo y de la espera en toda la ciudad. Maximiliano y sus amigos, incapaces de soportar la tensión del sentir popular, se separaron de la ruidosa muchedumbre y, en el retiro de sus habitaciones, tomaron la determinación de estudiar, antes de que fuera demasiado tarde, si, en su desesperada situación de resistir contra el Landgrave sin causar más muertes de las que querían evitar, era aún posible hacer algo para oponerse a los sangrientos propósitos de Holkerstein.

CAPÍTULO II

La expedición por la que tanto temían en Klosterheim llegó aquella misma tarde a Waldenhausen sin grandes pérdidas ni sobresaltos. Efectivamente, habían viajado con extraordinaria seguridad, teniendo en cuenta la longitud del viaje y el inestable estado del imperio. Hacía casi un mes que habían partido de Viena, donde se había reunido un considerable número de personas de las tierras vecinas para aprovecharse de la escolta. Algunas se habían ido quedando en distintos puntos del camino, pero se les unían muchas más a medida que avanzaban. En cada ciudad importante encontraban grandes aglomeraciones de forasteros, reunidos en busca de protección temporal contra la tormenta de la guerra, que se propagaba de un distrito a otro. Y muchos de ellos estaban ansiosos por probar la suerte del cambio, o, por motivos más prudentes, preferían la protección de un lugar como Klosterheim, situado en un rincón aún no visitado por el azote de las ejecuciones militares. Así pues, de un grupo de setecientos cincuenta, con una escolta de cuatrocientos *yagers*, número que sumaban al traspasar las puertas de Viena, se habían convertido gradualmente en una partida de mil setecientos, incluidas las dos compañías de *dragones* que se les habían unido en una de las postas fortificadas, bajo las órdenes del emperador.

La mayor parte de la expedición consideraba muy extraño que, tras atravesar gran parte de Alemania sin encontrar ningún peligro inminente, se les recomendase una vigilancia excepcional y que tomasen las mayores precauciones justo al final de su viaje. A lo largo de toda la ruta se habían cruzado con columnas de tropas en marcha y, de vez en cuando, con bandas errantes de desertores, que eran terribles con los viajeros desprotegidos. Habían intimidado a algunos con la ostentación de su superioridad militar; de otros, de las fuerzas imperiales, habían recibido jovial ayuda; y, con cierta previsión y estrategia, habían conseguido evitar constantemente a varios cuerpos del ejército sueco, temible por su número, mediante un ligero desvío o con paradas temporales en algún lugar fortificado. Pero ahora todos sabían que probablemente los acechaba un filibustero desesperado y sin piedad que, al confiar exclusivamente en su espada, no permitía a nadie ningún otro tipo de veredicto.

Holkerstein, el bandolero militar, era uno de los muchos engendros que habían surgido de las ruinas del orden social en esta larga y lamentable guerra. Se había atraído a todos los rufianes de su entorno y a tantos desertores del ejército regular del centro de Alemania como podía mantener a su servicio con el libertinaje del saqueo ilimitado. Con todo esto había creado unas fuerzas respetables y se había apoderado de varios castillos de Wirtemberg, a cincuenta o sesenta millas de Klosterheim. Había atacado y vencido a muchas partidas de tropas regulares enviadas para reducirle, y, gracias a su gran actividad y a sus conocimientos del lugar, había alcanzado tal popularidad que el temor de su nombre se había extendido hasta Viena, por lo que el

gobierno imperial había concedido una escolta de *yagers* mayor de lo habitual. Una dama, vinculada a la familia del emperador, hija natural de éste, según los que conocían el secreto, acompañaba al grupo de viajeros con un séquito de sirvientas. A esta dama, conocida por el nombre de condesa Paulina, le debía el resto de la caravana su escolta; y por esto, así como por su rango, fue tratada con ceremonioso respeto a lo largo del viaje.

Doña Paulina viajaba con su séquito en carruajes tirados por los más fuertes caballos de artillería que podían conseguirse en los puestos militares. Durante la última jornada había viajado en la retaguardia, y, debido a la demora ocasionada por un accidente, era esperada con cierta impaciencia por el resto del grupo, cuyos últimos integrantes llegaron a Waldenhausen a primeras horas de la tarde.

Para cuando llegó su comitiva de carruajes ya se había puesto el sol, y como a partir de entonces estaban expuestos al peligro que representaba Holkerstein, se les pidió de inmediato que contribuyesen a reforzar el campamento en previsión de un ataque nocturno, rodeándolo, junto a los demás furgones, y disponiendo una triple fila en los accesos más expuestos a una carga de la caballería. Se realizaron muchos más preparativos. Los *yagers* y los *dragones* tomaron medidas para poder montar con rapidez a la menor señal de alarma. Fueron establecidos fuertes puestos avanzados. Alrededor del campamento se apostaron centinelas, que eran debidamente relevados cada hora debido al frío extremo. Y, en general, dado el gran número de oficiales veteranos que había entre ellos, la mayor parte de los viajeros pudo dedicarse a la tarea de preparar sus cenas con cierta tranquilidad, pues los mayores vieron que se habían tomado todas las precauciones y los más jóvenes no eran conscientes de ningún peligro extraordinario.

Waldenhausen había sido una población de cierta importancia. Actualmente sólo quedaba una casa, rodeada, sin embargo, de una propiedad tan extensa de pajares, establos y otras dependencias que, a poca distancia, parecía una aldea importante. La mayoría de las dependencias tenían sus pisos altos repletos de paja o de heno, y las mujeres y los niños prepararon allí sus alojamientos para la noche, pues eran los lugares más resguardados para una estación tan severa. La casa estaba amueblada con un sencillo estilo campesino, pero en otros aspectos era de categoría superior, grande y espaciosa. Las mejores estancias se habían reservado para Doña Paulina y su servidumbre; otra para los oficiales de mayor graduación, y el resto se había dejado para uso indiscriminado de los demás viajeros.

Al atravesar el vestíbulo de entrada, Paulina se fijó en un hombre de aspecto chocante y *farouche*, pelo oscuro y revuelto, ojos vivos y salvajes, que brillaban con maliciosa picardía y que la observaron mientras pasaba, con una mirada mezcla de insolencia y curiosidad que la hizo estremecerse involuntariamente. Estaba indolentemente reclinado contra la pared cuando ella entró, pero, a su paso, se enderezó con un movimiento brusco, probablemente no por un sentimiento de respeto, sino bajo una poderosa impresión de sorpresa, al ver a una joven de figura

espléndida e impresionante belleza en circunstancias tan poco acordes con lo que podrían considerarse sus pretensiones naturales. La dignidad de su porte y el número de sus sirvientes denunciaban a las claras las lujosas estancias que cabía esperar de sus costumbres. Y ahora entraba en un alojamiento que en los últimos años había recibido a pocas personas de su sexo, y probablemente sólo a las de la más baja categoría.

—¡Quédate en tu sitio, compañero! —exclamó una de las camareras, enojada al notar la mirada grosera y el efecto que produjo sobre su señora.

—De buena gana, señora, desearía que la distancia entre nosotros fuese mayor. No han sido mis oraciones, se lo aseguro, las que han traído a un escuadrón de caballos a Waldenhausen, capaz de comerse en doce horas el rescate de una princesa. Imagino que tendré poco que agradecerles a unos *yagers*, y el pago de los *dragones* tendrá tanto valor en el bosque como la mirada de rechazo de una dama en Waldenhausen.

—¡Patán! —dijo un oficial de los *dragones*—. ¿Cómo sabe que nuestra paga es escasa? El emperador no coge nada sin pagarlo, al menos de personas como usted. Pero, a propósito de rescates, ¿cuál sería el que pediría actualmente Holkerstein por una granja atiborrada con la cosecha de tres años?

—¿Qué quiere usted decir con eso, capitán? La cosecha es mía, y nunca estuvo en peores manos. ¡Dios no le ha enviado peor suerte hoy!

—Vamos, vamos, señor. Usted me comprende perfectamente. Supongo que en Waldenhausen nada es suyo ni de nadie sin el permiso de Holkerstein. Y cuando veo tantos graneros repletos, con sus alegres cargas de heno y grano, capaces de alimentar a una guarnición de Holkerstein durante dos sitios, sé lo que debo pensar de quien los ha almacenado impunemente. El que sirve a un ladrón lo hace bajo las condiciones de un ladrón. En tales negocios sólo vale una palabra, y es la del ladrón. Pero venga, hombre, yo no soy su juez. Sólo mantendría a mis soldados en guardia en alguno de los puestos avanzados de Holkerstein. Y a usted, labriego, le recordaría que una gracia del emperador aún puede mantenerle en pie, aunque un ladrón le haya ayudado a echarse la soga al cuello.

Los soldados rieron, pero captaron la insinuación de su oficial de vigilar los movimientos de este hombre, cuya inmunidad contra los saqueos, en circunstancias tan tentadoras para la codicia de un saqueador militar, revelaba ciertamente alguna confabulación con Holkerstein.

Durante este diálogo, Doña Paulina había pasado a una estancia interior, esperando encontrar la tranquilidad y el calor necesarios para su reposo. Pero el antiguo horno estaba excesivamente estropeado para ser de alguna utilidad; la madera estaba podrida y dejaba pasar corrientes de aire frío; y, sobre todo, debido a la delgadez de las paredes, el ruido y un tumulto de una casa ocupada por soldados y viajeros era tan persistente que, tras cenar con sus sirvientas, resolvió retirarse a pasar la noche en su carruaje, más abrigado y silencioso.

El carruaje de la condesa había sido emplazado en el extremo del campamento, donde acababa la línea defensiva, junto a un espeso bosque que parecía ofrecer una protección natural contra el ataque de la caballería. Efectivamente, debido a la cantidad de raíces retorcidas y a la irregularidad del terreno, parecía difícil que un jinete pudiera avanzar siquiera unas cuantas yardas sin caer. Y en este lado se había considerado suficiente apostar a un solo centinela.

Confiada por las numerosas precauciones tomadas y por la alegre charla del oficial de guardia que la acompañó hasta la puerta de su carruaje, Paulina tomó asiento con una sirvienta en el coche y se protegió del frío con las pesadas túnicas de pieles y de armiño que le ofrecía su amplio vestuario, cuyas dimensiones le permitieron convertirlo en un sofá o diván.

La juventud y la salud duermen bien; y con todos los medios y comodidades de que disponía Doña Paulina, cansada como se encontraba por la fatiga de un día de marcha por caminos casi intransitables y de escabroso terreno, había pocas razones para pensar que se perdería el beneficio de sus ventajas naturales. Sin embargo, el sueño no llegaba, o lo hacía solamente a rachas fugaces que le traían imágenes turbulentas, unas veces de la corte del emperador en Viena, otras de la larga sucesión de escenas agitadas y caras feroces que habían pasado ante ella desde que abandonaron la ciudad. Ahora veía los equipajes y el extenso bagaje de su propia expedición, con la escolta militar desfilando a la luz de las antorchas bajo las puertas de antiguas ciudades. Un momento después, los pueblos destruidos, con sus caseríos desmantelados —puertas y ventanas arrancadas, paredes quemadas por el fuego—, y algunos perros hambrientos, con ferocidad de lobos en los ojos inyectados de sangre, merodeando entre las ruinas; miserias que tanto habían afligido su corazón. Al despertar de estos dolorosos recuerdos, caía en un inquieto y ligero sueño que le traía otros aún más alarmantes: bandas de fieros desertores, que miraban su expedición con codicia salvaje, sin el menor sentido de inferioridad, mientras en los mismos campos que habían cultivado, ahora silenciosos y tranquilos de pura desolación, aparecían los cuerpos deshechos de los inofensivos campesinos, abandonados aquí y allá sin los honores de la sepultura, debido a la total exterminación de la población rural de la región. Luego venía un caos de figuras, en las que destacaban los vestidos y los morenos rostros de los gitanos de Bohemia, tal como los había visto participar por igual en todos los bandos; y, en la persona de su jefe, su imaginación veía repentinamente la clara semblanza de su sospechoso anfitrión en el alojamiento actual y la maliciosa mirada con que la había desconcertado.

Un súbito movimiento del carruaje la despertó, y a la luz de una lámpara colgada de la rama de un árbol, vio, al asomarse, el rostro cetrino del hombre cuya imagen acababa de invadir sus sueños. Al encontrarse la luz bastante más cerca de él que de ella, podía ver sin ser vista; y tras recordar las fuertes sospechas contra su honestidad, insinuadas por el oficial y sin respuesta del sospechoso, se propuso observarle.

CAPÍTULO III

La noche era cerrada y Paulina sintió que le invadía un terror momentáneo mientras contemplaba la negrura de los oscuros caminos que se introducían en el bosque, más sombríos aún bajo el brillo de las lámparas del campamento. Entonces advirtió alarmada que el bosque comenzaba allí mismo, extendiéndose (como le habían informado) en algunas direcciones más de cincuenta millas, y que, si el lugar ocupado por el campamento era inaccesible a caballo por este lado, podría, sin embargo, ocurrir que personas desalmadas penetrasen a pie desde la oscuridad del bosque, en cuyo caso, ella misma y el espléndido botín de su carruaje serían la primera y más fácil de las presas. Incluso, en ese mismo momento, los más odiosos de aquellos atroces infelices que el tiempo había creado, podrían estar escondidos, acechando con los ojos fijos en las partes débiles o desprotegidas del campamento, y esperando que la medianoche cubriese con el sueño más profundo a la mayor parte de la cansada expedición, para llevar a cabo entonces un ataque combinado y sangriento. Con la ventaja de la sorpresa y la oscuridad, y el conocimiento que tenían de cada camino y sendero del bosque, era indudable que darían un golpe efectivo contra la caravana de Viena, que casi había terminado su viaje sin pérdidas ni privaciones importantes. Y Holkerstein, consciente de sus escasas oportunidades, se animaría sin duda a hacer un esfuerzo temerario y enérgico.

Paulina encontró tiempo para entregarse a pensamientos tan desagradables, pues el rufián había desaparecido un instante después de descubrirlo. En el profundo silencio que siguió, no pudo apartar de sí la dolorosa fascinación de imaginar las peores posibilidades a las que estaba expuesta su situación actual. Se imaginaba los horrores de una *camisade*, que tantas veces le habían descrito. Veía con aprehensión la salvaje banda de carniceros confederados, surgiendo de la profunda soledad del bosque, con las blancas camisas sobre las armaduras. Parecía contemplar los rostros asesinos, iluminados por el brillo de los candiles, el paso furtivo y el repentino destello de los sables. Luego, la voz de asalto, los gritos de agonía, el campo inundado de sangre, la furia, la venganza, la persecución; todos esos detalles de escenas tan familiares para Alemania pasaron rápidamente por su cabeza.

Pero, al poco rato, como continuaba la calma, su irritación nerviosa dio paso a pensamientos menos agitados y más profundos. ¿Adónde habían llevado a su amante? ¿Y por qué? ¿Por cuánto tiempo? ¡Parecía haber pasado una eternidad desde que lo había visto por última vez en Viena! Estaba segura de que el servicio en el que estaba empleado era honorable. Pero, ¿sería peligroso? ¡Ay, en Alemania todos lo eran! ¿Lo devolverían pronto a su lado? Y ¿por qué últimamente se había mantenido inexplicablemente silencioso? ¿Había estado realmente silencioso? Quizás habían interceptado sus cartas. De hecho, no había nada más normal en aquellos tiempos. Lo

raro era que por accidente llegase alguna a su destino. Por otra parte, su propia nobleza de sentimientos, que la elevaba por encima de la vileza de los celos, liberaba a Paulina de una de las peores preocupaciones en semejante situación. Cualquiera cosa que hubiera ocurrido, o cualquiera que fuese la situación en que se encontrara su amante, no temía que la fidelidad de su afecto hubiese desaparecido o fallado ni por un momento. Doña Paulina se había sobrepuesto a la peor de las congojas, por su confianza tanto en sí misma como en su amante. Pero aun siendo así, aunque fiel a ella, ¿no podría estar enfermo? ¿No podría encontrarse languideciendo por alguna de las desgracias de la guerra? ¿No podría estar incluso muerto?

Este temor la devolvió a las calamidades y horrores de la guerra, y sus pensamientos vagaron inconscientemente alrededor del punto en que habían comenzado: su situación actual. Volvió a escudriñar los senderos negros del bosque, que bajo el brillo de las lámparas casi parecían tener relieve y estar formados por una sustancia palpable. De nuevo se imaginó los corazones sanguinarios y la mirada feroz de quienes, incluso en ese mismo instante, podrían encontrarse ocultos en las silenciosas masas del bosque que se extendía ante ella, cuando, de repente, surgió un destello de luz en la distancia. El corazón de Paulina latió aceleradamente ante la alarmante visión. Inmediatamente, la luz desapareció. Pero esto acentuó sus temores. Ahora estaba claro que en el bosque se movían seres humanos. En esa dirección no había ningún camino público; y en una región tan despoblada resultaba extraña a aquellas horas la presencia de viajeros. Nadie de su propio campamento podía tener motivo para extraviarse a tanta distancia en una noche tan cerrada, a unas horas en que seguramente atraería sobre sí el peligro de los disparos del centinela.

Tras esta última consideración, Paulina cayó repentinamente en la cuenta de una circunstancia singular: la aparición de la luz no fue acompañada por una advertencia del centinela. Entonces recordó que hacía rato que había dejado de oír los pasos del centinela y el ruido de sus bandoleras. Miró precipitadamente hacia el camino y comprobó que el único centinela apostado a ese lado del campamento no estaba en su puesto. Era de suponer que se habría dormido, dada la intensidad del frío. Pero en ese caso, el farol que llevaba atado al pecho seguiría ardiendo; sin embargo, del camino que patrullaba había desaparecido todo rastro de luz. Para Paulina ya era evidente el error cometido, al no haber apostado más de un centinela en esa ronda. A lo largo de la guerra, en varias ocasiones, el empleo de una red como la que usaban los *retiarius* romanos en los combates de gladiadores, aplicada hábilmente por dos personas, podía reducir sin gran dificultad a un centinela, que se veía repentinamente atado, amordazado y secuestrado. Estaba claro que el recorrido del centinela por la orilla del bosque, desde donde alguien, oculto en la oscuridad más absoluta, podía observar con tranquilidad sus movimientos más leves, ofrecía todas las facilidades para llevar a cabo tal propósito. Paulina ya no dudaba de que lo habían secuestrado de modo parecido, y de que no sería imposible que hubiese ocurrido mientras ella miraba.

Tuvo la intención de gritar y alertar al campamento, pero en el mismo instante en

que bajaba el cristal apareció el salvaje labriego, que la amenazó con una pistola y la obligó a guardar silencio. Sobre su cabeza llevaba un cofre de tamaño medio, o baúl de viaje, que, dada la escasa luz, se parecía al que contenía algunos mensajes del gobierno imperial para diversas personas de Klosterheim. Lo habían sustraído de uno de los carruajes de su séquito; y su zozobra aumentó al recordar, por ciertas palabras del emperador, su sospecha de que al menos una de las cartas estaba relacionada de manera especial con los intereses de su amante. Satisfecha, sin embargo, de ver que el villano no podía huir en ninguna dirección que lo salvase de una persecución inmediata y de un arresto con un objeto tan pesado, continuó observándolo en espera del momento de dar la señal de alarma sin peligro. Pero su consternación fue grande cuando vio deslizarse una oscura figura a través de unos arbustos, recibir el cofre y regresar al instante a lo más recóndito del bosque.

Abandonó sus temores ante la inminencia de pérdida tan importante, y se apresuró a abrir la ventana de la puerta opuesta. Pero ésta se encontraba tan eficazmente parapetada contra el frío que no logró su propósito, y volviendo de inmediato al otro lado, gritó:

—¡Guardia! ¡Guardia!

Sin embargo, la aglomeración de carruajes amortiguó su voz hasta tal punto que pasó algún tiempo hasta que la alarma llegó al otro lado del campamento con suficiente claridad para que acudiesen a sus llamadas. Por fin, se presentaron media docena de *yagers* y un oficial, pero el labriego ya había desaparecido. Tras conocer los detalles del robo, el oficial mandó a sus hombres encender varias antorchas e internarse en el bosque. Mas era tan intransitable en la mayoría de los sitios, debido a la maraña de raíces y a los troncos retorcidos de los árboles, que a duras penas podían mantenerse en pie. También se vieron desconcertados por las sombras cruzadas de las innumerables ramas que había sobre ellos. No cabía imaginar una situación más confusa para realizar una persecución efectiva. Por todos lados veían galerías, arqueadas muy por encima de sus cabezas, semejantes a las naves de una catedral, tanto por la forma como por la perfecta oscuridad que reinaba en ellos a esas solemnes horas de la noche, que se extendían aparentemente sin fin, pero cada vez más oscuros, hasta que la vista se extinguía en unas tinieblas impenetrables. De vez en cuando, veían cruzar a cierta distancia figuras oscuras. Pero probablemente eran ciervos, pues cuando los *yagers* las desafiaban a grandes voces, sólo replicaban los ecos del bosque. En medio de aquellos pasillos interminables, que parecían partir de un centro situado en ese punto, solían interponerse espesos matorrales. A veces, en ciertos trechos, el bosque se encontraba más abierto y limpio de maleza (arbustos, espinos y zarzas), de forma que una fila de jinetes podría haber penetrado hasta media milla, pero grupos de matorrales detenían continuamente su paso y les obligaban a retroceder en busca de otro de los largos senderos que atravesaban el bosque entre la frontera de Suabia y Baviera.

En esta encrucijada de senderos, el oficial detuvo su partida para considerar el

paso siguiente. En ese momento, uno de los *yagers* declaró haber visto un sombrero y una cara de hombre elevarse por encima de un matorral de arbustos, aparentemente a no más de ciento cincuenta yardas de su posición. Al oír aquello, el oficial ordenó a la expedición avanzar un poco y lanzar una descarga hacia el sitio que había señalado el soldado. Parecía que no se había equivocado, pues inmediatamente una fuerte risa burlona se elevó a la izquierda de los arbustos. Las risas aumentaron en el silencio de la noche y, acto seguido, las inició otro a la derecha, quien a su vez tuvo eco en un tercero a sus espaldas. Carcajada tras carcajada de ruidosas y desdeñosas risas resonaron en las remotas soledades del bosque. El oficial se horrorizó al oír aquel desafío de tantos enemigos, donde no había previsto más que al grupo implicado en el asalto.

Seguir adelante con la persecución parecía ahora inútil y peligroso. Seguramente las risas tenían la intención expresa de confundir su elección del camino, en un momento en que la oscuridad y lo intrincado del terreno ya lo hacían bastante desconcertante. Qué dirección tomar para orientar la persecución con alguna posibilidad de éxito, parecía la decisión más desesperada que cabía imaginar. De todos modos, consciente de la enorme importancia del cofre, que probablemente contenía despachos concernientes a la prosperidad de Klosterheim y de todo el territorio circundante, sintió dar por terminada la persecución sin hacer otro intento por recuperarlo. Y, durante un rato, se debatió indeciso y escuchó la opinión de sus hombres.

Su indecisión terminó bruscamente. De repente, proveniente del camino principal de Klosterheim, en una curva situada media milla más adelante, desde donde se divisaba por primera vez Waldenhausen, se escuchó sobre el helado camino el fuerte estruendo de unos galopes, como si se tratase de un cuerpo regular de caballería que avanzaba con rapidez hacia el campamento. No había tiempo que perder. El oficial retiró inmediatamente a sus *yagers*, apostó una fuerte guardia en la orilla del bosque, hizo sonar la alarma en todo el campamento, de acuerdo con el sistema de señales previamente acordado, mandó montar a cerca de treinta hombres, cuyos caballos y ellos mismos se mantenían perfectamente equipados durante cada una de las guardias nocturnas, y, acercándose a las barricadas, se preparó para recibir al grupo de extraños, cualquiera que fuese la forma en que se presentasen.

Todo se realizó con tal prontitud y decisión que, al llegar a las barricadas, el oficial encontró que los extraños aún no habían llegado. Efectivamente, se habían detenido en un puesto fortificado a un cuarto de milla de Waldenhausen. Uno o dos guardias informaron al volver del bosque que eran enemigos, dada la visión confusa que tuvieron de sus uniformes, ya que sus movimientos los hacían dudar.

Poco después, sin embargo, divisaron a dos de su grupo en el camino, cerca de las puertas de Waldenhausen. Venían acompañados por varios vigías del puesto de avanzada, y, al ser preguntados, exclamaron inmediatamente:

—¡Amigos! ¡Y de Klosterheim!

El que hablaba era un joven caballero, magnífico en su persona, vestido y estilo de sus aderezos. Iba montado de forma soberbia y llevaba las condecoraciones de comandante general del servicio imperial, por lo que casi no fueron necesarias las explicaciones que dio para exculparse de la sospecha de ser un jefe de salteadores a las órdenes de Holkerstein. Por fortuna, en unos tiempos en que los oficiales más distinguidos solían guardar poca fidelidad a sus deberes, o pasaban de servicio en servicio con una ligereza que justificaba las sospechas de todos los que no gozaban de la atención pública, sucedía también que el oficial de guardia había conocido en persona al caballero y podía dar fe del favor que disfrutaba en la corte imperial. Por tanto, tras una breve explicación, se le dio la bienvenida al campamento. El oficial de guardia partió para recibir con honor a los generosos voluntarios del puesto.

Mientras tanto, había cundido la alarma por el campamento y todas las mujeres habían sido reunidas en un lugar, donde se había formado un círculo de carruajes para protegerlas. En el centro, distinguiéndose por su altura y belleza, se encontraba Doña Paulina, compartiendo su guardarropa con cualquiera que tuviese frío en aquella inesperada reunión al aire nocturno, y animando alas que estaban particularmente abatidas con palabras de consuelo y de esperanza. Acababa de examinar el paso que comunicaba este pequeño refugio con el resto del campamento y de dar instrucciones a una de sus sirvientas, cuando escuchó repentinamente una voz muy familiar. Era la voz del caballero desconocido, cuya natural galantería había logrado disipar la alarma que inevitablemente causara. En pocas palabras, explicaba a las mujeres del campamento el carácter de su visita, y con cuántos compañeros había venido. Pero un grito de Paulina lo interrumpió. Involuntariamente extendió sus brazos y exclamó:

—¡Queridísimo Maximiliano!

Por su parte, el joven caballero apenas pudo hablar en los primeros momentos a causa de la sorpresa y la emoción. Luego, se inclinó hacia delante, apenas consciente de quienes les rodeaban, y, en un raptó de amor sincero, tomó a la noble y joven belleza en sus brazos, a lo que ella no se resistió debido a la franca inocencia de su corazón, la estrechó contra su pecho y grabó un ferviente beso en sus labios, mientras las únicas palabras que acudieron a los suyos fueron:

—¡Adorada Paulina! ¡Oh, adorada señora! ¿Qué suerte te ha traído hasta aquí?

CAPÍTULO IV

En aquellos días de trágica confusión y repentinos cambios, para bien y para mal, cuando con frecuencia un hogar quedaba destrozado de forma inesperada, cuando los encuentros eran tan dramáticos y bruscos como los que se representaban en un escenario, y las separaciones solían ser eternas, estas circunstancias justificaban la tendencia a expresar con franqueza las pasiones intensas, que no permite la discreción de las costumbres modernas. Por tanto, gracias a la noble inocencia de sus naturalezas, el joven y marcial caballero, y la soberbia y espléndida joven belleza de la casa imperial, tras recuperarse de sus primeros arrebatos, no encontraron motivos para un falso sentimiento de vergüenza, ni en sus propias conciencias ni en ninguna mirada de reproche de los que les rodeaban. Al contrario, como los espectadores adultos eran casi exclusivamente mujeres, para quienes las muestras de amor verdadero siempre son una cosa seria, o asociada naturalmente al teatro, todas expresaron de una forma u otra, y muchas con lágrimas, su simpatía por el espectáculo que tenían delante. Hasta en esta época de costumbres refinadas, es probable que los tiernos intercambios de afecto entre una joven pareja que se reúne tras pasar grandes calamidades, y que se encuentra al borde de una nueva y quizás definitiva separación, recibiesen la misma indulgencia por parte de los testigos menos interesados.

Así, con gran satisfacción, corrió por el campamento la noticia de que un noble y perfecto caballero, afortunado amante de su adorada y joven señora, había venido desde Klosterheim con un escogido grupo de voluntarios, en cuya lealtad podían confiar ciegamente. Al mismo tiempo, flotaba un vago rumor sobre el robo efectuado en el carruaje de Doña Paulina. Pero, como es natural, debido a la confusión y al apresuramiento característicos de un altercado nocturno, los detalles se mezclaron con la llegada de Maximiliano de tal forma que se le atribuía el mérito de haber repelido un ataque que de otro modo hubiese tenido consecuencias fatales para la dama de su corazón. Y esta romántica mediación de la Providencia a favor de una joven dama por medio de su amante, inesperada por parte de ella, e inconsciente por parte de él, demostró ser tan gratificante para los apasionados de lo increíble y del amor juvenil, que ninguna otra versión de los hechos pudo obtener jamás una aceptación tan generalizada en el campamento o, posteriormente, en Klosterheim. Si hubiese sido el propósito expreso de Maximiliano establecer, en su propio beneficio, la creencia de una intervención providencial para favorecer su enlace con Doña Paulina, no hubiese conseguido los mismos resultados, ni con las mejores estrategias.

Aún faltaba más de una hora para la media noche y, a sugerencia de Maximiliano, que informó de que los caminos del bosque estaban en calma, y tranquilizó la

aprehensión general por esa noche, los viajeros y las tropas se retiraron a descansar, como la mejor medida para enfrentarse a las adversidades de los dos próximos días. Sin embargo, juzgaron indispensable reforzar considerablemente la guardia nocturna, y relevarla al menos cada dos horas. Ahora tenían la completa certeza de que el pobre centinela, apostado en el lado del campamento que lindaba con el bosque, había sido alejado de su puesto mediante algún engaño, ya que había desaparecido; y su carácter, al igual que la ausencia de cualquier tentación conocida para realizar tal acto, impedía sospechar que hubiese desertado. En consecuencia, a ese lado fue colocada una fila de tiradores selectos, con instrucciones de disparar al instante a cualquier figura en movimiento que estuviese a su alcance. El propio Maximiliano tomó el mando de estos hombres, y así, tuvo la oportunidad, envidiable para quien estuvo separado tanto tiempo de su amante, de hablar ocasionalmente con ella y de velar por su seguridad. Un detalle mostró el disciplinado control de sus deseos: por mucho que tuviese él que contarle, y pese al calor con que deseaba revelarle ciertas confidencias, no permitió a Paulina mantener la ventana bajada más de un minuto o dos en condiciones atmosféricas tan terribles. Ella, por su parte, le hizo prometer que abandonaría su puesto a las tres de la madrugada. Paulina, aunque estaba conmovida en parte por la solicitud que demostraba su amante por su seguridad, le tranquilizaba saber que estaba habituado a las penalidades del campamento desde hacía mucho tiempo, ya que se encontraba familiarizado con ellas desde su infancia. Privada, pues, de poder hablar con su amante, pero sintiendo la más absoluta confianza en su protección, pronto se durmió plácidamente. El principal motivo de su zozobra y dolor había desaparecido; su amante había sido restituido a sus deseos, y sus sueños ya no eran atormentados con horrores. Pero, al mismo tiempo, la turbación producida al ver su dicha y deseos inesperadamente colmados sustituyó a sus propios trastornos, y su sueño se vio interrumpido con frecuencia. Sin embargo, siempre que esto ocurría, sentía el dichoso placer de ver la figura de su amor, destacada sobre el fondo, bajo el brillante destello de los faroles, con su uniforme marcial y las plumas colgando de su birrete de *yager*, montando guardia al lado de su carruaje. Así, despertaba continuamente con la sensación de haber recuperado la felicidad, y al final, cayó dormida para no despertar hasta que la corneta de la mañana anunció al romper el día los preparativos para el levantamiento del campamento.

Había caído nieve durante la noche y, alrededor de las cuatro de la madrugada los que montaban guardia temieron que nevase en exceso. Pero aquella situación atmosférica pasó; y de hecho no cayó la suficiente ni para paliar el frío ni para retrasar demasiado la marcha. De acuerdo con las costumbres habituales del campamento, se preparó un desayuno común, del que todos, sin distinción, comieron. El respeto por los rangos superiores se manifestaba dejando presidir las mesas a los que ostentasen pretensiones de ese tipo, y Paulina comprobó satisfecha la alta consideración que disfrutaba su amante. Maximiliano se había retirado al romper el día para tomarse una hora de reposo, y Paulina descubrió por medio de sus sirvientas,

con una mezcla de contrariedad y placer, que no había cumplido su promesa de retirarse a una hora más temprana, debido a la aparición de algún nuevo sospechoso en aquella parte del bosque. En su ausencia había escuchado la propuesta y aprobación de una resolución de todo el cuerpo de oficiales veteranos de la expedición. La resolución pretendía que el mando militar superior debía transferirse a Maximiliano, no sólo por ser un favorito distinguido del emperador, sino, sobre todo, por ser uno de los oficiales de caballería más brillantes del servicio imperial. La noticia le fue comunicada cuando ocupó el lugar reservado para él en la presidencia de la mesa principal del desayuno. Paulina pensó que nunca se había mostrado tan interesante, tan verdaderamente merecedor de admiración, como bajo aquella exhibición de cortesía y dignidad con que en un principio declinó el honor, en favor de oficiales de más edad, y su franca aceptación final al pensar que era el sincero deseo del grupo. Paulina había crecido entre militares y le habían enseñado desde una edad temprana a admirar los méritos militares. La misma corte del emperador tenía cierto parecido con un campamento, y el objeto de su propia elección juvenil se elevó ante sus ojos, si es que esto era posible, con la ratificación de sus derechos por parte de quienes ella consideraba jueces más competentes.

La vanguardia de la expedición se puso en marcha antes de las nueve. Luego, tras un corto intervalo, salió el grueso de los carruajes, con los dragones de Papenheim a la retaguardia. El sol salió alrededor de las once, iluminando la helada mañana con alegre carmesí los cortinajes horizontales de niebla que previamente habían ahogado sus rayos. A esta hora había disminuido notablemente la severidad del frío, y Paulina, apeándose del carruaje, montó sobre un caballo de la delantera, lo que le brindó la oportunidad, tan deseada por ambos, de conversar libremente con Maximiliano. Durante largo rato, el interés y la animación de sus recíprocas noticias, y la magnitud de los sucesos ocurridos desde su separación, que les afectaban a uno de ellos, a ambos o a sus amigos, ejerció el natural efecto de desterrar cualquier asomo de desánimo que les hubiesen reclamado preocupaciones más cercanas e importantes. Pero, en medio de esta afectada animación y alegría que tan disimuladamente mostraba Maximiliano tras su inesperado encuentro, Paulina descubrió con sobresalto un grado de seriedad en su amante que casi llegaba a ser tristeza, lo que en un soldado de su gallardía significaba un sentimiento abrumador de peligro. De hecho, tras obligarlo a contarle lo peor, Maximiliano reconoció francamente que se sentía pesimista en cuanto a sus posibilidades cuando llegase la hora de la adversidad, y no tenía esperanzas de evitar su llegada. Él sabía bien que, durante los tres últimos días, Holkerstein había estado recibiendo continuamente informes de su posición, a medida que llegaban a sus campamentos nocturnos. En la oscuridad de la noche, habían estado rodeados de espías, incluso mezclados entre ellos. La certeza de un ataque era, por tanto, casi absoluta. Además, en cuanto a los medios de defensa y la relación de fuerzas entre los dos bandos, no era improbable que Holkerstein les triplicase en número. La élite de sus propios hombres podría ser superior a la mayoría de los de

Holkerstein, a pesar de que contase entre sus filas con muchos desertores de regimientos veteranos, pero los caballos de su expedición eran en general flacos y se encontraban en mal estado. Entre todo el grupo, al que Maximiliano había inspeccionado al salir, no había doscientos que pudieran considerarse aptos para realizar o mantener una carga. Era cierto que al montar a algunos de sus mejores jinetes sobre los caballos de los viajeros más distinguidos, que habían consentido de buena gana un arreglo de esta naturaleza, por el bien común, habían reforzado en cierta medida su debilidad en este aspecto. Pero existían otros puntos en los que Holkerstein tenía aún mayores ventajas. En especial, los equipos de sus partidarios eran completamente nuevos, robados de una armería mal vigilada cerca de Munich, o de convoyes a los que habían atacado. Dice un viejo proverbio que «quien quiera ser caballero que asalte una ciudad»; y el distinguido aspecto de aquellos salteadores arrojaba luz sobre su significado. Los rufianes que seguían a este indeseable estaban animados además por esperanzas que ningún comandante regular de un servicio honorable podía ofrecer. Y, finalmente, estaban familiarizados con todas las calzadas e innumerables caminos vecinales, que eran los mejores lugares para sorprender al enemigo o para una retirada. Mientras que ellos, con la obligación constante de proteger a un gran número de viajeros y de personas indefensas, a quienes era peligroso abandonar bajo cualquier circunstancia, dependían servilmente de la debilidad de sus compañeros, y no podían eludir las ventajas más evidentes de sus enemigos ni aprovecharse de las que pudieran crearse para ellos mismos.

—Pero, después de todo —dijo Maximiliano, asumiendo un tono jovial, al descubrir que la sinceridad de sus explicaciones había entristecido a su bella compañera—, en tales casos, a veces vale la pena recordar el dicho de un viejo sueco enemigo mío, «que nueve veces de cada diez, un dracma de buena suerte vale más que una onza de buena estrategia», y, mi querida Paulina, si no fuese por que tú estás con nosotros, no estimaría el riesgo tan grande. Cuando mañana se ponga el sol, quizás recordemos con algo de sorna nuestros temores actuales desde los agradables asientos de los acogedores refectorios de Klosterheim. Mira, en este mismo instante la curva de la carretera nos pone a la vista nuestra meta, aunque alejada a más de veinte millas de aquí por lo tortuoso del bosque. Aquella cordillera que se ve más adelante, un poco hacia la izquierda, se eleva sobre Klosterheim; y, con el sol en una posición más favorable, se podrían distinguir desde aquí los pináculos de la ciudadela y la torre más alta del convento. Dentro de media hora habremos alcanzado el final del camino de hoy.

En realidad, bastaron unos minutos para dejarles a la vista del *chateau* donde les habían preparado alojamiento para esa noche. Se trataba de un gran refugio de caza, mantenido a expensas de los dos últimos Condes de X. Existían numerosas anécdotas interesantes sobre la historia del edificio. La belleza del paisaje era evidente incluso en invierno, animado como estaba el interminable bosque por las escarlatas bayas del serbal y el oscuro verdor del acebo y la encina. En su presente estado de tristeza, los

tranquilos pastos y extensos claros que se abrían en el vasto bosque conmovieron los sentimientos de Paulina. El profundo silencio y la tranquilidad que reinaba entre ellos contrastaba en su recuerdo con las odiosas escenas de carnicería y desolación que se había encontrado en el camino con demasiada frecuencia. Con estas influencias tan predisuestas a su favor, Maximiliano desvió con facilidad los pensamientos de Paulina de los peligros que se cernían sobre ellos. Sus sentimientos eran tan intensos que enseguida adoptaba las esperanzas o temores de quienes amaba; y tan completa era su confianza en el superior juicio y perfecta galantería de su amante, que su rostro reflejaba inmediatamente la expresión de él.

Maximiliano dejó que permaneciese bajo estas impresiones. Parecía cruel inquietarla con la verdad. Era consciente de que la continua ansiedad y visión de espectáculos terribles y dolorosos menoscababan su entereza, así como la de la mayoría de las personas de su sexo en la Alemania de aquellos tiempos, a no ser que estuviesen protegidas por una especial falta de sensibilidad. Por tanto, estaba decidido, por su bien, a disimular o suavizar la verdad de la situación. Por su parte, no podía ocultar a su propia conciencia la gravedad del peligro; ni podía, al recordar los preciados intereses puestos en juego durante las pruebas que les depararía ese día y el siguiente, enfrentarse con entereza a los tristes resultados que cabía esperar de la conocida barbarie e infame carácter de su enemigo.

CAPÍTULO V

El castillo de Falkenberg, a donde llegaron los viajeros al declinar la luz, presentaba las habituales dependencias y jardines que se suponen esenciales en el refugio de caza de un príncipe de aquella época. Se encontraba a una distancia de dieciocho millas de Klosterheim, y era el único oasis de cultura y refinamiento en toda la vasta extensión de terrenos salvajes de aquellas inhóspitas regiones.

El cuerpo principal del edificio se hallaba desguarnecido de muebles; pero, como era costumbre en el fragor de una guerra, los viajeros llevaban con ellos todo lo necesario para protegerse del frío, e incluso equipar con lujo los dormitorios. En un grupo tan numeroso, las deficiencias de unos se compensaban con los sobrantes de los otros. Y, mientras no estuviesen bajo el antiguo edicto romano que prohibía solicitar fuego y agua a quienes encontrasen durante la jornada, sus propias provisiones les permitían remediar el resto de las necesidades. Sin embargo, en esta ocasión encontraron más de lo esperado. En Falkenberg hallaron una reserva de toda la caza de la temporada, que se guardaba para el servicio doméstico del Landgrave y los monasterios más favorecidos de Klosterheim. El pequeño grupo de lacayos, guardabosques y demás sirvientes que ocupaban el castillo, no había recibido órdenes para denegar la hospitalidad que habitualmente se brindaba en nombre del Landgrave; o creyeron oportuno ocultarla en las actuales condiciones. Y, magnánimos por necesidad, se dejaron llevar por el sentido del honor de su dueño y por su propia simpatía hacia el estado de muchas mujeres y niños. Hicieron más aún: distribuyeron generosamente por todas las mesas raciones de caza. El viejo *kellermeister* no escatimó el vino, al considerar con razón que las gracias y sonrisas de cortés gratitud podrían constituir una paga mejor que los duros golpes con que en ocasiones saldaban sus cuentas algunos oficiales. Y, en general, los viajeros coincidieron en que no habían pasado una tarde tan agradable, e incluso con diversiones tan lujosas, desde que partieron de Viena.

Un ala del castillo se encontraba magníficamente amueblada. Era bastante amplia, y había sido reservada para Paulina, Maximiliano y otros caballeros cuyos modales y porte parecían merecer el derecho a atenciones superiores. Entre muchos signos de refinamiento y cultura, encontraron una biblioteca y una galería de retratos. Algunos de los oficiales descubrieron en la biblioteca pruebas suficientes de las alianzas suecas que el Landgrave mantenía clandestinamente. Numerosos libros raros, con las armas de diversas ciudades imperiales, que habían caído en sus manos a lo largo de las campañas de Gustavo, como represalia por el robo de toda la biblioteca palatina de Heidelberg, habían pasado a poder del Landgrave, por adquisición o como obsequio. Ambas cosas denunciaban las relaciones con los enemigos del emperador, hasta ahora negada enérgicamente. Era muy probable que la pinacoteca hubiese sido

adquirida de la misma forma. Aunque contenía poco más que retratos, eran éstos verdaderamente admirables, trabajos recientes del pincel de Van Dyck. Formaban una serie de los bustos y rostros más destacados de aquel tiempo, por su posición social los caballeros, y por su belleza las damas. Entre ellos se hallaban casi todos los jerarcas imperiales y muchos de los suecos. Maximiliano y sus compañeros encontraron el más vivo placer en deambular con Paulina por la galería. Sus recuerdos personales aportaron los detalles que faltaban a los frecuentes comentarios de la dama, cuyo conocimiento de la corte imperial le permitía extenderse sobre el registro marcial de la época.

Las guerras holandesas habían trasladado a Alemania la estirpe que originalmente forjó los ejércitos de la Guerra de los Treinta Años. En consecuencia, una galería más pequeña, que formaba ángulo recto con la principal, mostraba una serie de retratos de viejos mandatarios españoles y de guerreros valones. No se había omitido a ningún hombre eminente desde Egmons y Horn o el Duque de Alba y Parma hasta Espínola, el último de aquella distinguida escuela de soldados. Ni siquiera faltaba el inútil e insolente Conde de Leicester y su galante sobrino, aquel *ultimus romanorum* alistado en la caballería; aunque era evidente que había prevalecido la exaltación católica en la confección de la colección. Y así, junto al Príncipe de Orange y Enrique IV, se podía ver a sus viles asesinos, retratados con profusa ostentación de adornos, y encerrados en un marco tan hermoso que parecía elevarlos al grado de mártires consagrados.

Todos pasaron gustosos de estas generaciones antiguas de personajes eminentes, que sólo conservaban una importancia tradicional o legendaria a los ojos de los que ahora les observaban, a los espíritus activos de su época, muchos aún vivos, y tan pletóricos de vida y aspiraciones heroicas como en sus inimitables retratos. Allí estaba Tilly, el pequeño cabo, recientemente abatido en una tumba de soldado, con sus rasgos astutos e inflexibles. Sobre él se encontraba su gran enemigo, el primero que le había enseñado la dura lección de la retirada, Gustavo Adolfo, con su busto colosal y hombros atlanteanos, capaces de cargar con el peso de las más poderosas monarquías. Él también había perecido, probablemente por un doble crimen de asesinato y traición. Pero la gloria de su corta carrera apenas se exaltó en la Roma católica, desde Viena hasta Madrid, y su heroísmo individual fue cantado en lamentos de soldados que habían combatido bajo todas las banderas de Europa. A su lado se alineaba una larga fila de coroneles imperiales, desde Wallenstein, el magnífico e imaginativo, débil como Hamlet y De Mercy, hasta los héroes de la guerra partisana, Holk, los Butlers y el noble Pappenheim, o el más noble Piccolomini. Debajo de ellos aparecían Gustavo Horn, Banier, el Príncipe de Sajonia-Weimar, el Rhinegrave y otros muchos comandantes protestantes, con cuyos nombres y méritos militares estaba familiarizada Paulina, aunque viese ahora sus rostros por primera vez. Maximiliano demostró ser el mejor intérprete que podía haber encontrado, pues no sólo había conocido a la mayoría en el campo de batalla, sino que, como oficial

favorito y confidencial del emperador, se había ocupado personalmente de transacciones diplomáticas con los más distinguidos de ellos.

La medianoche les sorprendió mientras evocaba los interesantes recuerdos históricos que le inspiraban los retratos. Al advertir lo avanzado de la hora, la mayor parte de los acompañantes empezaron a marcharse; unos a descansar, y otros a cumplir con sus deberes militares, que les aguardaban a su regreso. De esta forma, Maximiliano y Paulina se quedaron solos, y al fin encontraron el tiempo que antes no habían tenido para comunicarse libremente todo lo que oprimía sus corazones. Maximiliano, volviendo al momento de su última y súbita separación, explicó su repentina ausencia de Viena. Sin previo aviso, le enviaron órdenes selladas del emperador para que se dirigiera a Klosterheim. La misión que se le había encomendado era de gran importancia para los intereses imperiales, y, gracias al favor del emperador, también podría serlo para el suyo propio. De este modo, se había visto privado de toda probabilidad de comunicarle el propósito y el destino de su misión, antes de su partida de Viena. Si Su Majestad no se había encargado de ello, y se había limitado a asegurar a Paulina que Maximiliano se encontraba ausente en una misión privada, era sin duda para procurarle benevolentemente el placer de la sorpresa con su repentina vuelta. Pero, desgraciadamente, ese regreso no había sido posible: las cosas habían tomado un giro en el que se había visto implicado, y su presencia era necesaria. El emperador conoció estos enredos durante algún tiempo, y tras reflexionar, no dudó que el viaje de ella, emprendido sin que él tuviese conocimiento de los peligros que podrían acosarles al final, contribuiría de alguna manera a solucionar este asunto escabroso. Pero, seguramente, le había dado explicaciones suficientes en este sentido. Finalmente, tras asegurarle que sus cartas habían sido tan frecuentes como en ausencias anteriores, Maximiliano confesó que no se sentía demasiado sorprendido al saber que ninguna había llegado hasta ella, pues a los habituales incidentes de la guerra, en que diariamente se interceptaba a todos los mensajeros que no fuesen fuertemente escoltados, había que añadir, en este caso, los deliberados esfuerzos de la maldad que dominaba todos los pasos del bosque.

Esto le recordó a Paulina la vital importancia de los papeles que había perdido. Aún no había tenido la oportunidad, o por creerlo de menor importancia lo había olvidado, de comunicarle el robo. Ahora relacionaba el caso con otras circunstancias, y ambos pensaron en ese momento que se trataba de una gran desgracia. No sólo se podría haber frustrado su peligroso viaje y todos los intereses del emperador implicados en él, sino que sus enemigos podrían estar ahora en posesión de toda la información que su expedición había perdido, y quizás pudieran utilizarla como instrumento para frustrar sus mejores esperanzas.

Maximiliano suspiró al reflexionar sobre la posibilidad de que un suceso mucho más breve y sangriento pudiera destrozar cualquier esperanza en las próximas veinticuatro horas. Pero disimuló sus sentimientos, recuperó el tono jovial y suplicó a Paulina que borrara este lamentable incidente de su cabeza, ya que probablemente

todo se solucionaría tras el primer contacto con el emperador. Después, la acompañó a la entrada de sus alojamientos y se retiró a buscar unas horas de reposo en el sofá de una de las pequeñas antesalas que había visto junto a la biblioteca.

La habitación escogida para este propósito por su pequeño tamaño y aspecto acogedor, estaba cubierta por varias capas de alfombras turcas (según la moda de entonces en Alemania), y tapicerías en las paredes. Este tipo de habitaciones, aunque a menudo oscuras y sombrías, daban una sensación de calor que las hacía especialmente adecuadas para el invierno, y poseían un esplendor imponente acorde con el vestido y el mobiliario de aquella gloriosa época. Sin embargo, tenían una gran desventaja que se aprovechaba con frecuencia: encubría fácilmente a intrusos con malas intenciones, ocultos tras los tapices, se habían descubierto muchos secretos, que facilitaban numerosos robos, y hasta algunos asesinos famosos se habían refugiado en ellos y escapado a toda pesquisa.

Maximiliano se sonrió a la vista de los cortinajes, que con sus ricos colores iluminados por la luz del fuego, le recordaron una historia que el invierno anterior había sido muy famosa en Viena. Con la despreocupación del soldado, pensó en todos los peligros que podrían surgir de las cuatro paredes. Tras apagar las velas que ardían sobre una mesa, y desabrocharse el sable, se echó en un sofá que acercó a la lumbre. Envuelto en una gran capa, esperó a que llegara el sueño. El cansancio de todo el día y de la noche anterior lo hacía en cierta medida necesario. Pero el agotamiento no es siempre el mejor prelude para el reposo, y la agitación de numerosas preocupaciones lo mantuvo durante algún tiempo en inquieto estado de vigilia. Mientras estaba tumbado, podía ver a un lado las fantásticas figuras de madera y turba en el fuego. Al otro lado, en los tapices, vio las formas salvajes y la *melée*, menos fantástica, de figuras humanas y animales de una cacería, con el jabalí al frente, y los ciervos a su izquierda. Estas imágenes siguieron excitando su ánimo, al elevarse a intervalos en brillantes masas de color y de expresión salvaje, bajo el radiante destello del fuego. Hasta pasado algún tiempo no sintió que su inquietud cedía al agotamiento. Estaba a punto de rendirse al sueño, o quizás ya había caído en su fase más temprana y ligera, cuando lo despertó el eco de una puerta distante. Tuvo la leve impresión de que se había producido un ruido en su propio aposento, a la vez que lo había despertado otro más lejano. Pero, tras escuchar un momento apoyado en el codo, se dispuso de nuevo a dormir.

A los pocos minutos, volvió a despertarlo una perturbación doble. Escuchó un leve crujido en la habitación, y fuertes pisadas en alguna escalera cercana. Obligado, al fin, a prestar atención a sonidos tan sigilosos en una situación llena de peligros, se levantó y abrió de golpe la puerta. Un corredor que daba la vuelta a la cabecera de las escaleras se encontraba brillantemente iluminado. Desde su posición podía ver un tramo de los escalones. No vio nada en ellos. Todo se encontraba envuelto en el suave resplandor de la luz y en un silencio absoluto. Tras un minuto en que no se produjo ningún sonido, volvió a su habitación, ya que el cansancio y el desconocimiento del

lugar le impedían iniciar una investigación. Pero antes de acostarse de nuevo, creyó conveniente indagar en los escondrijos de los tapices, atravesando las cortinas con el sable. No encontró ninguna resistencia. Creyendo que se había equivocado o que, en su estado de semi-inconsciencia, había exagerado algún sonido trivial, volvió a acostarse. Todavía se vio turbado por recuerdos inquietantes. La buena disposición con que los habían recibido en el castillo resultaba sospechosa. Recordó el insistente acoso del campamento la noche anterior, y el robo llevado a cabo con tanto conocimiento de la situación. Jonas Melk, el brutal dueño de Waldenhausen, al que sólo conocía de nombre, era un vil agente contratado por el Landgrave y estaba sin duda al servicio activo de su señor. Probablemente, era uno de los que habían rondado el bosque por la noche. En repetidas ocasiones, a lo largo de la jornada, le habían dicho que a este hombre, en cuyo rostro habían reparado los *Yagers* durante el altercado con su oficial, lo habían visto viajar a ratos por un camino paralelo, en compañía de otros y pendiente de su avance.

Estos recuerdos, ahora reunidos, lo inquietaban. Pero el agotamiento le dio poderosas razones para apartarlos de sí. Un soldado con imágenes de cincuenta batallas frescas en la memoria, no admite de buena gana la idea del peligro de una sola arma, bajo la seguridad que ofrece un techo.

—¡Bah! —exclamó con desdén.

El silencio no había vuelto a interrumpirse, y Maximiliano se durmió profundamente, pero, antes de media hora, se despertó de golpe con una daga en la garganta.

Se incorporó de un salto. La capa con la que se había tapado se enganchó con alguna hebilla o adorno de su ropa, y durante un instante entorpeció sus movimientos. No había luz, excepto la que llegaba de los tristes e intermitentes destellos del fuego. Pero fue suficiente para permitirle ver la borrosa silueta de dos figuras. Agarró a la más cercana, y levantó a pulso y la arrojó con tanta fuerza contra el suelo, que quedó aturdida e indefensa. La otra intentaba inmovilizarlo por atrás; pero la armadura, que Maximiliano no se había quitado, previendo el servicio que podría prestarle en tales circunstancias, demostró ser protección suficiente contra los golpes del puñal asesino. Turbado por la oscuridad y la incertidumbre, Maximiliano corrió hacia la puerta y la abrió de golpe. El asesino aún le sujetaba los brazos, consciente de que, si soltaba su presa antes de asegurarse la retirada, se encontraría en clara desventaja. Pero Maximiliano sacó una pistola que colgaba de su cinturón y la amartilló con toda la rapidez que le permitieron sus movimientos. El asesino vaciló, pues si relajaba su abrazo por un momento, permitiría a su adversario apuntarle por encima del hombro con el cañón del arma. Maximiliano, ya totalmente despierto y con una serenidad de la que el otro carecía, sintió el temblor de las manos del villano, y, aprovechando un momento de vacilación, liberó un brazo, luego el otro y, tras interceptar el paso hacia las escaleras, giró hacia su enemigo, le puso la pistola en el pecho y le conminó a que entregara sus armas, si quería salvar la vida.

El hombre era un rufián atlético y, evidentemente, muy fuerte. Su cara mostraba varias cicatrices largas y vidriosas, que resaltaban la salvaje expresión de maldad que la naturaleza había grabado en su rostro, y su revuelto pelo negro, con los mechones enredados, completaba el pintoresco efecto de una cara que proclamaba en cada línea el salvaje abandono a crueles y feroces pasiones. El mismo Maximiliano, familiarizado como estaba con las caras de los asesinos en las terribles horas del saqueo y la carnicería, retrocedió por un instante ante este odioso rufián, que ni siquiera contaba con el atenuante de la juventud, pues aparentaba al menos cincuenta años. Todo esto ocurrió en breves instantes; después, al recobrase del susto producido por expresión tan odiosa, fue enorme su desconcierto cuando se dio cuenta de que su adversario estaba sin habla, luchando contra algún tipo de pavor espantoso que transfiguró su rostro y que, durante un instante, nubló su mirada.

Maximiliano buscó a su alrededor el motivo del miedo, pero en vano. En realidad era él mismo, ligado a algún recuerdo demasiado pavoroso, ahora repentinamente despertado, lo que había alterado los nervios de aquel hombre. La brillante luz de un gran candelabro que colgaba en la escalera iluminaba el rostro de Maximiliano intensamente, y la excitación del momento lo favorecía con toda la fuerza de su expresión. Postrado en el suelo, y abandonando su daga sin intentar recuperarla, el hombre miró, como si estuviera fascinado por una serpiente, al joven que tenía ante sí. Bruscamente recuperó la voz y, con un agudo grito de terror, exclamó:

—¡Salvadme, salvadme, Virgen bendita! ¡Príncipe, noble príncipe, perdonadme! ¿La tumba ya no retiene a sus moradores? ¡Jesús, María! ¿Quién lo hubiese creído?

—¡Escucha, bribón! —interrumpió Maximiliano—. ¿De qué príncipe habláis? ¿Con quién me confundís? ¡Decid la verdad, y no abuséis de mi paciencia!

—¡Ah! ¡Y su misma voz también! ¡Y aquí mismo! ¡Dios es justo! ¡Pero tú, buen patrón San Hermenegildo, líbrame del vengador!

—¡Estáis delirando, hombre! Levantaos y contestad a lo que voy a preguntaros. Decid la verdad y conservaréis la vida. ¿De quién es el oro que ha armado vuestro brazo contra quien no os ha hecho mal ni a vos ni a los vuestros?

Pero hablaba a alguien que ya no podía escuchar. El hombre se arrastraba por el suelo y apartaba la cara de Maximiliano, a quien, incomprensiblemente, contemplaba como a una aparición del otro mundo. Para entonces, numerosas personas habían llegado corriendo, alertadas en todo el castillo por el ruido de la lucha. Algunos imaginaron reconocer en el delirante asesino que se encontraba en el suelo, cuyo pánico era evidentemente auténtico, a uno de los que tan obstinadamente les habían seguido por los caminos laterales del bosque. Quienquiera que fuese y cualquiera que fuese la misión que le habían encomendado, escapaba a todo examen racional. Ante la presencia de Maximiliano, recaía en convulsiones de horror que requerían una atención médica inmediata antes de emprender cualquier pesquisa judicial útil. Por el momento, fue confiado al cuidado del capitán.

Mientras tanto, su compañero había aprovechado la oportunidad y la confusión

general, para escapar. Esto no era difícil. Quizás, en el desconcierto de los primeros momentos, y con la atención centrada exclusivamente en el grupo de la galería, se podía haber mezclado entre la multitud. Pero no le fue necesario. Al levantar los tapices, descubrieron una puerta que daba a un pasadizo secreto, comunicado con el resto de las habitaciones de esa planta. Se tomaron medidas, disponiendo centinelas en los lugares más apropiados del interior de la mansión, para protegerse de los enemigos que acechaban en ella, los ya descubiertos, que habían pasado desapercibidos hasta ese momento, y los que les amenazaban desde el exterior. De este modo se restableció la seguridad. Pero el grupo se retiró a sus aposentos con una profunda inquietud por los poderosos motivos políticos o (en ausencia de éstos) de rencorosa maldad personal, que pudieran impulsar persecución tan obstinada. Con actitudes y medios que tenían grandes posibilidades de fracasar, y que, aunque ahora triunfaran de la forma más completa, ante los ojos de tantos testigos, serían inevitablemente descubiertos. Evidentemente, algún enemigo de ferocidad poco común trabajaba en la sombra, y con agentes tan misteriosos como sus propósitos.

Mientras tanto, en la ciudad de Klosterheim no había disminuido el interés por la suerte de los viajeros, y algunos hechos aumentaron la preocupación popular. Se supo que Maximiliano había escapado de la ciudad con un numeroso grupo de amigos, pero no hubo forma de descubrir cómo o por orden de quién. Esto había motivado la persecución de la policía militar contra todas las personas conocidas como enemigos activos del Landgrave, o sospechosas de ser amigos de Maximiliano. Algunos habían sido arrestados; muchos, llamados a declarar para comprometer su futuro comportamiento; y todos, amenazados o tratados con dureza. En consecuencia, además de la inquietud y alarma por la expedición de Viena, toda la ciudad se hallaba en estado de extrema agitación.

Entre las principales características de su confusión política, Klosterheim reflejaba, casi como un cuadro representativo, el estado de muchas ciudades alemanas. A través de antiguos lazos de servicios recíprocos, fortalecidos mediante tratados, fervor religioso y adhesiones personales a miembros de la casa imperial, esta antigua y remota ciudad estaba indisolublemente unida a los intereses del emperador. Tanto la ciudad como la Universidad eran católicas. Príncipes de la familia imperial y comisionados papales, con secretos motivos para no dejarse ver en Viena, encontraron en más de una ocasión acogida hospitalaria entre sus muros. Y entre los muchos actos de gracia con que los emperadores habían reconocido sus servicios y muestras de adhesión, uno de ellos había prestado una importante suma de dinero a las arcas municipales por tiempo indefinido. A cambio, como el testimonio más caluroso y de franca gratitud que la ciudad podía ofrecer, recibió la *ius liberi ingressus*, que permitía a los ejércitos del emperador el libre paso a todas horas, y, en casos extremos, el derecho a custodiar las puertas de la ciudad y a mantener una guarnición en la ciudadela. Desgraciadamente, Klosterheim no se encontraba *sui iuris*, o en la lista de ciudades libres del imperio, sino bajo la dependencia de la

familia del Landgrave X, y esta circunstancia había creado una doble confusión en la política de la ciudad. El Landgrave anterior, beneficiado en todos los aspectos por las influencias políticas y religiosas de la ciudad y asesinado de forma misteriosa en una cacería, había sido amigo personal del emperador, y un católico de conducta amable y querido por todos sus súbditos. Pero el príncipe que le había sucedido en el condado como heredero era odiado en todas partes, tanto por la dureza con que gobernaba como por la sombría austeridad de su carácter. Y ante Klosterheim en particular, calificada por los primeros jurisprudentes como dependencia femenina, se presentó con la desventaja añadida de un título sospechoso y una tendencia sueca demasiado notoria. En tiempos en que las uniones políticas y religiosas de Europa se realizaban con coaliciones tan extrañas que el principal representante de los intereses protestantes en Alemania era, en realidad, el cardenal más distinguido de la Iglesia de Roma, no parecía raro que, a pesar de su fuerte inclinación hacia el rey de Suecia, el Landgrave fuese un católico fanático que practicaba las más duras penitencias. Tiránico con los demás, se arrastraba como un beato abyecto a los pies de su altivo confesor. En la ciudad de Klosterheim, estos rasgos de su carácter, junto a las pruebas diarias de su completo vasallaje a los intereses suecos, pasaban por la más pura hipocresía, y tenía fama de no profesar religión alguna. Pero la verdad era otra. Consciente desde el primer momento de que poseía el condado por un remoto título (pues no era más que primo de su inmediato predecesor), y que sus pretensiones sobre Klosterheim, reducidas si fracasaba como Landgrave, pero tampoco aumentadas si tenía éxito, eran excesivamente débiles, se daba cuenta de que sólo el brazo más poderoso podría mantener la enseña principesca sobre su cabeza. Todos sus competidores se habían encomendado a la protección del emperador. Esta sola razón bastaba para lanzarle en brazos de Gustavo Adolfo, como así ocurrió, aunque desde entonces intervinieron otras de interés local. El tiempo, a medida que avanzaba, daba mayor peso a estos motivos. Se propagaban oscuros y siniestros rumores, surgidos de nadie sabía dónde, ni de quién. Apuntaban de forma acusadora al pasado del Landgrave, y a cierta terrible revelación que pendía sobre su cabeza. En medio de sus grandes injusticias, se aludía a una dama, por el momento en el anonimato, como causa de agravio para otros. Y estos rumores eran más aceptables para las gentes de Klosterheim, porque relacionaban el castigo inminente del odiado Landgrave con el restablecimiento de las relaciones imperiales, pues se llegaba a insinuar, en todas las versiones de estos misteriosos informes, que en última instancia el emperador era el principal interesado en las reclamaciones ocultas que estaban a punto de salir a la luz pública. Con estas alarmantes noticias, y completamente consciente de que tarde o temprano se tendría que enfrentar a la corte imperial, el Landgrave hacía algún tiempo que había tomado la decisión de hacer méritos ante el canciller sueco y sus oficiales, precipitando la ruptura con sus enemigos católicos, y conseguir de ese modo el favor con un acto voluntario que, de hecho, sabía inevitable.

Ésta era la perspectiva de los intereses contrapuestos que ahora luchaban en

Klosterheim. Ambos bandos planeaban medidas desesperadas, y, como surgirían oportunidades y se crearían los medios apropiados, podía decirse que estaban a punto de estallar. Se conspiraba en la oscuridad, tanto en el Consejo de ciudadanos como en la Universidad. Informes imprecisos de sus planes, a veces falsos y engañosos, habían llegado hasta el Landgrave. La ciudad, la Universidad y los numerosos conventos, se encontraban abarrotados de refugiados: descontentos de todo nombre y color; emisarios de cada una de las facciones que agitaban Alemania; soldados despedidos por sus primeros oficiales, sus nuevos mandos, o por secretas envidias de posteriores comandantes; grandes personajes con razones singulares para buscar un retiro temporal, que mantenían un estricto anonimato; avaros que huían con sus cargamentos de oro y joyas a la ciudad refugio; damas solitarias, procedentes de provincias circundantes, en busca de protección para ellas o para el honor de sus hijas; y (los primeros entre las numerosas categorías de refugiados) profetas y visionarios de todo tipo, a quienes la magnitud de los acontecimientos políticos, y su origen religioso, atraía a millares con tanta naturalidad. Estos y muchos más: sirvientes, tropas, campesinos aterrorizados, procedentes de un área de cuarenta millas a la redonda, habían abarrotado la ciudad de Klosterheim, de aproximadamente diecisiete mil habitantes, hasta llegar a un total de treinta y cinco o treinta y seis mil. A excepción de los últimos saqueos de Holkerstein, la guerra había perdonado hasta ese momento a este privilegiado rincón de Alemania. La gran tormenta había pasado haciendo estragos a su alrededor, pero no había afectado al selvático santuario que protegía por cada lado a esta ciudad. La zona parecía encantado con algún hechizo secreto, y consagrada contra la invasión. Con frecuencia, la gran tempestad se había dirigido directamente hacia allí, y aun así, se había desviado, atraída en otra dirección por una repentina llamada, desde algún lugar remoto. Pero ahora, al fin, todo parecía presagiar que, si la guerra resurgía con fuerza tras esta breve pausa, caería con peso terrible sobre este pequeño distrito aún sin devastar.

Éstas eran las previsiones que dominaban la política del Landgrave, al interferir tan severa y bárbaramente en los generosos propósitos de los habitantes de Klosterheim que querían llevar un salvoconducto a sus amigos y visitantes, que se encontraban en la orilla del bosque. El bandido Holkerstein, si bien no contaba con la aprobación directa de los suecos, ni estaba secretamente instigado en su actual posición por Richelieu, había emprendido no obstante un sistema de agresiones que probablemente acabarían aliándolo con alguno de estos poderes. En cualquier caso, se había entregado a cometer continuas ofensas contra los intereses imperiales, pues en esas regiones sus injurias e insultos estaban más allá del perdón. Los intereses de Holkerstein, pues, corrían en la misma dirección que los del Landgrave. No era conveniente debilitarle. Y era doblemente inconveniente hacerlo con medidas que también debilitarían al Landgrave, ya que cualquier merma de sus fuerzas militares, o de los medios para reclutarlas, era, en la misma proporción, un sacrificio voluntario de las fuerzas que obtendría si se llevaba a cabo la alianza con los suecos, que ahora

consideraba segura. Pero lo que más temía de la cooperación de los habitantes de Klosterheim con la caravana de Viena era el probable derrocamiento de su dominio en la ciudad, tan delicadamente equilibrada a su favor que el más leve refuerzo del otro lado podría inclinar la balanza en su contra.

En todos estos cálculos políticos, y en las crueles medidas tomadas para apoyarlos, el Landgrave se guiaba por los consejos de Luigi Adorni, un sutil italiano al que había ascendido del puesto de secretario privado al de ministro exclusivo de asuntos de Estado. Este hombre, que escondía un temperamento violento bajo una hipocresía veneciana, y la reserva más distante, no tenía oposición, salvo, ocasionalmente, la del Padre Anselmo, el confesor. Se deleitaba con el refinamiento de la intriga y los tortuosos laberintos de las maniobras políticas sólo por placer. A veces, sus mismos propósitos sucumbían ante la superficialidad de la sutileza diplomática. Sin embargo, esto no le producía la menor preocupación, gracias al placer que experimentaba cuando encontraba una buena ocasión para deshacer su propia trama. La evasión de Maximiliano y sus amigos, que contravenía las órdenes del Landgrave, lo había confundido, y volcó toda su energía en el descubrimiento de los caminos secretos que habían facilitado su fuga.

Como es bien sabido por los historiadores alemanes, en aquellos días existían en Alemania pocos castillos o fortalezas que no se comunicasen con el exterior mediante pasos subterráneos. Con frecuencia, estos pasadizos eran de una longitud increíble, y salían a la luz en algún lugar oculto entre montañas o bosques, a dos, tres, e incluso cuatro millas de distancia. Había casos en los que hasta pasaban por debajo de ríos tan profundos como el Rin, el Elba o el Danubio. A veces, existían varias comunicaciones en distintos puntos de la fortaleza, y, en ocasiones, cada una de ellas se bifurcaba, a cierta distancia del edificio, en varias ramas que recorrían grandes distancias. Aparte de los asedios, en un país como Alemania, con sus múltiples subdivisiones en Estados independientes y ciudades libres, el uso de estas comunicaciones secretas con el mundo exterior era mucho más frecuente que en un gran principado único.

En muchos lugares fortificados estos pasos existían desde la Edad Media. En Klosterheim, su origen posiblemente se remontara a esa época. Pero es muy probable que la gradual acumulación de desperdicios a través de los siglos los habría hecho inservibles, de no ser por la Guerra de los Campesinos en tiempos de la reforma de Lutero, hacía poco más de cien años, que motivó su reparación y uso. En aquella época, Klosterheim había sufrido un sitio que, por falta de artillería, no fue nada espectacular. Pero el bloqueo, realizado por sorpresa cuando los ciudadanos se encontraban escasos de suministros, habría triunfado sin duda. Las enormes riquezas de los conventos se habrían convertido así en botín de los campesinos, de no ser por uno de estos pasos subterráneos, que se abría en la orilla opuesta del pequeño río Iltiss, entre un espeso *bocage*, donde el enemigo no había instalado posiciones. La guarnición dispuso así de un suministro continuo de provisiones, ante la terrible

consternación de los supersticiosos campesinos, que veían el misterioso suministro como recompensa providencial de una causa sagrada.

Beneficio tan memorable había otorgado a este pasadizo tal fama e importancia histórica, que había convertido su localización, en especial su entrada, en algo conocido hasta para los niños. Pero este no era, evidentemente, el camino por el que Maximiliano había escapado de la fortaleza, pues salía al exterior por el lado contrario del río, y todos sabían que su entrada se encontraba en una de las capillas del *schloss*. Otra circunstancia, igualmente decisiva, era que un largo tramo de escalones por el que se descendía hasta debajo del río, era intransitable para los caballos.

Sin embargo, hasta el momento habían fracasado todos los intentos de averiguar cómo se había producido la huida. Adorni confiaba en descubrirlo pronto, a través de sus espías. Mientras tanto, para apartar la atención pública de los viajeros y sus vicisitudes, se publicó un bando prohibiendo las reuniones dentro de la muralla. La gente fue dispersada y durante todo el día nueve se mantuvo una obediencia parcial. Pero, de continuar la tendencia anterior, había pocas posibilidades de que siguieran imponiendo respeto.

CAPÍTULO VI

Por fin llegó la mañana del diez, día en que los viajeros de Viena, y todos los que se habían unido a ellos por el camino, esperaban ardientemente reunirse con sus amigos de Klosterheim, que a su vez, los aguardaban no menos ardientemente. En todos, los mismos deseos encendidos, los mismos miedos sombríos y terribles. Ambos grupos se levantaron con los corazones palpitantes: unos, desde Falkenberg, escudriñaban con ojos anhelantes, buscando las torres de Klosterheim; los otros, desde las ventanas más altas y los tejados, parecían querer devorar la distancia que los separaba de Falkenberg. Pero un corto trecho de bosque se interponía entre amigos y amigos, padres e hijos, amantes y amados. No más de dieciocho millas de bosque sombrío, praderas y claros silvestres, separaban aquellos corazones que habrían dado sus vidas mil veces por reunirse de nuevo. Eran regiones pacíficas y tranquilas, que en tiempos normales estarían pobladas por habitantes semejantes al tímido conejo que corría hacia su madriguera, o a los ciervos salvajes que huían majestuosamente hacia sus guaridas. Pero, ahora, de cada cañada o matorral podían surgir merodeadores armados. En algunas estaciones, cada rayo de sol se reflejaba en las brillantes armaduras de las tropas que se abrían paso a través de los laberintos de matorrales. Algunas noches resonaba el brusco alarido de las trompetas, despertando en los lugares más recónditos de este vasto bosque ecos que, salvo los del cuerno del cazador, habían dormido durante siglos.

Hacia el mediodía se supo, mediante señales previamente convenidas entre Maximiliano y sus compañeros de Facultad, que la expedición avanzaba por el camino de Falkenberg, y, por tanto, debían esperar la prueba final ese mismo día. A medida que se difundió la noticia, la ansiedad creció hasta niveles tan febriles que la multitud corría por todas partes hacia la muralla, y no se juzgó prudente medir las fuerzas de la guarnición contra su entusiasmo. Durante una hora o dos, el bosque y los accidentes del terreno impidieron ver el avance de la expedición. Pero, al fin, antes de que se pusiera el sol, la cabeza de la comitiva coronó una pequeña colina, a no más de ocho millas de distancia. Los ojos más penetrantes podían distinguir la masa negra formada por viajeros a caballo y carretas cargadas de equipajes, y los más apagados percibían el destello de las armas, que a veces brillaban en lo más despejado del bosque.

Ese lugar debía encontrarse a unas nueve millas de Klosterheim y, hasta ahora, sus amigos no habían sufrido daño alguno. Pero, treinta o cuarenta minutos más tarde, a menos ya de milla y media, la escena cambió. En medio de la espesura del bosque se abría una zona de brezos, de unas dos millas de largo, que formaba un calvero, cuyo alrededor se hallaba completamente enmarañado y lleno de obstáculos. En el momento en que la expedición salió del bosque y comenzó a desplegarse por el

claro, apareció un numeroso grupo de tropas a caballo, que hasta entonces habían permanecido ocultas en el extremo más cercano a Klosterheim. Avanzaron con rapidez, y en menos de medio minuto se hizo evidente, por los movimientos del otro grupo, que los habían divisado y que se preparaban a toda prisa para recibirlos. Una masa oscura, probablemente de *yagers* negros, galopó con rapidez hasta el frente, donde quedó formada; tras lo cual, a algunos les pareció que la expedición volvía a avanzar, aunque con más lentitud que antes.

Todos los corazones que miraban desde la muralla de Klosterheim palpitaron de emoción cuando los dos grupos se acercaron. Muchos apenas respiraban, y otros temblaban de angustia al ver aproximarse el momento del choque. Por fin se produjo, pero, para sorpresa de los que miraban, no mayor que para los propios viajeros, toda la caballería de extraños pasó de largo, sin detenerse siquiera para saludar o intercambiar noticias.

La primera nube pasó con la misma rapidez con que se había formado. Pero algunos pensaron que esto no había que interpretarlo de forma favorable. Pasar galopando junto a un grupo de viajeros de lugares remotos, en términos tan irrespetuosos, no era señal de amistad. Podían tener muchos motivos hostiles para pasar de largo sin atacarlos, y así colocarse a su retaguardia. Los más prudentes movieron la cabeza con preocupación, y en muchos rostros se reflejaba la ansiedad por ver en qué acabaría aquello.

Eran las cuatro de la tarde. Antes de una hora ya habría oscurecido. Teniendo en cuenta las dificultades del terreno en las cercanías de la ciudad, y el cansancio cada vez mayor de los caballos, se consideró que un grupo de viajeros tan desigual, en el que los más débiles retardaban la marcha de los más veloces, no alcanzaría las puertas de Klosterheim antes de las nueve.

Poco después, antes de irse la luz del día, los viajeros alcanzaron el extremo más cercano del brezal, y de nuevo entraron en el bosque. El frío y la oscuridad aumentaban por momentos, y era lógico esperar que los espectadores se retirarían de sus puestos. Pero era tal su interés que muy pocos abandonaron las murallas, salvo para contemplar mejor el avance de sus amigos. Era más fácil con la oscuridad, pues uno de cada dos jinetes portaba una antorcha para alumbrar el camino, que era al tiempo un indicador para los amigos de Klosterheim. Las llamas se elevaban sobre los arbustos y eran visibles desde cualquier parte del bosque. En esta estación del año en que los árboles no tenían hojas, se podían divisar sin dificultad hasta las luces más pequeñas. Formaban una resplandeciente cadena de puntos brillantes que dibujaba los laberintos del bosque, y que habría impresionado agradablemente a unos ojos más despreocupados.

De este modo, durante tres horas, los viajeros continuaron su avance sin ser molestados, y seguidos por sus amigos desde Klosterheim. Ya eran bastante más de las siete, y quizás, tras una hora u hora y media, llegarían hasta las puertas de la ciudad. Todos los corazones empezaron a latir fuertemente con la expectación, y la

multitud expresaba en voz alta su confianza en que el peligro hubiera pasado ya. Repentinamente, como queriendo reprender la presuntuosa seguridad de los más optimistas, se escuchó el sonido de una trompeta proveniente de otra parte del bosque, a unos dos kilómetros a la derecha de la ciudad. Todos los ojos se clavaron anhelantes en el lugar de donde surgían los toques. La señal procedía probablemente de un pequeño grupo que precedía a otro mayor, pues en la misma dirección, pero a mucha más distancia, quizás no menos de tres millas detrás de la trompeta, divisaron un gran grupo de caballos que se acercaba rápidamente hacia el punto indicado por la trompeta. La extensión de la columna se podía estimar por la larga fila de antorchas que, aparentemente, portaban cada cuatro o cinco hombres. La velocidad a que avanzaban ponía de manifiesto que se trataba de jinetes.

Ante este espectáculo, un grito de consternación recorrió la muralla de Klosterheim. Allí estaban, por fin, los saqueadores y asesinos de sus amigos, pues el camino por el que avanzaban llevaba directamente al de los viajeros, aparentemente ignorantes del peligro. La horrible matanza se desarrollaría posiblemente ante sus propios ojos, ya que el punto de confluencia de los dos caminos podía verse claramente desde los muros de la ciudad. Tras estimar la velocidad de ambos grupos, todo parecía indicar que sobre este mismo terreno, el mejor que podía escogerse como escenario ante los ojos de Klosterheim, se representaría la tragedia más conmovedora: amigos y familiares trabados en una lucha mortal con bandidos sin escrúpulos, y sin posibilidad de prestarles ayuda.

En ese preciso instante se levantó una espesa niebla que sumió todo el bosque en la oscuridad, separando por igual a amigos y enemigos de los ojos que los contemplaban desde Klosterheim. Sin embargo, continuaron ocupando las murallas, esforzándose por penetrar, con la sola energía e intensidad de sus miradas, el velo que ocultaba la suerte de sus amigos viajeros. La niebla, mientras tanto, se hizo cada vez más espesa; sin embargo, los dos grupos estaban ya tan próximos que sólo por los sonidos podían hacerse una idea clara de sus movimientos y posición. Por la inmovilidad de los sonidos, y la continua repetición de cargas y retiradas anunciadas por la trompeta, era evidente que los viajeros y el enemigo se habían encontrado al fin, y, con toda probabilidad, estaban enzarzados en un combate sangriento. La ansiedad había alcanzado su punto máximo, y algunos tuvieron que abandonar los muros, o ser retirados por sus amigos, bajo los efectos de una intensa emoción.

Ya habían dado las diez, y por algún tiempo los sonidos se debilitaron, señal evidente de que los dos bandos se habían separado, y de que al menos uno se alejaba del lugar de la acción. A medida que los sonidos disminuían, crecía la certeza de que era el enemigo quien se alejaba del campo de batalla.

¡El enemigo, ay! Pero ¿cómo? ¿En qué circunstancias? ¿Victorioso? ¡Quizás, incluso, con sus amigos presos! Y si realmente se retiraba fugitivo y vencido, ¿con qué horribles sacrificios por parte de sus amigos se habría saldado este desenlace?

El intervalo que transcurrió antes de que se pudiera responder a estas preguntas

fue lento y penoso. Pasaron tres largas horas desde que se escuchó la trompeta por última vez. A la una aún no se veían señales de los viajeros por ninguna parte. Los ánimos más optimistas empezaron a abatirse, y por todo Klosterheim se generalizaron los lamentos.

Pero, de repente, a un cuarto de milla se elevó un apagado sonido, como si alguien intentara tocar una trompeta. A los cinco minutos se escuchó un trompetazo más fuerte cerca de las puertas. Mucha gente se hizo preguntas esperanzadas, que hallaron feliz respuesta. Fueron tomadas las precauciones de costumbre, y, tras convencer rápidamente al oficial de guardia de la seguridad de las medidas, se abrieron las puertas y los desventurados viajeros, agotados por fatigas, penalidades y sufrimientos de todo tipo, entraron al fin en el seno de una ciudad amiga.

El espectáculo que presentaba la larga caravana, mientras serpenteaba por las empinadas calles que llevaban al mercado, era horrible. Carros rotos y astillados por doquier, sobre los que yacían numerosos soldados con heridas vendadas apresuradamente de las que fluía sangre que empapaba sus vistosas prendas; caballos con los miembros destrozados por los sables, y carruajes y coches cargados con el peso de muertos y moribundos. Este era el aspecto que ofrecía la vanguardia de la marcha, mientras los viajeros desfilaban por Klosterheim. La enorme variedad de rostros, vestimentas, equipo de guerra y enseñas de rango, mezcladas en la confusión de la noche y la retirada, iluminados a intervalos por brillantes chorros de luz de antorchas y velas colocadas en la calle o en las ventanas de las casas, componían un cuadro que recordaba el caos de una pesadilla, más que el cotidiano espectáculo de la vida humana.

Toda la expedición se fue concentrando poco a poco en el mercado, en cuyas dependencias se pretendía que recibiesen alojamiento. Pero era tal el apremio de amigos y familiares, llegados de todos los rincones de la ciudad, por saludar y dar la bienvenida a los que habían provocado sus afectuosos desvelos, o por preguntar por su suerte, tan tumultuosas las expresiones de dolor y de alegría (no pocas veces simultáneas), que, durante mucho tiempo, ninguna autoridad pudo controlar la violencia del sentimiento popular, ni hacer cumplir las disposiciones adoptadas para aquella noche. Tampoco era fácil saber qué había sucedido con tantas voces preguntando a la vez. Al final, sin embargo, se supo que les había esperado y atacado Holkerstein, o una partida al mando de uno de sus tenientes. Su propia marcha nocturna se había llevado a cabo con tanta cautela que el ataque no les cogió completamente desprevenidos. Rápidamente formaron una barrera con los coches y carros para bloquear los movimientos del enemigo y neutralizar la superioridad de su caballería. El combate fue violento, y el ataque enemigo se reanudaba cada vez que era rechazado, hasta que al fin, el joven general Maximiliano, viendo que el asunto no parecía tener visos de terminar, que la sangre vertida era mucha y que los caballos comenzaban a agotarse, reunió a la élite de su reserva, se colocó a la cabeza y atacó directamente al cabecilla, al que tuvo la suerte de matar. La desesperación de la carga,

sumada a la pérdida de su jefe, intimidó al enemigo, que empezó a retirarse de una empresa que probablemente iba a costar más sangre de la esperada. Pero, desgraciadamente, Maximiliano, herido gravemente y mezclado con su caballo entre los enemigos, cayó prisionero. Durante la lucha se habían apagado todas las antorchas, y esta circunstancia, así como la dureza del camino y el propio agotamiento, habían sido la causa del largo retraso en llegar a Klosterheim, una vez finalizada la batalla. No se atrevieron a enviar señales, pues temían atraer a otra partida de bandidos con los toques de la trompeta.

Estas explicaciones se propagaron con rapidez por Klosterheim. Uno tras otro, todos se fueron marchando a sus alojamientos, y, al fin, se restableció la paz en la agitada ciudad. Doña Paulina fue de las primeras en retirarse. La joven condesa fue recibida por la abadesa de un importante convento de Klosterheim, a cuyo cuidado la había encomendado el emperador. El Landgrave también había preparado una guardia de honor; pero todas las muestras de respeto, e incluso de consideración, la dejaban indiferente, tan afectada como estaba por la captura de Maximiliano, y las sombrías perspectivas de su suerte.

CAPÍTULO VII

La ciudad de Klosterheim se encontraba ahora abandonada a su suerte y rigurosamente encerrada dentro de sus propias murallas. La espada del enemigo prohibía ahora cualquier paseo fuera de sus límites con más efectividad que los edictos del Landgrave. La guerra se cernía sobre sus contornos. Las pequeñas ciudades y castillos en setenta millas a la redonda estaban ocupados por tropas imperiales o suecas. No pasaba una semana sin que llegaran noticias de nuevos avances militares o de escaramuzas entre grupos de forajidos hostiles. A pesar del severo clima, grupos de hombres armados iban y venían tan deprisa como la aguja de un tejedor por todas las tierras colindantes. El bosque resonaba con alarmas, y, a veces, bajo los rayos del sol, los árboles deshojados parecían incendiarse con el destello de lanzas y espadas, cascos y armaduras, o con los brillantes uniformes de la caballería imperial. Se veía entrar sigilosamente a correos y gitanos de Bohemia, que solían ser empleados en aquellos tiempos por todos los bandos en liza como espías o mensajeros, con informes secretos para el Landgrave, o (con el pretexto de traer noticias públicas e informes de movimientos militares) para realizar alguna misión encubierta para los ricos señores de la ciudad. A veces, incluso, utilizaban estos asuntos clandestinos como tapadera de otros propósitos tan ligados a la traición o supuesta traición, que sólo admitían una comunicación verbal.

Nadie pretendía saber cuáles eran los objetivos finales de aquella enorme concentración de fuerza militar. Por diversas razones no se esperaba una gran batalla. Pero los cambios eran tan bruscos, y los planes de cada día dependían con tanta frecuencia de los acontecimientos de la mañana, que la campaña entera podía trasladarse allí, o el peso de una guerra de años podía recaer en esta región del país, sin que ello causara gran sorpresa. Mientras tanto, los acontecimientos pasados bastaban para dar una idea de la guerra y sus miserias en este rincón remoto, ignorado durante tanto tiempo por ese horrible azote.

En el bosque, que se encontraba despoblado a excepción de los puestos fronterizos y las casas de los sirvientes del Landgrave, distribuidas para realizar las labores del bosque y de la caza, este cambio se reflejó principalmente en la tumultuosa berrea de los ciervos salvajes, sobre los que grupos llegados a diario de lugares remotos habían desatado una guerra sangrienta, a fin de acumular reservas para las hambrientas guarniciones, multiplicadas por las orillas del bosque rápidamente y sin preparativos previos. Aunque la región aún no estaba agotada por la guerra, había muchos caminos intransitables, próximos a las guarniciones que aún podían proporcionar suministro continuo a la abundante población, gracias a que, con los rumores del conflicto, todas las ciudades amuralladas en un radio de cien millas, muchas de ellas capaces de resistir un *coup de main* y cerrar sus puertas a cualquiera

de los dos bandos, ya se habían abastecido, adquiriendo todos los suministros sobrantes de la región. En tal estado de cosas, los ciervos salvajes se convirtieron en un objeto de considerable valor para ambos contendientes, y se les hizo una cruel guerra desde todos los lados del bosque. Se les veía pasar en manadas desde las murallas de las ciudades, corriendo velozmente ante la caballería sueca durante diez, quince, e incluso treinta millas, hasta encontrarse con otro grupo, que surgía repentinamente de un seto, desde el que esperaba su llegada, y los obligaba a dar la vuelta. En ocasiones, este segundo grupo era de tropas imperiales, que por el ardor de la caza, se veían arrastrados hasta el mismo centro de sus enemigos, antes de que ninguno de ellos se diese cuenta de la situación. Luego, según las circunstancias, venía la repentina huida o la ruidosa escaramuza. Los bosques resonaban con las apresuradas llamadas de la trompeta. Los ciervos retrocedían, atravesando por en medio de la furiosa lucha, y, aprovechando las hostilidades, causa originaria de su persecución, huían del escenario de la contienda, y no pocas veces pasaban en estampida ante las murallas de la ciudad, anunciando a los espectadores de arriba, con su agitación y miradas asustadas, el estrépito de las escaramuzas en otras zonas remotas del bosque, de las que sólo tenían noticia por los ecos interrumpidos de las trompetas.

Pero, mientras Klosterheim observaba desde dentro de sus murallas cómo aquella deshabitada región ardía en licencias y atropellos militares, ella misma no sufría agresiones de ninguno de los dos bandos. Esta inmunidad se debía a su peculiar situación política. El emperador tenía motivos para conciliarse con la ciudad; los suecos, para conciliarse con el Landgrave. Efectivamente, se suponía que los suecos habían establecido una alianza secreta con él, cuyos propósitos sólo ellos conocían. La diferencia entre los dos Señores era simplemente ésta: que el emperador era sincero y, si no desinteresado, sus intereses coincidían con los de Klosterheim al ofrecerle su paternal protección; mientras que los suecos consideraban a Alemania como país extranjero, y sólo consideraban los beneficios finales para Suecia, o sus dependencias alemanas, y la fuerza que tales alianzas les procurarían tras la pacificación general. De ahí que en la guerra que ambos se hacían en el bosque, unos pretendieran malograr los propósitos del Landgrave, y no los de la ciudad, mientras que los otros continuaban sus saqueos en nombre del Landgrave, esencial para su causa.

Sin embargo, por el momento, los suecos eran el grupo predominante en la región. Habían fortificado el castillo de Falkenberg, convirtiéndolo en un puesto militar muy importante. Al mismo tiempo, enviaban a Klosterheim las piezas valiosas del mobiliario, con un esmero que delataba las relaciones que deseaban mantener con el Landgrave.

Animado por la proximidad de sus aliados, el príncipe comenzó a tomar medidas severas en Klosterheim. En aquellos días los príncipes menores de Alemania eran unos tiranos gracias a sus privilegios. Y si en algunos casos, poco frecuentes, ejercían

estos privilegios con bondad, sus súbditos eran plenamente conscientes de que estaban en deuda por esa extraña indulgencia con el carácter y la afable naturaleza del príncipe, y no con la firme protección de la ley. Pero los príncipes alemanes más razonables y pacíficos no habían aprendido aún en aquellos días a tolerar la oposición. Y el Landgrave era, por naturaleza y por su sombrío carácter, el último hombre que aprendería esa lección. Ya se había enfrentado bastante con la oposición de la corporación cívica y la Universidad como para excitar sus ansias de venganza. Se había propuesto una generosa indemnización para su orgullo herido, y pensaba que había llegado el momento de llevar a cabo sus estratagemas más vengativas. Los suecos se encontraban cerca, y una pequeña lucha con los ciudadanos quitaría de en medio todos los obstáculos para su entrada en la guarnición. Aunque, por alguna secreta razón, deseaba evitar este extremo, si fuera posible. Maximiliano también estaba ausente, y quizás no regresara nunca. Se rumoreaba incluso que había muerto; y, aunque la prudencia de Adorni y del Landgrave les impulsaba a restar credibilidad a lo que podría ser un engaño político del partido opuesto, lo que sí era cierto es que el joven general se encontraba alejado de Klosterheim por alguna causa imperiosa, y durante su ausencia, larga o corta, el Landgrave tenía la intención de reformar las cosas de manera que su regreso fuese inútil.

El Landgrave no conocía a Maximiliano personalmente, ni siquiera lo había visto. Pero por sus espías y agentes sabía que era el principal coordinador e instigador del partido imperial contra su persona en la Universidad, y que con su presencia había dado vida y confianza en la ciudad a ese partido, que no lo reconocía abiertamente como cabecilla. Era consciente del favor imperial que disfrutaba Maximiliano, y conocía a grandes rasgos, por informes públicos, la brillantez de los servicios militares en que se apoyaba. El Landgrave sabía demasiado bien que habría sido un temible oponente si hubiese continuado en Klosterheim; y con la ventaja que ahora tenía sobre él, aunque sólo fuese temporal, estaba decidido a obstaculizar permanentemente los planes del emperador. Como paso preliminar, tomó medidas para aniquilar a toda la oposición de Klosterheim, propósito de tanta importancia para su venganza como para su política.

Empezó con una serie de medidas tiránicas, algunas de ellas tanto más ofensivas por parecer totalmente caprichosas e insultantes. Los estudiantes se vieron confinados al recinto de la Universidad, excepto en determinados intervalos. Todas las tardes se les sometía a revista militar, o se les pasaba lista. Se exigió que aceptasen centinelas en los grandes patios de sus colegios, y poco después, hasta una pequeña escolta de guardias, así como otras muchas señales de la desaprobación y el enojo principesco, siempre que se presentaba la ocasión.

En aquella época, por razones locales, se juntaban en la Universidad jóvenes de alto rango y buena familia. Incluso los que hasta entonces no habían tomado parte en la causa de los habitantes de Klosterheim, se hallaban ahora animados por un sentimiento de indignación personal. En cuanto oscurecía, un gran grupo de ellos se

reunía en las dependencias del conde St. Aldenheim, cuya posición ofrecía un apoyo idóneo a su causa, mientras que su juventud parecía garantizar la actividad requerida.

El conde St. Aldenheim era un hermano menor del conde de Birkenfeld, y mantenía un suntuoso modo de vida en Klosterheim. Mientras el estado de los bosques permitió las cacerías, la caza con halcones o cualquier otra diversión, ningún hombre había exhibido tan magnífica cuadra de caballos. Nadie tenía tan elevado número de sirvientes. Nadie recibía a sus amigos con tan extraordinarias muestras de hospitalidad. Su generosidad, su esplendor, su elegante persona, y la cortesía con que ayudaba a las personas más humildes desde la altura de su rango, le habían hecho popular entre los estudiantes. Había puesto a prueba su valor en la batalla. Pero, a pesar de todo, se dudaba si no estaría acostumbrado a demasiados lujos para defender cualquier causa que exigiese un gran esfuerzo. La muerte de una rica abadesa, que había dejado toda su fortuna al conde, su sobrino favorito, le había dado un motivo más para cultivar costumbres más pacíficas, para las que pocos hombres se encontraban mejor dispuestos.

A aquella hora el conde se hallaba reunido con toda seguridad en su casa con un alegre grupo de amigos. Magníficos candelabros iluminaban una mesa provista con todo tipo de costosos vinos producidos en Europa. Según la costumbre de la época, éstos se bebían en copas de plata o de oro, ofreciendo así la oportunidad, que el conde no desperdició, de hacer una magnífica exhibición de lujo sin ostentación. El vino rojo emitía destellos en la copa incrustada de joyas que el conde se llevaba a los labios en el momento en que entraron los estudiantes.

—Bienvenidos, amigos —dijo el conde bajando su copa—, siempre bienvenidos, pero nunca más que a esta hora, cuando el vino y la amistad nos enseñan a reconocer el valor de la juventud.

—Gracias, conde, de parte de todos. Pero el compañerismo que buscamos ahora es de otro tipo. Nuestra misión es de negocios.

—Entonces, amigos, deberá esperar hasta mañana. Ni por el Papado, por el que mi buena tía habría levantado para mí una escalera de tres peldaños (abad, obispo, cardenal), renunciaría al Tokay de esta noche por un asunto de mañana. Vamos, caballeros, bebamos a la salud de mi tía.

—A su memoria, querréis decir, conde.

—A su memoria, mis sabios amigos, tenéis razón. ¡Ah, caballeros! Era una mujer digna de recordar. Inventó un estupendo emplasto para las heridas de escopeta; y en toda Suabia, ni en el campamento sueco, existe hoy compañero más alegre que una botella de Tokay. Y eso me recuerda preguntarles, caballeros, si saben si se espera a Gustavo Horn en Falkenberg. Es la noticia que se escucha por ahí; y estad seguros de que si es así, nos podemos andar con cuidado. Conozco a ese hombre; me ha costado largas noches de vigilancia; por lo que, si no les importa, caballeros, beberemos a su salud.

—Pero, nuestro asunto, querido conde...

—Esperará, Dios mediante, hasta mañana, pues ésta es la hora en que hombre y bestia reposan.

—En verdad, conde, tal como se toma las cosas, probablemente nos contarán entre los segundos. ¡Por Dios, conde St. Aldenheim! ¿Sois hombre que pueda permitir que aguantemos dócilmente lo que ha emprendido el Landgrave?

—¿Y a qué se dedica ahora Su Serenidad? ¿Acaso intenta abolir el Borgoña? Si es así, ¡por mi vida...! Pero, como habréis observado, estamos apenas por encima de la bestia. O, por ventura, ¿prohibirá la risa, siendo su alteza tan poco proclive a ella?

—Conde St. Aldenheim, os divierte bromear. Pero estamos seguros de que conocéis las ofensas que el Landgrave está amontonando sobre nosotros, y sabemos que también os disgustan. Por ejemplo, el centinela de vuestra puerta... ¿os fijasteis en él? ¿Qué os parece?

—Me pareció frío y melancólico. Así que le envié una copa de Johannisburg.

—¿Sí? ¿Y la guardia la ha visto? ¿Y qué opinión tenéis del Coronel von Aremberg?

—Por cierto que es un hombre apuesto. ¡Lástima que lleve una bufanda tan llamativa! ¿Bebemos a su salud, caballeros?

—¡Antes, a la salud del gran Diablo!

—Como quieran, caballeros. A ustedes toca decidir el orden. Pero al menos...

Esto por mi tía, la vieja y alegre pecadora

que ayunaba todos los días, del desayuno a la cena.

¿Ha visto alguien a persona tan ortodoxa,

ebria en la noche, en la mañana sobria?

¿Ha visto alguien, etc...?

—¡Adiós, conde! —interrumpió el cabecilla del grupo, y todos se volvieron indignados para abandonar la estancia.

—Adiós, caballeros. Veo que realmente no quieren beber a la salud de mi tía. Aunque, a pesar de todo, lo merecía. Y su emplasto para las heridas de escopeta...

Pero, en ese instante, el cierre de la puerta interrumpió las palabras de despedida del conde, que, recogiendo un sombrero del suelo, exclamó de repente:

—¡Ah, mirad! Uno de mis amigos ha olvidado su sombrero. Sin duda lo necesitará en una noche tan fría.

Y diciendo esto, corrió tras el grupo, al que alcanzó ya en las escaleras del pórtico. El conde agarró de la mano al cabecilla y le susurró:

—¡Compañero! ¿Tan poco me conocéis para tomar mis burlas en serio? Sabed que dos de los que se sentaban a mi derecha son espías del Landgrave. No dudo de que el objeto de su visita es descubrir lo que vosotros, mis amigos, sin duda hubieseis arrojado en su camino, de no ser por mi continuo parloteo. Ahora no puedo quedarme. Volved después de la medianoche. Adiós.

Y entonces, con voz que llegase hasta los invitados de dentro, exclamó:

—Caballeros, mi tía, el abad de Ingelheim (abadesa, debería decir), mantenía que

las espuelas eran para los talones y el gorro para la cabeza. Por lo que, barón, os devuelvo vuestro sombrero.

Mientras tanto, los dos insidiosos agentes del Landgrave volvieron a palacio con descubrimientos, si no tan importantes para resultar sorprendentes, sí suficientes al menos para ganarse el agradecimiento y guiar los consejos de su amo.

CAPÍTULO VIII

Esa misma noche se reunió en la gran mansión del conde St. Aldenheim un distinguido grupo de estudiantes. Se levantó una viva polémica sobre dos puntos. Primero, sobre la forma de actuar y el fin de la acción, en el que todos estaban de acuerdo. Sobre este punto fueron capaces, por el momento, de llegar a un consejo preliminar con suficiente unanimidad. Consistía en dirigirse en grupo, con el conde St. Aldenheim a la cabeza, al castillo, y exigir una audiencia ante el Landgrave, al que presentarían una fuerte protesta por los ataques lanzados contra ellos. En cuanto al segundo punto, hubo más discrepancias. Sucedió que muchos de los presentes, y entre ellos el conde St. Aldenheim, eran amigos de Maximiliano. Algunos, por el contrario, bien por envidia de sus méritos, bien como buenos ciudadanos de Klosterheim, relacionados por antiguos lazos familiares con los intereses de la ciudad, acusaban a Maximiliano de tener ambiciones de ensalzamiento personal, a expensas de la ciudad, apoyado por el favor del emperador, o gracias a un supuesto matrimonio con alguna dama de la casa imperial. La historia del afecto mutuo entre Paulina y Maximiliano había sido divulgada por boca de numerosos viajeros, aunque con ciertas notas de ficción poco decorosas. Por defender a Maximiliano de estas acusaciones, sus amigos revelaron su natural afecto, y el calor de la disputa terminó fatalmente con la cuestión a tratar. Sin embargo, el buen juicio y la indignación contra el Landgrave, les hizo volver finalmente a su resolución inicial; y, así, se separaron con la intención unánime de reunirse al mediodía del día siguiente, para llevarla a efecto.

Pero de poco sirvió la unanimidad en este punto. A una hora temprana de la mañana siguiente, una columna de soldados detuvo a todos los que habían asistido a la reunión, acusados de conspirar, y los llevó a una prisión de la ciudad. La única excepción fue el conde St. Aldenheim; y esta distinción, contraria a su generosa naturaleza, le atraería una nube de sospechas. Era consciente de que muchos creerían que debía este privilegio a alguna delación o engaño, por el que se habría ganado el favor del Landgrave. La realidad era que la indulgencia mostrada hacia el conde sólo estaba motivada por la consideración política del Landgrave, gracias al favor e influencia de que gozaba en ese momento el hermano del conde, el Palsgrave, en el campamento de sus propios aliados suecos. Llevado por este principio político, el Landgrave se contentó con poner a St. Aldenheim bajo un leve arresto domiciliario, con la vigilancia de varios centinelas apostados a su entrada.

De ahí que, dada la fuerte protección de que disfrutaba en ambos lados, no tuviera motivo de preocupación. Pero toda la ciudad abrigaba serios temores por el resto, la mayoría sin amigos, o con amigos que les hacían el flaco servicio de ser considerados enemigos por el Landgrave y su consejo. Su situación era evidentemente crítica. El

Landgrave los tenía en su poder. Era un hombre famoso por sus sentimientos sombríos y malvados. Como todos los príncipes europeos de entonces, se había educado en la creencia de tener derecho pleno y despótico sobre la vida de sus súbditos, especialmente en el caso de que se les ocurriera limitar su soberanía. Se sospechaba que había orientado las leyes y las penas por cauces que no saldrían a la luz pública ni en circunstancias que, en su opinión, pudieran mermar los derechos de los prisioneros. Se le imputaban asuntos más oscuros. Al calor de las chimeneas se susurraban sombrías sospechas, que ningún hombre se atrevía a reconocer abiertamente. Si alguien lo hacía, la reacción del Landgrave provocaba gran temor entre todos. En ocasiones, hablaba de llevar a los prisioneros a juicio; en otras, cancelaba los preparativos que se habían hecho en tal sentido. A menudo hablaba de desterrarlos a todos juntos, y otras, reconocía su intención de tratar la falta como traición. El resultado de esta brusca y caprichosa tiranía fue inspirar los temores más vagos y sombríos en las mentes de los prisioneros, y mantener a sus amigos, a la par que a toda la ciudad de Klosterheim, en un estado de febril inseguridad.

Este estado de cosas duró casi tres semanas, pero al fin amaneció un día de inesperada alegría para la ciudad. Todos los prisioneros quedaron libres una noche. En media hora la noticia corrió por la ciudad y por la Universidad. Muchas personas se acercaron apresuradamente a la Facultad, deseosas de felicitar a los prisioneros por la liberación de su doble pena, la de prisión y la de una continua inseguridad. La mera curiosidad empujó también a algunos, que tenían poco interés por los prisioneros o su causa, a preguntar por las circunstancias de tan repentino e inesperado acto de gracia. Uno de los patios principales de la Facultad se hallaba repleto de amigos y curiosos. Solamente se veían rostros fervorosos y satisfechos, ofreciendo o agradeciendo felicitaciones; sólo se escuchaban palabras de alegría y placer, de amistad o de cariño, según el sexo o el parentesco del que hablaba. Unos hablaban de conseguir salvoconductos para abandonar la ciudad; otros anticipaban que esta decisión no la dejarían a su propia elección, sino que sería impuesta por el Landgrave como pago por su clemencia. En suma, todo era bullicio y ruidosa alegría. Pero, de repente, una columna de guardias de la ciudad, dirigida por un oficial, se abrió paso brusca y violentamente entre la multitud, avanzando hacia el lugar donde estaban reunidos los prisioneros liberados. En ese momento el conde St. Aldenheim estaba ofreciendo sus felicitaciones. Los compañeros a quienes hablaba confiaban demasiado en su honor, para haber dudado ni un momento de las verdaderas causas que le habían protegido de la ira del Landgrave, otorgándole así un privilegio tan injusto a los ojos de quienes no le conocían, como repugnante ante los suyos propios. Conocían su intachable fidelidad por la causa y por ellos mismos, y le expresaban calurosamente sus sentimientos cuando apareció la guardia de la ciudad. El conde, por su parte, les recordaba cariñosamente en ese momento que fuesen aquella misma tarde a cumplir su compromiso de beber a la alegre memoria de su tía con su propio Johannisburg, cuando la guardia, apartando a empujones a la muchedumbre, avanzó y rodeó al

grupo de estudiantes, y en un instante retuvo a todos los caballeros que había junto al conde para arrestarlos en el acto. El mezquino oficial que los dirigía sujetó bruscamente al de atuendo más distinguido y asíó groseramente la cadena de oro que colgaba de su cuello. St. Aldenheim, que en ese momento conversaba con él, indignado por la codicia criminal de los que así abusaban de los privilegios de su oficio, e incapaz de dominar el generoso impulso de su naturaleza, hizo frente a la brutal agresión con un repentino golpe en el rostro del oficial, tan bien dirigido que dejó al hombre tumbado en el suelo cuán largo era. Ningún temor a posibles represalias, aunque hubiesen sido mil veces peores que las del momento presente, habría ahogado el triunfante grito de júbilo, largo, fuerte y sin vacilaciones, que arrancó de la multitud la indignada simpatía por el oprimido. El dolor y la humillación producidos por el golpe, y exaltados a niveles enloquecedores por ese grito popular de júbilo, tornó la rabia del oficial en delirio. Con los labios lívidos y medio sofocado por la pasión, natural en una persona que hasta entonces nunca había encontrado el menor asomo de oposición ala autoridad de que estaba investido, y que por primera vez en su vida sentía que le devolvían en los dientes sus propias brutalidades, ordenó por señas, más que por los sonidos inarticulados que pretendían ser palabras, la acción de su grupo contra el conde St. Aldenheim. Con las lanzas levantadas a su alrededor, pidió imperiosamente al valiente noble que se rindiera. Pero éste protestó indignado, y sacando su espada, se colocó en actitud defensiva. Afirmó que moriría mil veces antes que entregar la espada de su padre, el Palsgrave, príncipe del imperio, de honor intachable y antiguos ascendientes, en las manos de un carcelero.

—¡Carcelero! —exclamó el oficial, casi gritando de furia.

—Pues, si no, capitán de carceleros, teniente, *anspessade*, o lo que prefiera. ¿Quién sino un carcelero vigila las puertas de la prisión de caballeros honorables?

Otro grito triunfal aclamó a St. Aldenheim, pues los hombres que cumplían la función de guardias de la ciudad ese día, o la mezquina guardia, como la denominaban, que se correspondía en sus funciones con la policía de nuestra época, eran despreciados por todos, en especial por los militares, a pesar de parecerse a ellos en ciertos aspectos de su disciplina y uniforme. Se les tachaba diligentemente de carceleros, con tanta más razón cuanto que sus misiones los relacionaban con frecuencia con el carcelero. Por lo demás, eran hombres disolutos y brutales, que no procedían de la ciudadanía, sino que eran desertores extranjeros o evadidos de otras prisiones, o de la justicia del capitán de algún lejano campamento. Probablemente, más de uno estaba reclamado en alguna otra región de Alemania por delincuente. A veces se les descubría, reclamaba y entregaba a la justicia, cuando el agraviado por sus actos criminales era lo suficientemente rico para respaldar una investigación eficaz. De este modo, la fama de la guardia era más que escandalosa: la infamia de su profesión y su miserable condición de desamparo, de las que se habían hecho merecedores, se combinaron para abrumarles con el desprecio público; y esta repulsa,

que inevitablemente cosechaban, la acreditaban y justificaban en demasiadas ocasiones con su conducta, por mera desesperación.

—¡Capitán de carceleros! Haga lo que le digo —exclamó St. Aldenheim.

A pesar del furor que le cegaba, el oficial vaciló en precipitarse en una lucha personal con el conde, que quizás proporcionara a su rival otra ocasión para un nuevo triunfo. Pero, furiosamente y a grandes voces, instó a sus subordinados a atacarle. Estos, sin tomar parte en la ira personal de su cabecilla, y aunque se acercaban cada vez más a St. Aldenheim, instándole a que se rindiera, vacilaban en infligir una herida o un atropello demasiado grave a un caballero cuyo rango era conocido en toda la ciudad, y últimamente, conocido también por sus ventajosos intereses, que le habían proporcionado una evidente inmunidad ante el Landgrave. En vano insistía el oficial de mando; en vano los desafiaba el conde. Las amenazas de ambos no sirvieron para empujar a la guardia a violentar a una persona que podría tener en su mano el poder de tomar represalias severas contra ellos. Seguían obstinados en su postura, evitando simplemente su huida, cuando, de repente, se oyó un sonido de cascos de caballos, y se divisó a lo lejos un cuerpo de caballería del castillo, que se acercaba a paso de carga hacia la entrada principal del colegio. Sin detenerse a la entrada, como siempre habían hecho, reflejaron sobradamente los sentimientos del Landgrave por los antiguos fueros de Klosterheim al lanzarse a través del gran arco de las puertas del colegio, y luego, abrirse a ambos lados, hasta detenerse delante de la guardia de la ciudad y sus prisioneros.

—Coronel von Aremberg —dijo St. Aldenheim—, comprendo vuestra misión. Me rindo a un soldado. Jamás escucharé a este tirano de calabozos, que ha traicionado a más hombres y estafado a más horcas que verdades ha dicho, aunque cumpla las órdenes de todos los Landgraves de Alemania.

—Hacéis bien —replicó el coronel—. En cuanto a este hombre, conde, no trae órdenes de ningún Landgrave, ni volverá jamás a llevar órdenes del Landgrave de X. Caballeros, sois todos prisioneros míos, y me acompañaréis al castillo. Conde St. Aldenheim, siento que ya no haya exención para vos. Avanzad, por favor. Si os sirve de gratificación, estos hombres —y señaló a la guardia de la ciudad—, también son prisioneros.

El destino había dado un giro que sorprendió a todos. Los detestados guardias de la cárcel de la ciudad iban a ocuparla ellos mismos, y, peor aún, quedarían sin clemencia y sin juicio, en las oscuras y pestilentes mazmorras del castillo del Landgrave. Se escucharon gritos dispersos de triunfo, procedentes de la multitud, pero quedaron ahogados en una confusión de sentimientos contrarios. Como criaturas humanas, caídas en desgracia bajo un déspota con poder para realizar sus pesquisas mediante torturas, hasta ellos merecían cierta compasión. Pero, distrayendo la atención de estos asuntos menos dignos de interés público, se levantó un numeroso grupo de valientes caballeros cuya libertad les había sido devuelta arbitrariamente para, al parecer, infligirles mayor dolor y amargura al devolverlos instantáneamente a

la prisión. Era el delirio propio del despotismo y su más caprichoso estado de excitación. Muchos empezaron a creer que el Landgrave estaba loco. Si era así, podía esperarse una terrible suerte para los hijos o representantes de tantas familias nobles, soldados valientes en su mayoría, y con un noble de sangre real a la cabeza, bajo la desgracia de un sombrío y enfurecido tirano, con medios ilimitados para ejecutar las más sangrientas ideas de venganza. Entonces, ¿qué relación tenían los guardianes de la cárcel con cualquier ofensa, incluso imaginaria? Si el Landgrave estaba loco, sus agentes no. El Coronel von Aremberg era un hombre de entendimiento frío y penetrante. Y este oficial había hablado claramente con el tono de quien, al anunciar la sentencia de otro, simpatiza completamente con la justicia y la necesidad de su dureza.

Algo se le escapó al miserable cabecilla de la guardia de la ciudad, en su inicial confusión e intento de defenderse, que aumentó el misterio en vez de aclararlo.

—¡La Máscara! ¡La Máscara!

Ésta era la palabra que escuchaba a intervalos la atenta muchedumbre, cuando el oficial de la guardia se dirigía a modo de disculpa y ruego al coronel Von Aremberg, que no se dignaba escucharle, o en las ocasionales explicaciones y discusiones entrecortadas que mantenía con alguno de sus compañeros más cercanos, acerca del presunto delito. Entre la multitud podía verse a dos o tres cuyo aspecto sugería que tenían un mayor conocimiento sobre la misteriosa alusión realizada por los que acompañaban a los prisioneros y su escolta hasta las puertas del castillo. Era evidente, por sus miradas inquisitivas y la expresión fija de asombro en sus rostros, que todo el asunto y sus circunstancias era para ellos motivo de misterio por lo ocurrido, y de ciego terror por lo que iba a ocurrir.

CAPÍTULO IX

La cabalgata se detuvo a la puerta del *schloss*, con su carga de prisioneros y su séquito de espectadores. Este vasto y antiguo conjunto se veía ahora con un sentimiento lúgubre de rechazo, como la morada que era de un sanguinario déspota. En su interior se sucedían los calabozos y laberintos de sus pasajes tortuosos, sus sombríos salones de audiencia, con enormes corredores que subían por los innumerables tramos de escaleras, algunas nobles, espaciosas y de estilo veneciano, con capacidad para admitir el paso de un ejército, otras en espiral, empinadas y tan extraordinariamente estrechas que dos personas no podían pasar a la vez por ellas. Además había numerosas capillas erigidas a diferentes santos por los devotos, o devotas, de las familias de Landgraves olvidados a lo largo de cuatro siglos, y, finalmente, los tribunales, o *gericht-kammern*, para administrar justicia criminal o civil a la ciudad de Klosterheim y sus dependencias territoriales. Todo ello unido formaba un impresionante conjunto, exaltado por los recuerdos históricos y las tradiciones que desde la infancia hasta la vejez actuaban sobre los sentimientos de los ciudadanos de Klosterheim. Predominaban entre ellos, sin duda, el terror y el temor supersticioso, aunque las benévolas virtudes de algunos príncipes, que habían hecho del *schloss* su residencia favorita, consiguieron mitigar la aspereza de estos pensamientos, en favor de otros de respeto religioso, no exento de atractivos. Pero, actualmente, bajo el duro y repulsivo carácter del príncipe regente, con sus costumbres poco afables, todo adquiriría un nuevo color. La leyenda supersticiosa que había poblado el *schloss* desde tiempos inmemoriales con apariciones espectrales, revivía ahora con nuevas fuerzas. Nunca como en esta época se habían propagado por Alemania tantas supersticiones de todo tipo. Los turbulentos y violentos tiempos, y el escaso dominio que los hombres tenían sobre sus vidas, dirigían evidentemente sus pensamientos hacia el otro mundo. La comunicación con éste, o con sus secretos, a través de todo tipo de agentes, fantasmas, adivinaciones, magia natural, quiromancia o astrología, encontraba en todas las ciudades del país más estímulos que nunca.

No debe sorprender, por tanto, que la conocida aparición de La Mujer de Blanco (una leyenda que afectaba a Klosterheim y a los destinos de sus Landgraves, al igual que a diversas casas reales de Alemania que descendían de la misma estirpe original) fuese vista por aquellos días, en el crepúsculo de las tardes, en alguna de las ventanas superiores del castillo, y hasta en una larga galería de la gran capilla, durante el servicio vespertino. Se suponía que esta dama, conocida por el nombre de la Blanca Lady Agnes, o Lady Agnes de Weissemburg, había vivido en el siglo XIII o XIV, y, desde entonces hasta nuestros días, la creencia general es que, en vísperas de algún gran acontecimiento de buena o mala fortuna que afecte a tres o cuatro casas ilustres

de Alemania que descienden de ella, hace su aparición en alguna estancia notable, en los grandes salones baroniales de sus palacios, atravesándolos con sus blancas ropas y un numeroso séquito. Su aparición, en el *schloss* de Klosterheim, en la que creía a ciegas la mayoría del pueblo, se consideraba desde hacía algún tiempo, con secreta alegría, como la premonición de un gran cambio en la familia del Landgrave, y lo que para el príncipe suponía necesariamente la amenaza de algún terrible mal, para ellos significaba días mejores. Por ello reinaba cierta esperanza en el futuro, basada en los síntomas sobrenaturales de cambios venideros. Sin embargo, el profundo respeto y temor religioso se mezclaban con sus esperanzas. Estaban seguros del castigo que se cernía sobre el Landgrave. Todos creían que pronto se produciría algún oscuro juicio religioso, como el que cayó sobre la casa de Edipo. Su sombrío ascetismo parecía insinuar crímenes secretos, que saldrían a la luz. Por ellos y por su reciente tiranía, por muy bien que le fuese por el momento, se cernían castigos sobre él. Y parte del temor que inspiraba un príncipe tan marcado por la tragedia, parecía asociarse a su mansión, especialmente por ser en ella donde las señales y presagios de la desgracia venidera se habían revelado bajo la aparición de la Dama Blanca.

Debido a estas supersticiones, muchos de los espectadores se detuvieron a la entrada del castillo, y quedaron rezagados en el portal, aunque suponían que la Cámara de Justicia, de acuerdo con las viejas tradiciones alemanas, se encontraba abierta a todos. Pero pronto quedaron desengañados por el brusco regreso de los pocos que habían entrado hasta la primera antecámara. El grupo había sido rechazado con insolencia, y los atónitos ciudadanos recibieron otra lección de las nuevas artes del secretismo con que el Landgrave acompañaba sus nuevos actos de tiranía.

Von Aremberg y sus prisioneros, que permanecían en una de las antecámaras, no tuvieron que esperar mucho antes de ser convocados a presencia del Landgrave.

Tras recorrer numerosos pasillos, alfombrados para ahogar el ruido de las pisadas, llegaron a una pequeña sala, cuya puerta se abrió repentinamente ante la silenciosa señal de un portero, que les mostró una larga galería con una mesa y unas sillas situadas al otro extremo. Había dos caballeros sentados junto a la mesa, examinando con interés unos papeles. En uno era fácil reconocer la astuta mirada del ministro italiano. El otro era el Landgrave.

El príncipe estaba ya cerca de los cincuenta. Tenía un rostro sorprendentemente bien parecido, y un aspecto majestuoso, debido a la mezcla poco común de distinción y dignidad. Ningún hombre conocía mejor el arte de reprimir sus accesos de ira o maldad, dentro del decoro de su rango. Y hasta sus pasiones más viles, que imprimían a su rostro un aire sombrío más que terrorífico, inspiraban una sensación de secreta desconfianza más que repugnancia o temor. Sin duda, debido al creciente odio que se le profesaba últimamente, sus accesos de pasión se habían vuelto más violentos y feroces, y su autocontrol era menos evidente. Pero en general, un aire solemne de malvada cortesía encubría, salvo para los ojos más penetrantes, los traidores propósitos de su corazón.

El Landgrave se inclinó ante el conde St. Aldenheim, le señaló una silla y le rogó que comprendiese que no deseaba hacer nada contrario al aprecio que sentía por su hermano el Palsgrave, y que se conformaría con su palabra de honor de renunciar a nuevas conspiraciones contra su persona, en las que quizás se había visto involucrado inconscientemente, y con su marcha de Klosterheim.

El conde St. Aldenheim contestó que todos los caballeros presentes, incluido él mismo, se encontraban en la misma situación, que no habían abrigado ideas de conspiración, a no ser que se llamase así al propósito de protestar abiertamente ante Su Alteza por el atropello de los privilegios de su corporación como Universidad, que no deseaba ningún tratamiento especial en un caso en el que todos habían cometido la misma falta, o ninguna en absoluto, y finalmente, que creía que la sentencia de destierro de Klosterheim sería recibida con agrado por todos, o por casi todos, los presentes.

Adorni, el ministro, movió la cabeza y miró significativamente al Landgrave, mientras el conde hablaba. El Landgrave contestó fríamente que si podía suponer que el conde hablaba con sinceridad, era evidente, en cambio, que no se daba cuenta de hasta qué límite habían llevado sus compañeros, o algunos de ellos, la conspiración.

—¡Aquí están las pruebas! —dijo, mientras señalaba los papeles. Y, volviéndose hacia los estudiantes, prosiguió—: Y ahora, caballeros, me sorprende que siendo nobles y teniéndose, como sin duda se tienen, por hombres de honor, puedan llevar a estos pobres bribones ala ruina, mientras ustedes persiguen tan sólo una pequeña burla de la autoridad, de la que no tienen esperanza de escapar.

Interpelados de este modo, los estudiantes y la guardia de la ciudad contaron su historia, en la que los interrogadores no pudieron detectar contradicciones.

La prisión de la ciudad no se encontraba especialmente bien protegida contra los ataques del exterior. De este modo, para prevenir cualquier intento de rescate, los guardianes hacían turnos. Un hombre vigilaba durante dos horas, recorriendo los distintos corredores de la prisión, y luego era relevado. A las tres de la madrugada de la noche anterior, al recorrer un pasillo sinuoso, pero bien iluminado, el guardián se encontró con una persona armada que llevaba una máscara. Grande fue su sorpresa y consternación, especialmente al ver que los pasos de La Máscara no producían ruido alguno en el suelo de piedra. El vigilante, a pesar de no estar preparado para enfrentarse a un ataque, habría ofrecido resistencia y dado la alarma si La Máscara no le hubiese apuntado a la cabeza con una pistola, mientras con la otra mano abría la puerta de una celda vacía, indicándole por señas que debía entrar en ella. Ante esta amenaza, el vigilante obedeció, y La Máscara le encerró inmediatamente bajo llave. No recordaba nada de lo que siguió hasta ser despertado por sus compañeros, que lo liberaron tras algún tiempo de búsqueda.

Los estudiantes contaron una historia muy semejante. Una Máscara, armada de la cabeza a los pies, como había descrito el guardia, había visitado a cada uno de ellos en sus celdas y les había indicado por señas que se vistieran. Luego, mediante

órdenes mudas, los reunió, abrió la puerta de la prisión y, señalando la Facultad, les indicó con la mano que fuesen hacia allí. No encontraron motivo alguno para desobedecer sus indicaciones, pues suponían que su salida se había realizado con el beneplácito de Su Alteza, y no estaban descontentos de haber encontrado un final tan pacífico a una situación que, en un principio, dado el misterio y la hora de la noche en la que se había producido, pensaron que terminaría peor.

Observaron que ni el Landgrave ni su ministro se burlaban, como cabría esperar, del relato de unos hechos tan extraños. Ambos escucharon con atención y formularon minuciosas preguntas sobre los detalles de las ropas y aspecto de la misteriosa Máscara. ¿Qué estatura tenía? ¿Por qué camino, o en qué dirección, había desaparecido? Una vez contestadas estas preguntas, Su Alteza y el ministro deliberaron juntos unos minutos, y luego, volviéndose hacia Von Aremberg, le ordenaron que de momento dejase marchar a los prisioneros a sus hogares, acto de gracia que probablemente resultaba adecuado en aquellos momentos conflictivos, pero al mismo tiempo, que tomase las suficientes precauciones para tenerlos localizables. Una vez dicho esto, todos fueron liberados.

CAPÍTULO X

Todo Klosterheim se encontraba confundido por la historia de la misteriosa Máscara, pues se había difundido con rapidez. El mismo día se conoció otro hecho. Había notas en las paredes de diversos lugares públicos con estas palabras:

«¡Cuidado, Landgrave! A partir de ahora, yo, y no vos, soy quien gobierna en Klosterheim. *La Máscara*». Y no era vana la amenaza. Pronto se puso en evidencia que algún misterioso agente estaba actuando contra los designios del Landgrave. Desaparecían centinelas solitarios. Guardias, hasta de doce hombres, eran sustraídas sigilosamente de sus puestos. Poco a poco, se realizaron otros ataques, incluso más alarmantes que éstos, contra la seguridad interna. ¿Había alguien entre los ciudadanos que destacaba como instrumento del Landgrave, o contrario a los intereses imperiales? Por la noche desaparecía de su casa, y probablemente de la ciudad. Al principio era una tarea fácil. Como nadie sospechaba que estuviese personalmente en peligro, no se tomaban precauciones especiales para defenderse. Pero al hacerse evidente de parte de quién estaba *La Máscara*, todo el que sabía que corría el riesgo de ser atacado, se protegió contra él. Se multiplicaron las guardias. En todas las casas fueron reparadas las armas, y se dispusieron alarmas. Durante algún tiempo pareció que disminuía el peligro. Los ataques ya no eran tan frecuentes. Sin embargo, cada vez que se llevaban a cabo, tenían el mismo éxito que al principio. De hecho, parecía que todas las precauciones sólo servían para prevenir a *La Máscara* de su propio riesgo y ponerlo más en guardia. Consciente de las nuevas defensas, esperaba a ver qué forma adoptaban. Una vez dominadas, estaba preparado (o eso parecía) para luchar contra ellas con tanto éxito como antes.

Nada escapaba a la consternación de la ciudad. Hasta los que no estaban incluidos en la aparente regla que regía los ataques de *La Máscara*, sentían una indefinida sensación de terror que pendía sobre ellos. El sueño ya no era seguro. El refugio del hogar privado de un hombre, la intimidad de los dormitorios, no servían de protección. Las cerraduras cedían, las rejas caían y las puertas se abrían ante *La Máscara*, como por arte de magia. Las armas parecían inútiles. En algunas ocasiones, habían desaparecido grupos de hasta diez o doce personas, sin haber alertado a la vecindad. Y no era éste el único misterio. El lugar donde se llevaba a sus víctimas era aún más misterioso que los medios con los que lo conseguía. Todo era incertidumbre y temor, y toda la ciudad se encontraba agitada por el pánico.

Se empezaba a sugerir la necesidad de establecer una guardia nocturna, con lugares fijos de ronda, que recorriese las calles a intervalos. Todos accedieron gustosos, pues, pasada la primera semana de los misteriosos ataques, se comprobó que los partidarios imperiales también eran atacados indiscriminadamente, además de los aliados de los suecos. Muchos estudiantes declararon públicamente que habían

sido perseguidos por varias calles por una Máscara armada. Otros se habían encontrado con ella en lugares poco frecuentados de la ciudad, bajo la oscuridad de la noche, y habían estado a punto de ser atacados, cuando alguna alarma, o la aproximación de pasos distantes, la habían hecho desaparecer. Los estudiantes parecían ser el principal objeto de sus ataques. Y dado que, en general, se mostraban partidarios de los intereses imperiales, ya no se consideraba que los motivos de La Máscara fuesen políticos. De este modo, los estudiantes se ofrecieron en bloque como voluntarios para la vigilancia nocturna de la ciudad. Al ser jóvenes, de costumbres militares en su mayoría, y estar habituados a soportar la dureza de las guardias nocturnas, parecían especialmente adecuados para el servicio; y como el caso ya no despertaba las sospechas del Landgrave, fueron aceptados y alistados. Y con tanta más presteza, al aprobarlo los aliados reconocidos del príncipe.

Así, se estableció una guardia nocturna que ofrecía seguridad a la población, y una tregua a sus misteriosos temores. Fue distribuida en ocho o diez divisiones, que se apostaron en diferentes puntos, mientras una brigada central atravesaba la ciudad a intervalos establecidos, vigilando las estaciones locales. Estas disposiciones se habían aplicado hasta entonces en Alemania, y fueron recibidas con aplauso general. Sin embargo, para sorpresa de todos, resultaron ser totalmente ineficaces. Los hogares se vieron allanados como antes, las dependencias universitarias dejaron de ser santuarios, pues eran atacadas obstinadamente, lo que se interpretó como una represalia contra la presteza de los estudiantes por inmiscuirse en la protección pública. La gente desaparecía igual que antes, y sucesivas notas colocadas en las puertas de la Universidad, de los conventos y del *schloss*, con la firma de La Máscara, anunciaban al público su determinación de continuar y su desprecio por las medidas adoptadas contra ella.

El temor de los ciudadanos era ahora mucho mayor que antes. El peligro era de tal magnitud que no se podía afrontar con valor, prevenir con prudencia, o evitar con astucia. Todos los que estaban señalados para sufrir un ataque, tarde o temprano, caían víctimas de la obstinación de este misterioso adversario. Era inútil hacer nada incluso cuando uno recibía una amenaza personal. En ocasiones, cuando alguien sospechaba que La Máscara había puesto su atención en él, reunía alrededor de su hogar, o en sus mismas dependencias, a un grupo de hombres armados, suficientes para desafiar el peligro. Pero, en cuanto se relajaban estas costosas y molestas precauciones, en cuanto decaía el sentimiento de peligro y se producía algún resquicio para su implacable enemigo, se deslizaba por él sigilosamente, con su acostumbrado éxito, y, a la mañana siguiente, o a la otra, se daba a conocer a la ciudad una nueva víctima.

Sin embargo, todavía había algo capaz de incrementar el miedo de los ciudadanos y empujarles hacia el desorden. Hasta ahora nada indicaba que se hubiera producido alguna violencia sangrienta durante los misteriosos encuentros entre La Máscara y sus víctimas. Pero, últimamente, en las casas y dependencias de la Universidad de las

que habían desaparecido sus ocupantes, se habían encontrado restos de sangre o de terribles luchas. A veces, aparecían abundantes cabellos esparcidos por el suelo, otras, fragmentos de ropas o astillas de armas. Todo indicaba que, a medida que avanzaba el misterioso agente, se incrementaba la intensidad de las pasiones por ambas partes: determinación y maldad asesina, de un lado, y furiosa resistencia del otro.

Al fin, el pánico del pueblo recibió la última constatación que ponía fin a sus dudas sobre las causas que motivaban las incursiones de La Máscara, al aparecer una nota en una casa, en la que la sangre era tan abundante que hacía temer por alguna vida, redactada en los siguientes términos:

«De este modo castigo la resistencia. Clemencia para la sumisión incondicional, pero, a partir de ahora, muerte a los obstinados. *La Máscara*».

¿Qué se podía hacer? Algunos sugirieron enviar una súplica dirigida a La Máscara, para aplacar su cólera. Pero, aunque hubiese tenido cierta posibilidad de éxito, parecía un acto de degradación demasiado humillante confesar que, en la lucha contra un solo hombre (pues ninguno más había aparecido declaradamente en escena), se encontraban derrotados y a su merced. Un segundo grupo propuso un pacto. Si fuera posible conocer los objetivos finales de La Máscara, pedían admitir sus demandas a cambio de la seguridad de la ciudad y la inmunidad contra futuras agresiones. Era verdad que nadie sabía dónde encontrarla: se hallaba oculta y era inaccesible; pero todos sabían cómo comunicarse con ella. Estaba entre ellos, en su mismo centro, y cualquier cosa que le manifestasen en una nota pública, llegaría rápidamente a sus ojos.

Tras alguna deliberación, escribieron una nota dirigida a La Máscara, y la expusieron a las puertas de la Universidad. En ella le pedían la revelación de sus propósitos y el precio que pedía por renunciar a ellos. Al día siguiente, en el mismo lugar, apareció la respuesta, indicando la intención de La Máscara de revelar sus motivos con una extensa explicación en el momento adecuado, pero, mientras tanto...

«Más sangre debe verterse en Klosterheim».

CAPÍTULO XI

El Landgrave, por su parte, estaba perplejo y alarmado. Hasta ese momento estaba convencido de que dominaba todas las intrigas, conjuras o conspiraciones que amenazaban su poder en la ciudad. Tenía muchos espías entre los estudiantes y los ciudadanos que le informaban de todo lo que se enteraban, que en ocasiones era mucho más que la verdad, y en otras, mucho menos. Pero ahora se enfrentaba a un poderoso antagonista que se movía en la oscuridad sin importarle su poder, inaccesible a sus amenazas y aparentemente tan temerario como él mismo en los medios empleados.

Adorni, con toda su sutileza veneciana, estaba ahora tan perplejo como los demás. En vano habían deliberado juntos día tras día sobre sus posibles propósitos. En vano intentaron atrapar a La Máscara u ofrecer grandes recompensas por seguir sus huellas. Se le habían tendido trampas inútilmente, todas las estratagemas habían resultado infructuosas, todas las maquinaciones habían sido desmontadas. Ahora ambos reconocían que habían encontrado un igual.

Humillado y confuso, temeroso por las futuras luchas y mortificado por las pasadas, el Landgrave estaba sentado a altas horas de la noche en la galería donde generalmente se convocaban los consejos. Reflexionaba con preocupación sobre el momento particularmente inoportuno que este nuevo enemigo había elegido para salir a escena, en plena crisis de conflictos entre los intereses suecos e imperiales de Klosterheim, y que al final podría determinar su propia situación y valor en la estima de sus propios aliados. El suyo no era un carácter especialmente propenso a caer víctima de supersticiones. Sin embargo, no podía ignorar que se estaba tramando algo para infundir temor, un miedo casi sobrenatural, en las repentinas apariciones y desapariciones de La Máscara. Nadie sabía de dónde salía, ni dónde se escondía. A veces era interceptada, pero eludía su captura, y si se daba crédito a la mitad de las historias que circulaban, sus pasos eran inaudibles y se volvía invisible e intocable ante las propias manos que se extendían para detenerla. Sin duda, había mucho de exageración deliberada en todo ello, o bien la impresión del miedo engañaba la vista. Pero, aun teniendo esto en cuenta, el asunto era tan persistente como para justificar el extraordinario interés por un ser tan singular, y el Landgrave no podía menos que desear tener la oportunidad de verla por sí mismo.

Por unos momentos reinó en el castillo un profundo silencio. Un reloj que había en la estancia lo interrumpió unos instantes al dar los cuartos. El Landgrave levantó los ojos y vio que eran más de las dos. Se levantó para retirarse a dormir y se quedó reflexionando un momento, con una mano apoyada en la mesa. Un leve sentimiento de temor le sobrecogió mientras sus ojos recorrían la oscuridad del otro extremo de la estancia, con el repentino pensamiento de que un ser tan misterioso, capaz de

atravesar tantos obstáculos hasta el interior de cualquier mansión de Klosterheim, sería igualmente capaz de visitar el castillo. Es más, no era imposible que lograra penetrar hasta esa misma estancia. ¿Qué rejas podrían detenerla? ¿Y quién podía calcular la hora de su visita? Incluso podía haber elegido aquella misma noche. Estaba pensando esto, cuando el Landgrave observó una oscura figura que penetró en la estancia que había al otro extremo. La habitación tenía las dimensiones y proporciones de una galería y el extremo opuesto estaba tan alejado del candelabro que había sobre la mesa del Landgrave que sólo llegaban algunos rayos de luz. Sin embargo, eran suficientes para distinguir la silueta de una figura que avanzaba lenta y silenciosamente por la habitación. No podía decirse que la figura anduviera con sigilo; al contrario, sus movimientos, porte y maneras eran extremadamente dignos y solemnes. Pero daba la impresión de que sus propósitos eran furtivos debido al perfecto silencio de sus pasos. El movimiento de una sombra no hubiera sido más silencioso. Esta circunstancia fue la que le confirmó al Landgrave que estaba a punto de cumplirse su reciente deseo y que por fin iba a encontrarse con el misterioso ser, objeto de tanto temor y causa de un pánico tan extendido.

Tenía razón, en efecto: era La Máscara, armada como de costumbre de la cabeza a los pies. Avanzaba con paso regular y firme en dirección al Landgrave. No era seguro que hubiera visto a Su Alteza, que se encontraba semioculto en la sombra de un gran armario. Al Landgrave no le habían dudas sobre sus intenciones. Era un príncipe de nervios templados y de gran valor. Sin embargo, como participaba de las supersticiones de su época, no había esperado que pudiera ahogar completamente un sentimiento de aprehensión mientras contemplaba el solemne paso de un ser que, por algún medio desconocido, había secuestrado a tantas personas de tantas casas, la mayoría de ellas preparadas para defenderse y protegidas por muros de piedra, cerrojos y rejas.

Sin embargo, el Landgrave no perdió su presencia de ánimo y, en medio de su confusión, al ver las vestimentas de aquella misteriosa figura y las armas y avíos militares que llevaba, sus pensamientos se detuvieron en los medios terrenales para herir que aquella aparición marcial llevaba encima. El Landgrave estaba desarmado; ni siquiera tenía un arma a su alcance, ni podía, en su actual situación, pedir rápidamente ayuda. Con estos pensamientos cruzando rápidamente por su cabeza, y consciente de que, al margen de su naturaleza y poderes, el ser que tenía ahora ante sí era un temible adversario, el Landgrave no pudo evitar sentirse aliviado de parte de sus temores cuando vio que La Máscara giraba bruscamente hacia una puerta que se abría en el centro de la estancia y que conducía a una galería de cuadros situada en ángulo recto con la estancia en la que se encontraba.

La Máscara entró en la galería con el mismo paso solemne, aparentemente sin percatarse de la presencia del Landgrave. Su actitud parecía indicar que evitaba a propósito un encuentro con el príncipe, y eso podría ser muestra de temor, o de que no se había percatado de su presencia. Ambas suposiciones indicaban cierta debilidad

humana, y parecían incompatibles con las facultades sobrenaturales que se le atribuían. En parte debido a esta consideración, y en parte, quizás, porque de pronto recordó que el camino que había tomado La Máscara llevaba directamente a las dependencias del viejo senescal, donde podría encontrar ayuda, el Landgrave se sobrepuso por unos instantes. La consciencia de su rango y de su nacimiento también ayudaron, así como el desdén que siente todo hombre, ya sea valiente o cobarde, hacia su agresor dentro de las paredes de su propia morada. Desarmado como estaba, tomó la determinación de seguirla y quizás interpelarla.

La reserva de su elevada educación y el ceremonioso decoro de su rango le impidieron perseguir apresuradamente a La Máscara. Avanzó con su habitual paso grave de forma que La Máscara ya había recorrido la mitad de la galería antes de que el príncipe entrase en ella. Esta galería, adornada a ambos lados con cuadros, entre los que había algunos retratos, era muy larga. La Máscara y el príncipe continuaron su avance manteniendo la misma distancia. La Máscara no hizo ningún gesto que indicase que era consciente de la persecución del Landgrave. Sin embargo, se detuvo repentinamente y sacó su espada. El Landgrave también se detuvo. Entonces, La Máscara se giró, hizo un ademán con la mano, como para solicitar la atención del príncipe, y levantó lentamente la punta de su espada hasta la altura de un cuadro. Era el retrato de un joven caballero, con traje de cazador, en la flor de la juventud y rebosante de energía. El Landgrave palideció y se puso a temblar con aspecto abatido. La Máscara mantuvo la espada en aquella posición' durante medio minuto. Luego, la bajó, movió la cabeza y levantó la mano con una expresión de particular solemnidad. El Landgrave se recuperó, su rostro se hinchó de cólera, y reemprendió la persecución acelerando el paso.

Sin embargo, La Máscara ya había abandonado la galería por un corredor que, tras doblar una sola esquina, terminaba en las dependencias privadas del senescal. Pensando que su desconocimiento del edificio le estaba llevando hacia una captura segura, el Landgrave la persiguió más despacio. El corredor estaba poco iluminado y todas las imágenes flotaban en una nebulosa oscuridad. Al doblar la esquina, al Landgrave le pareció que La Máscara estaba a punto de entrar en la estancia del senescal. No se había escuchado el ruido de ninguna puerta, pero estaba seguro de que había visto la orgullosa figura de La Máscara deslizarse en el interior de aquella estancia. De nuevo aceleró el paso. En el interior ardía una luz y la puerta estaba entreabierta. El príncipe la abrió silenciosamente y entró con la completa seguridad de que al fin alcanzaría allí al objeto de su persecución.

Su consternación fue grande al no encontrar en una habitación sin otra salida a ninguna criatura viviente, a excepción del viejo senescal, que estaba plácidamente dormido en su sillón. El primer impulso del príncipe fue el de despertarle bruscamente para recabar su ayuda en la búsqueda. El descubrimiento de un papel sobre la mesa detuvo su mano. En él vio escrito un nombre que le atemorizaba más que cualquier otro en el mundo. Sus ojos permanecían clavados con fascinación en el

papel. Lo leyó durante un instante. Aquello le convenció de que no debía despertar al senescal, pues podía descubrir un secreto de la mayor importancia que deseaba ocultar más que cualquier otra cosa. Deliberó unos instantes consigo mismo. El viejo se agitó y habló en sueños. El Landgrave cogió el papel y dudó por un momento si esperar a que se despertase y exigirle autoritariamente algo que le afectaba a él directamente, o retirarse con el mensaje de la estancia antes de que el viejo se diese cuenta de la visita del príncipe o de su propia perdición.

Pero el senescal, quizás agotado por algún ejercicio extraordinario, sólo se había removido en su sillón, y siguió durmiendo profundamente reconfortado por el calor de la lumbre. El aullido del viento, que silbaba por este ángulo del *schloss*, ahogaba los demás sonidos que podían haberle perturbado. El Landgrave escondió el papel. Ningún sentido de la dignidad de su rango y carácter se interpusieron para impedirle realizar un acto tan impropio de un caballero. Cualesquiera que fuesen los crímenes que hasta entonces había cometido o autorizado, ésta era quizás la primera vez que lo habían ofendido con tan mezquina maldad. Se retiró con el sigiloso paso del ladrón, temeroso de que le descubriesen, y regresó a sus propios aposentos con un interés abrumador en el hallazgo que había hecho tan accidentalmente, y con la ansiedad por investigarlo más a fondo. Esto hizo desaparecer por el momento cualquier otra preocupación y desterró de sus pensamientos incluso a la propia Máscara, cuya repentina aparición y desaparición había dejado en sus manos el secreto que ahora le inquietaba.

CAPÍTULO XII

La Máscara siguió acosando al Landgrave, descubriendo sus engaños y neutralizando la mayoría de sus estratagemas políticas. En una de las múltiples notas que dejaba en las puertas del castillo describió al Landgrave como gobernador de Klosterheim durante el día, y a él mismo durante la noche. Sarcasmos como éste, unido a los actos ofensivos que La Máscara llevaba a cabo continuamente contra el Landgrave para frustrar sus designios, amargaban la existencia del príncipe. El daño que había infligido a sus ambiciosos planes políticos, particularmente en aquel momento, era irreparable. Uno tras otro, habían desaparecido todos los agentes y medios con los que esperaba influir en el consejo de autoridades de Klosterheim. Al perder su influencia, había perdido todo el apoyo con que contaba. Pero esto no era todo. La voz de la ciudad le reprochaba que era la causa original de una desgracia que se había mostrado incapaz de evitar. Él y su causa eran lo que había atraído sobre las personas fatalmente secuestradas la hostilidad de La Máscara. Si no fuese por Su Alteza, todos los alcaldes, capitanes, oficiales de la ciudad, etc., estarían ahora durmiendo en sus camas, mientras que ahora la mejor suerte que probablemente habían corrido la mayoría de ellos era la de estar durmiendo en un calabozo, y algunos incluso en sus tumbas. De este modo, la causa del Landgrave no sólo perdió a sus más eficaces partidarios, sino que, con su pérdida, suscitó dudas contra su persona, se ganó la antipatía de los que eran de su misma facción y reforzó y exacerbó el descontento general que durante tanto tiempo había prevalecido.

De ese modo, los conspiradores o sospechosos de conspirar no podían ser juzgados o castigados sin juicio. Cualquier chispa de nuevo descontento que cayese sobre el populacho no tardaría en estallar. Surgieron nuevos conspiradores, esta vez reales. La Universidad y la ciudad hervían de intrigas. El gobierno del príncipe estaba agotado con el trabajo cada vez mayor de descubrirlas y desbaratarlas. Y, poco a poco, las cosas llegaron a tal punto que el control de la ciudad, aunque en manos del Landgrave, sólo se sostenía por la pura fuerza militar y a punta de espada. Se temía que en poco tiempo, con estos brotes de odio del populacho y un cuerpo tan numeroso de estudiantes militares para dirigirlo, el poder, tan equilibrado, se decantaría en contra del gobierno del Landgrave. En el mejor de los casos, Su Alteza no podía esperar nada de su cariño. Todo lo que no pudiera lograr por la fuerza se podía dar por perdido.

Este estado de cosas lo había provocado la terrible Máscara, secundada, sin duda, por aquellos a los que había envalentonado y rebelado dentro de la ciudad. Para culminación de todo aquello, cada día quedaba más clara la enorme importancia que tendría Klosterheim como centro y clave de la próxima campaña. Una elección quizá premiara los servicios del Landgrave en la pacificación familiar, si se le podía

presentar a la Dieta alemana como dueño *de facto* de Klosterheim y de sus dependencias territoriales, y con algún dominio imperfecto *de jure*. Es más, podía esgrimir el mérito de haber ofrecido a este Estado, tan importante por su situación local, la posibilidad de ser aliado gustoso de los intereses suecos. Pero para conseguirlo era condición necesaria el voto libre de la ciudad, y el Landgrave se encontraba cada vez más lejos de obtenerlo debido a las maquinaciones de La Máscara.

El humor del príncipe empezó a resentirse bajo aquel cúmulo de provocaciones. Un enemigo que siempre buscaba en sus golpes el efecto más mortífero, siempre apuñalando en la oscuridad, pero hechizado y a salvo de toda venganza, ¡siempre visto, pero nunca hallado! El Landgrave rechinaba los dientes y cerraba los puños con espasmos de furor. Discutía con sus ministros, juraba con los oficiales, maldecía a los centinelas y por Klosterheim corrió el rumor de que le había pegado un puntapié a Adorni.

Lo cierto es que, bajo el estímulo que fuese, Adorni puso al fin más empeño en la captura de La Máscara. Ocurriese lo que ocurriese, declaró públicamente que no pasarían más de seis días sin que arrestase a aquel gobernante nocturno de Klosterheim. Tenía una estratagema para tal propósito, un cebo para atraparle, y empeñó su reputación como ministro e intrigante en su completo éxito.

Al día siguiente, se repartieron invitaciones, en nombre de Adorni y de Su Alteza, para un baile de máscaras. La moda de las fiestas de máscaras, procedente de Italia, se había introducido recientemente en este apartado rincón de Alemania, donde se utilizaba para llevar a cabo intrigas criminales.

A pesar de la extrema impopularidad del Landgrave entre las clases bajas y medias de la ciudad, entre las clases altas, su pequeña corte aún seguía proporcionando un lugar de reunión para la alta sociedad y la realeza que se encontraba en tan elevada proporción entre las murallas de Klosterheim. El *schloss* se veía como ejemplo y último tribunal en todas las cuestiones de gusto, elegancia y buena educación. Así, era natural que todos los que tenían este tipo de pretensiones desearan recibir una invitación. Era la prueba que satisfacía los anhelos de mezclarse con los primeros círculos de la ciudad. Este extraordinario interés por obtener una invitación incrementó notablemente el rigor y fastidio del ministro por investigar, como era costumbre, las cualidades de los solicitantes. Se infligieron muchas ofensas por ambos lados, y muchos se atrevieron a burlarse del ministro, cuya alcurnia se suponía de la clase más baja. Pero el resultado fue que se repartieron exactamente mil doscientas tarjetas. Las invitaciones estaban rigurosamente numeradas y bajo el emblema se había puesto un sello con las armas y el lema del Landgrave de X.

Se tomaron todas las precauciones para llevar a cabo el plan en todos sus detalles, tal como lo había concebido Adorni. Se anunció que el día de la fiesta sería el tercer día de la semana siguiente.

CAPÍTULO XIII

Llegó al fin la mañana del día señalado y todo Klosterheim rebosaba de expectación. Hasta los que no se contaban entre los invitados compartían la excitación, pues todos esperaban algo grande y quizás algún desenlace trágico. El compromiso de Adorni era conocido por todos. Su solemne promesa de arrestar a La Máscara era pública y muchos pensaban que al menos lograría un enfrentamiento público con aquel extraordinario personaje. En cuanto a su resultado, la mayoría de las personas dudaban, ya que, hasta entonces, La Máscara siempre había eludido los mejores planes para su captura. Pero nadie dudaba de que el desafío público de Adorni conseguiría sacarla a la luz. Este desafío había adoptado la forma de nota pública colocada en los lugares en los que La Máscara acostumbraba ponerlas suyas, y decía lo siguiente:

«Los nobles forasteros residentes en la actualidad en Klosterheim y los invitados a la fiesta del Landgrave que puedan estar preocupados por acudir al *schloss* por temor a encontrarse con el criminal perturbador de la paz pública, conocido con el nombre de La Máscara, son requeridos por la autoridad a desechar cualquier temor de esta naturaleza, ya que se han tomado las medidas más enérgicas para prevenir o castigar allí mismo una intromisión de este tipo. Y, en cuanto a La Máscara, si pretende alterar la reunión con su presencia, será prendida en el momento y, sin mayores indagaciones, entregada al capitán para su inmediata ejecución. Por todo ello, se pide a todos que no se inmiscuyan por simple curiosidad, ya que con las prisas del momento, podría ser difícil diferenciarlos con precisión».

Todo el mundo esperaba que esta insultante nota no quedaría sin respuesta de La Máscara. En consecuencia, a la mañana siguiente apareció un cartel, igualmente visible, en el mismo lugar y a su lado, con la réplica. Se expresaba en los siguientes términos:

«Quien gobierna Klosterheim de noche no puede quedar excluido de una fiesta nocturna ofrecida por alguien de esta ciudad. Se le debe permitir considerarse invitado del príncipe, y, desde luego, tendrá el honor de aceptar la amable invitación de Su Alteza. En cuanto a las viles referencias personales dirigidas contra su persona, no se rebajará a prestar su atención a nada que proceda de un hombre tan abyecto como Adorni, hasta que éste se vea libre de la imputación de haber sido sastre en Venecia durante la época de la conspiración española de 1618, y de haber sido desterrado de esa ciudad, no por las sospechas de conspiración que podían haber despertado él y sus ocho compañeros de viaje, sino por cierto fraude en la realización de un jubón para el Duque. Por lo demás, repito que no faltaré a la cita con el Landgrave y su honorable compañía».

Todo Klosterheim rió con este escarnio público del orgullo de Adorni, pues el

ministro se había ganado la aversión general por ser extranjero, y por su carácter personal. El mismo Adorni echaba espuma por la boca de la rabia, impotente por el momento, aunque pensaba desatarla mortalmente a su debido tiempo. Mientras reía, Klosterheim también temblaba. Algunas personas eran de la opinión de que la respuesta de La Máscara era una mera manifestación traviesa de la malicia o burla de los estudiantes, que habían sido tantas veces víctimas de sus enojos. Pero la mayoría, entre los que se encontraba Adorni, pensaban de otro modo. Independientemente de la respuesta o del insulto que había provocado, todos pensaban que La Máscara no habría faltado al festival, pues los disfraces que requería ofrecían una ocasión única para sus misteriosos propósitos.

Persuadido de ello, Adorni tomó todas las precauciones que la venganza personal y la sutileza veneciana son capaces de imaginar, pues quería aprovechar la única oportunidad que quizás iba a tener de atrapar a aquel enemigo público, que ahora se había convertido en el suyo propio.

Esta proliferación de incidentes había proporcionado a Klosterheim abundante tema de conversación y, algunos días antes del señalado, habían aumentado al máximo las expectativas de los lugareños. El miedo se había convertido en odio y se habían disparado expectativas del carácter más violento. Entre muchos predominaba incluso la esperanza. Las damas se preparaban para la histeria. Los caballeros, además de las espadas que portaban comúnmente como un artículo más de su vestimenta, se proveían de estiletes en previsión de un enfrentamiento repentino o alguna sorpresa inesperada. Las armerías y los proveedores de armas estaban tan solicitados como el resto de artesanos que solían participar en tales ocasiones festivas.

Estos fueron requeridos para ofrecer su asistencia profesional de forma tan desproporcionada con su número y su normal volumen de trabajo, que vieron desbordada su capacidad física, y su ingenio se agotaba tratando de encontrar sustitutos entre las profesiones más parecidas a las suyas, en mayor medida que en cualquier otro acontecimiento relacionado con su profesión. Sastres, sombrereros, zapateros, peluqueros, pañeros, merceros, comerciantes de todo tipo y sirvientes de toda clase y denominación, se encontraban inmersos en una actividad febril, cada uno en su oficio, o sustituyendo a otro en el suyo. Artesanos que habían huido de Nuremberg u otras ciudades imperiales por motivos políticos, o del saqueo de Magdeburg, mostraban ahora sus habilidades y su disposición para ganarse el pan con la industria. Si Klosterheim parecía una colmena por las condiciones de vida de sus habitantes, ahora el parecido era mayor por la actividad profesional que, suficientemente motivada, era capaz de desarrollar. Pero en medio de todo este revuelo, estruendo y actividad sin precedentes, independientemente de la ocupación que cada hombre encontraba para sus pensamientos o para sus manos en los diversos empleos, todos los corazones estaban dominados por una sola idea: el próximo enfrentamiento del Landgrave, ante toda su corte, con el misterioso agente que

durante tanto tiempo había perturbado su reposo.

CAPÍTULO XIV

Por fin llegó el día. Se apostaron más guardias de lo normal. Los pajes y los sirvientes estaban dispuestos, con sus trajes de gala, en largas y hermosas filas a lo largo de las enormes salas góticas que se sucedían unas a otras desde la entrada del *schloss* hasta los modernos salones posteriores. Había bandas de música militar, formadas en Viena entre los prisioneros extranjeros procedentes de diversos países, con sus trajes nacionales —italianos, húngaros, turcos o croatas—, situadas en las espaciosas galerías o corredores que discurrían entre los salones. El profundo redoble de los tambores, acompañados por címbalos e instrumentos de música, empezó a llenar los laberintos del palacio a las siete de la tarde, hora en que solían dar comienzo ese tipo de acontecimientos según la costumbre que entonces imperaba en Alemania. Las sucesivas descargas de las largas filas de mosqueteros formadas en la plaza y en otras entradas del palacio anunciaban con el profundo rugido de la artillería la llegada de los visitantes más distinguidos. Se rumoreaba que entre ellos había varios oficiales del mando supremo del campamento sueco, instalado ya en las proximidades, venidos de incógnito amparándose en sus disfraces para visitar al Landgrave y mejorar los términos de su alianza. Evitaban así el riesgo que podían haber corrido en una visita pública, dada su declarada condición en una ciudad de sentimientos tan inestables y tan simpatizante del emperador como Klosterheim.

Desde las siete de la tarde hasta las nueve de la noche, grupos de personas atravesaron las salas en una hermosa y continua hilera de un cuarto de milla de longitud, hasta detenerse en las barreras levantadas a la entrada de la primera sala de baile, donde se encontraba el puesto de control de las invitaciones. Esta exigencia se llevaba a cabo de tal forma que, aunque extremadamente rigurosa, no producía molestias desagradables a los visitantes. Las mismas barreras ocultaban celosamente sus propósitos hostiles y disimulaban el secreto y misterioso temor que flotaba en la noche mediante la belleza de su apariencia externa. Estaban formadas por una triple fila de rejas doradas de gran altura, unidas al techo artesonado con cortinajes del mejor terciopelo, intercalados con banderas y trofeos heráldicos que colgaban del techo y que se agitaban lenta e intermitentemente con las corrientes que circulaban a ráfagas por aquellas alturas. En el centro se abría una sola puerta con un par de centinelas, armados hasta los dientes, situados a cada lado. Esta disposición se repetía tres veces por los rigores de la vigilancia. En la segunda puerta, donde el portador de una invitación falsa se hubiese encontrado en una especie de trampa, sin posibilidad alguna de escapar, todas las personas de cada grupo presentaban sus tarjetas de admisión y afortunadamente para la comodidad de los invitados, y dadas las precauciones tomadas, bastaba un momento de inspección. Las invitaciones se habían enviado poco antes del día señalado. En consecuencia, como cada una llevaba el sello

privado del Landgrave, esculpido laboriosamente con su escudo de armas, la falsificación hubiera sido prácticamente imposible.

Sin embargo, estas disposiciones se adoptaron más bien para tranquilizar a los invitados del intenso temor que les embargaba y comunicarles desde un principio un sentimiento de seguridad, que para satisfacer al Landgrave o a su ministro. Ellos sabían que La Máscara era capaz de acceder desde el interior, y eso era casi imposible de evitar. Tampoco era ése el deseo de Adorni, que pretendía facilitar su entrada, y después, una vez comprobada su presencia, cerrar todas las posibilidades de salida. En consecuencia, los dispositivos interiores, aunque perfectamente preparados y dispuestos a cerrarse con una simple orden, de momento estaban aparentemente descuidados.

Así estaban las cosas a las nueve de la noche, hora a la que ya había reunidas más de mil personas. Pasados diez minutos, un oficial informó que estaban presentes los mil doscientos invitados, sin una sola ausencia.

El Landgrave aún no había aparecido, siendo su ministro quien había recibido a los invitados. Tampoco se esperaba su aparición hasta pasada una hora —en realidad estaba ocupado en discusiones políticas con algunos de los ilustres incógnitos—. Pero esto no interfirió en el desarrollo de la fiesta, ya que en ese momento nada podía ser más impresionante que los esplendores del espectáculo.

En un inmenso salón se estaban preparando mil doscientos invitados, entre damas y caballeros, con la pompa incomparable de aquella época, para uno de los magníficos bailes húngaros que la corte del emperador de Viena había trasladado al campamento de Wallenstein, y desde allí a todas las grandes casas de Alemania. Grupos de nobles señoras, vestidas con todo tipo de disfraces, con oscuras prendas de terciopelo negro o púrpura donde destacaban los costosos adornos de perlas y las suntuosas joyas que en aquellos días indicaban altas pretensiones ancestrales, se entremezclaban con las plumas de marciales caballeros que presentaban casi unánimemente el aire de franquicia militar del servicio activo junto con la grandeza castellana que aún se respiraba en los campamentos de Alemania, oriunda de las magníficas cortes de Bruselas, Madrid y Viena, y que se extendieron hasta esta época gracias a los lazos de Tilly, el comandante bávaro, y Wallenstein, el más que principesco comandante del emperador. Estas figuras y trajes eran suficientes para colmar la vista y ocupar la imaginación. Pero, por encima de todo esto, flotaba en el ambiente un sentimiento de temor y misterio, que propagaba de diversas maneras cierta atmósfera de incertidumbre e intensa agitación en la multitudinaria reunión. Se sabía que había ilustres extranjeros de incógnito. Ahora empezaban a tener razones para temer una gran batalla en la región. Quizás los hombres que estaban allí presentes, las mismas manos que ahora se extendían para el próximo baile, en unos días o quizás en unas horas (tan rápidos eran los acontecimientos en aquella época), manejarían el bastón de mando que podría dejar postrado al imperio católico o decidir el destino de Europa durante siglos. Este sentimiento dio paso incluso a otro aún más

oscuro: ¡La Máscara! ¿Mantendría su promesa y aparecería? ¿No podría incluso estar ya allí? ¿No estaría incluso en esos momentos moviéndose entre ellos? ¿No estará en este mismo instante —pensaron todos— cerca de mí, o incluso tocándome, o siguiendo mis pasos?

Por otra parte, la mayoría de los asistentes (pues en aquella época casi nadie negaba los fenómenos sobrenaturales) pensaron: ¿Se podrá tocar a este misterioso ser? ¿Acaso no era de naturaleza impasible, inaudible, invisible e impalpable? Muchas de sus huidas, si era cierto lo que contaban, parecían apuntar en esa dirección. Entonces, si pertenecía al mundo espiritual, ¿se asociaba con el bien o con el mal, que mora en esas inescrutables regiones? Sin embargo, la sangre, las vestimentas rotas, las señales de lucha mortal que dejaba tras de sí en algunas misteriosas desapariciones, parecían pruebas innegables de asesinato, de asesinato vil y traidor. Los intentos por desvelar el misterio de la naturaleza de aquel ser resultaron tan infructuosos como los intentos de interceptar su persona, y todos los esfuerzos realizados para encontrar una solución a las oscuridades del caso incrementaron todavía más el misterio.

Sin embargo, estos pensamientos, tan extendidos como estaban entre los reunidos, se hubiesen olvidado, al menos durante unos momentos, dada la animación de la reunión —pues las repentinas palmadas de algunos oficiales de la casa, llamando la atención y dando la señal a la orquesta de una de las galerías, anunciaban en ese momento que los bailes estaban a punto de empezar— de no ser porque, bruscamente, el grito de una mujer, y más tarde el fuerte y tumultuoso griterío de numerosas voces informaron de alguna terrible catástrofe. Un instante después, el grito de «¡Asesinato!» heló la sangre de los más remisos.

CAPÍTULO XV

El salón era tan grande que desde el extremo anterior era imposible ver con claridad lo que ocurría en el extremo posterior, a través del laberinto de figuras, la confusión de colores y la mezcla de mil voces. A pesar de todo, tan terrible es el misterio de la vida y tan horrible y desventurada es para la imaginación humana la extinción secreta de la sagrada lámpara, que ninguna noticia conmueve tan profundamente o viaja con tanta celeridad como ésta. Casi no se podía ver en qué dirección, o a través de quien llegaba, pero en menos de un minuto un estremecimiento de piadoso horror y el alzamiento de manos denotaban que la terrible noticia les había llegado. Se decía que se había cometido un asesinato en el palacio. Las damas empezaron a desmayarse. Algunos invitados se apresuraron a buscar a sus amigos, otros a informarse con más precisión de la noticia, y algunos caballeros, que se creían suficientemente autorizados por su rango, se escabulleron seguidos de una cola de agitados curiosos hacia el interior del castillo en busca del escenario de los hechos. Solamente unos cuantos atravesaron la guardia en los primeros momentos de confusión y penetraron con el agitado Adorni a través de largos y sinuosos pasillos hasta el lugar del crimen. Por un momento corrió el rumor de que el mismo Landgrave era la víctima, y cuando los agitados sirvientes se dirigieron hacia las dependencias de Su Alteza, Adorni tuvo en un principio el mismo temor. Al final se tranquilizó cuando le informaron de que era el pobre y viejo senescal sobre quien había caído el golpe, y siguió con más serenidad hasta el lugar del terrible espectáculo.

El pobre viejo yacía tendido en el suelo. No parecía que hubiese luchado con el asesino. De hecho, parecía probable, por algunos indicios, que lo hubiesen atacado mientras dormía y, aunque presentaba tres heridas, un médico afirmó que una de ellas era suficiente para acabar con su vida (y daba la impresión de haber sido la primera). Lo había encontrado su hija, una mujer que ocupaba un lugar respetable entre la servidumbre del castillo, y todas las circunstancias coincidían en fijar el momento de la terrible escena aproximadamente una hora antes.

—Caballeros, así son los actos de este monstruo atroz, esta Máscara que durante tanto tiempo ha sido el azote de Klosterheim —dijo Adorni a los que lo acompañaban, mientras se daban la vuelta y volvían con los demás—. Pero confío en que esta misma noche le pongamos freno.

—¡Dios quiera que así sea! —dijeron algunos.

Pero otros pensaron que todo el caso era demasiado misterioso para hacer conjeturas y demasiado serio para resolverlo con simples suposiciones. El grupo regresó al salón en medio de agitadas discusiones sobre lo que acababan de presenciar y sobre la historia de La Máscara.

En condiciones normales este terrible suceso habría enfriado los ánimos de la reunión, pero tal y como estaban las cosas, no hizo sino agravar la sombría agitación que se había apoderado de todos los presentes y elevar aún más la intensa expectación ante la visita públicamente anunciada de La Máscara. Parecía como si hubiese cometido este último asesinato solamente para avivar en Klosterheim el recuerdo de su terrible carácter, que últimamente había decaído un poco, y devolverle toda la fuerza y notoriedad inicial. O como si deseara enviar por delante una atrocidad que hiciese de heraldo o anunciador de su propia entrada en escena.

A pesar de lo terrible de aquel acto de terror, parecía demasiado doméstico para ejercer una influencia determinada en una asamblea tan distinguida, numerosa y espléndida, reunida en una convocatoria tan especial. Así, los invitados volvieron a ponerse las máscaras para mezclarse en el baile. De nuevo se dio la señal y la obediente orquesta reanudó los primeros compases. Enseguida se extendió la armoniosa ola. El vasto salón y los ecos del techo resonaban con el estruendo de la música. Los enmascarados, con sus plumas al viento y las capas enjoradas, se deslizaban entre los delicados laberintos de los bailes húngaros. Todo era una magnífica y turbulenta confusión, inundada con el lujo de la luz y el sonido, cuando de pronto, cerca de la medianoche, sonó una trompeta, entró el Landgrave y todos callaron. La brillante multitud se colocó en semicírculo en el extremo posterior de la estancia. Su Alteza dio la vuelta rápidamente saludando a los reunidos y recibiendo a su vez sus homenajes. Se dio otra señal y comenzó de nuevo la música y el baile. Era tal la animación y el turbulento deleite entre el grupo de asistentes más alegre de la reunión debido a la combinación de juventud, vino, luces, música y alegre conversación, que con la emoción del momento muchos se habían olvidado de la terrible Máscara que «reinaba de noche en Klosterheim». Ya era medianoche y la terrible aparición aún no se había producido. Las jóvenes empezaron a bromear tímidamente sobre el tema, aunque al principio sólo de forma vaga y en un tono demasiado serio para bromas, y los jóvenes caballeros, la mayoría de los cuales, para hacerles justicia, debían sus temores al componente supersticioso del caso, aseguraban a sus parejas que cuando apareciera La Máscara, si se conducía de forma poco caballerosa u ofensiva para las damas presentes, creían que era su deber castigarla.

—Aunque —decían—, con respecto al viejo Adorni, si La Máscara considera conveniente enseñarle buenos modales o incluso castigarle, no creemos necesario intervenir.

Algunas jovencitas declararon que ante todo les gustaría ver una lucha entre el viejo Adorni y La Máscara.

—¡Le gustan tanto los misterios a este Adorni...!

Otras debatían si La Máscara sería un hombre joven o viejo, y algunas solteras discutían si sería un caballero soltero o tendría esposa y familia. Estas discusiones y similares aumentaban en vivacidad y encendían cada vez más la agudeza de las

réplicas. Entonces, bruscamente, con el efecto de un toque de difuntos sobre sus risas, empezó a circular el rumor de que había una máscara más en la reunión. Adorni había colocado varios vigilantes en distintas galerías con la orden de anotar con precisión el disfraz de toda persona invitada, de vigilar los movimientos de cualquiera que infundiese la menor sospecha ya fuera por mantenerse apartado del resto o por alguna otra conducta extraña, y, sobre todo, con el encargo de contar el número total de los reunidos. Esta última instrucción era más fácil de cumplir de lo que parece a primera vista. En aquellos días los bailes húngaros requerían que cierto número de parejas ejecutasen los movimientos de un figura, y eran por sí mismos un registro suficiente de la cantidad exacta de personas que los realizaban, y como estos bailes duraban bastante tiempo, una vez hecho el cálculo, sólo quedaba contar a los que se hallaban ocupados en otros menesteres. Este último recuento, al ser mucho más pequeño, se hizo pronto, y los informes de varios observadores diferentes coincidían en la cifra de mil doscientas una personas, teniendo en cuenta a todos los miembros conocidos del séquito del Landgrave que iban desenmascarados.

Este hecho se le comunicó a Adorni y al Landgrave en un susurro alto y con cierto nerviosismo. Aquel nerviosismo llamó inmediatamente la atención y, como el susurro era lo bastante fuerte para que lo escuchasen varios invitados, la noticia de que había una persona de más se propagó con rapidez. Todas las clamas se estremecieron, sus rodillas temblaron, sus voces se apagaron, se detuvieron en mitad de una pregunta, las respuestas quedaron sin contestar, y ninguno de los interesados volvió a recordarlas. Hasta la misma música empezó a vacilar, las luces parecían menguar y apagarse, pues era demasiado evidente que La Máscara había acudido a su cita, y que en ese momento estaba presente en el salón para encontrarse con el Landgrave y su honorable compañía.

Adorni y el Landgrave se apartaron del resto del séquito y deliberaban sobre el siguiente paso a dar, o el momento oportuno de poner en práctica un plan preconcebido. Parecía que se avecinaba el conflicto, y las rodillas de muchas damas entrechocaban con la perspectiva de algún cruel o sangriento acto de venganza.

—¡Pobre Máscara! —suspiró una joven con tierna compasión hacia quien parecía estar ahora sometido a la clemencia de sus enemigos.

—¿Pensáis, señor —se dirigió una a su pareja—, que lo despedazarán?

—¡Ese malvado Adorni! —exclamó otra—. Estoy segura de que atravesará a la pobre Máscara con su espada por un lado y otra persona lo hará por el otro. Estoy segura de que lo hará, por llamarle sastre. ¿Creéis que realmente fue sastre, señor?

—Pues la verdad, señora, es que habla como un sastre. Pero, si lo es, debe ser un mal sastre, a juzgar por lo mal hechas que están sus propias ropas, y eso, como sabéis, es casi como decir que no es nada en absoluto. Pero, mirad: Su Alteza va a detener la música.

En ese momento, el Landgrave hizo una señal a la orquesta y la música se detuvo bruscamente. Su Alteza se dirigió a los reunidos, que esperaban impacientes sus

palabras y les dijo:

—¡Ilustres y nobles amigos! Una razón apremiante y muy especial me mueve a pedirles que ocupen sus asientos.

Los invitados obedecieron; todos buscaron el asiento más próximo y las damas aceptaron el que les ofrecía el caballero que las acompañaba. Los que permanecían de pie eran cada vez menos. Quedaban doscientos, ciento cincuenta, ochenta, sesenta, veinte, hasta que al final sólo quedaron dos, dos caballeros que habían estado atendiendo a las damas. De repente se dieron cuenta de su propia situación. Sólo quedaba una silla vacante de las mil doscientas. Apremiados por librarse de toda sospecha, los dos se abalanzaron sobre la silla. Los dos la alcanzaron al mismo tiempo y cada uno de ellos ocupó una parte del asiento. Como ambos eran señores mayores y voluminosos, los caballeros más jóvenes, a pesar de la tensión del momento, el pánico de los invitados y la presencia del Landgrave, no pudieron evitar reírse, y las damas más animosas se contagiaron.

Su Alteza no estaba de humor para tolerar aquella frivolidad y se apresuró a liberar de su ridícula situación a los dos ocupantes de la silla.

—¡Basta! —exclamó— ¡Basta! Ruego a todos mis amigos que reanuden la actividad que más les plazca, mi propósito ya está satisfecho.

El mismo príncipe se puso de pie con todo su séquito, y, por respeto, se levantaron todos los reunidos.

—Y vos también —susurraron los jóvenes soldados a sus bellas acompañantes.

Entonces se adelantó Adorni.

—Hemos sabido —dijo—, por pruebas más que suficientes, que se ha introducido un intruso en esta honorable reunión, y con las peores intenciones. Por ese motivo pido a las damas que tengan la bondad de retirarse a la zona posterior del salón, mientras los nobles caballeros se presentan por orden ante seis oficiales de la casa, a quienes comunicarán en privado sus nombres y cargos.

Todos accedieron a esta solicitud, aunque no sin algún jocoso intercambio de palabras entre los caballeros más jóvenes y sus bellas parejas mientras se separaban. Los caballeros, que eran más de quinientos, se fueron acercando según les llamaban por el número marcado en sus invitaciones, e informaron a los oficiales encargados. Luego se retiraban y se situaban a la derecha del Landgrave en espera de la señal que les permitiera reunirse de nuevo con sus acompañantes.

Casi todos habían pasado ya el control, excepto unos cuantos. Los que faltaban estaban reunidos en un grupo, y entre ellos se hallaba sin duda La Máscara. Todos los ojos se dirigían hacia el pequeño grupo de caballeros. Cada espectador, según su imaginación elegía aquél cuya vestimenta o aspecto personal se ajustaba más a su idea del misterioso agente. No se escuchaba una palabra, ni un susurro, apenas se oía el roce de un vestido o el movimiento de una pluma.

Los veinte se redujeron pronto a doce, éstos a seis, los seis a cuatro, tres, dos... La lista de invitados estaba completa y quedaba un solo hombre. Era, sin duda, ¡La

Máscara!

CAPÍTULO XVI

«¡Ahí está el que gobierna Klosterheim de noche!» pensaron todos los caballeros, intentando atravesar la vestimenta del sombrío ser con ojos penetrantes, o escrutándolo diez veces seguidas para desenmascarar los profundos secretos que se escondían bajo su disfraz. «¡Ahí está el oscuro asesino!» pensaban otros. «¡Ahí está el pobre criminal descubierto!» pensaban las jóvenes damas compasivas. «Dentro de un momento tendrá que descubrir su pecho ante los mosqueteros del Landgrave».

La figura, por su parte, permanecía tranquila y sosegada, al parecer sin azorarse ante la evidencia de su situación, ni ante la expectación de más de mil invitados de alto rango y alcurnia, todos con las miradas puestas en él. Estaba apoyado en una columna de mármol, como absorto en sí mismo e indiferente a todo lo que le rodeaba. Pero, cuando el silencio absoluto anunció que había finalizado la ceremonia, que sólo quedaba él por responder, y que había pruebas palpables ante las que no podía negarse a responder satisfactoriamente; cuando, de hecho, estaba fuera de toda duda que al fin había sido descubierto, y estaba allí, de cuerpo presente ante quienes había aterrorizado durante tanto tiempo, todos esperaban que al menos ahora La Máscara de Klosterheim mostrase alarma y turbación, que se aprestase a defenderse, o que se diese inmediatamente a la fuga.

¡Pero al contrario! Más sereno que ninguna otra persona del salón, permanecía erguido, imponente e imperturbable como la columna de mármol contra la que se había apoyado. Estaba envuelto en una larga capa, que dejó caer en ese momento, con un movimiento pausado a sus pies, mostrando una figura en que la gracia de un ateniense se unía a la fuerza de un Hércules griego, presentando en su *tout ensemble* las majestuosas proporciones de un júpiter. Estaba de pie, cual estatua viviente de bello gladiador, destacando por encima de todos los que estaban cerca de él, y eclipsando a los más nobles miembros de la raza humana que ofrecía la concurrencia marcial. Se elevó un murmullo de admiración, que se acalló al instante con el recuerdo de su última aparición e incluso con el terror que esperaban de sus próximos movimientos. Estaba armado hasta los dientes y era obvio que se preparaba para alguna acción.

Aún no se había pronunciado una palabra; resultaba imposible ante la rápida sucesión de sorpresas, la mezcla de sentimientos encontrados y la intensa ansiedad. La disposición de los grupos era la siguiente: En la parte posterior del salón, llenas de admiración y angustia, estaban las damas de Klosterheim. En el extremo anterior, en el centro, con una mano levantada para llamar la atención, estaba La Máscara de Klosterheim. A su izquierda, y un poco más atrás, con un sutil rostro veneciano, aparecía el astuto ministro Adorni, ordenando con una mano que se apartase media columna de mosqueteros y con la otra en ademán de coger del brazo a La Máscara,

mientras se acercaba cada vez más a ella con pasos furtivos. A su derecha se encontraban gran parte de los caballeros de Klosterheim, entre los que se abrían paso hacia el frente una veintena de estudiantes y jóvenes oficiales. Pero, delante de todos se veía al Landgrave de X, altivo, lanzando miradas desafiantes. Éstas eran la posición y actitud en que les había sorprendido el descubrimiento de La Máscara, y aún permanecían en ella. Los espectadores menos dignos les observaban desde las galerías.

—¡Rendíos! —fue la primera palabra que rompió el silencio, pronunciada por el Landgrave.

—¡O morid! —exclamó Adorni.

—Muere de todas formas —añadió el príncipe.

La Máscara volvió a levantar la mano en ademán de llamar la atención. Había decidido hacer caso omiso de Adorni. Inclino ligeramente la cabeza hacia el Landgrave y, en un tono sepulcral que podía atribuirse a su elaborada máscara de acero, replicó:

—La Máscara que gobierna Klosterheim de noche no se rinde. Puede morir, pero antes culminará la ceremonia de la noche: se descubrirá.

—Eso está de más —exclamó Adorni—. No necesitamos más revelaciones. ¡Apresadle y conducidle al patíbulo!

—¡Perro italiano! —replicó La Máscara, sacando un arma de fuego de su cinturón —: ¡morid vos primero!

Y, diciendo esto, se volvió lentamente y apuntó con el cañón a Adorni, que huyó de dos saltos hacia los soldados que se encontraban detrás de él. Luego, guardando rápidamente el arma, añadió en tono de frío desprecio:

—O contened esa cobarde lengua.

Pero no era ésa la intención del ministro.

—¡Apresadle! —gritó impetuosamente de nuevo a los soldados, poniendo la mano sobre el brazo del más cercano y señalando la presa.

—¡No! —dijo el Landgrave con voz autoritaria—. ¡Deteneos! Os lo ordeno.

Había algo en su tono, o quizás en sus propios recuerdos, o en todo este misterio, que prometía una revelación, revelación que temía perderse por culpa de la precipitada venganza del italiano.

—¿De qué se trata, ser misterioso? ¿Qué queréis revelar? ¿O a quién creéis interesado en vuestras revelaciones?

—A vos mismo, príncipe. Parece que me tenéis a vuestra merced. ¿A qué viene, entonces, la cobarde prisa de este perro veneciano? Yo soy uno, vosotros sois muchos. Conducidme, pues, afuera y matadme. Pero eso no sucederá; entré libre en esta sala, y libre saldré de ella. Si he de morir, moriré como un soldado. Eso es lo que soy y no un fugado de tierras extranjeras, ni —añadió volviéndose hacia Adorni— un vil esbirro.

—Pero sí un vil asesino —gritó Adorni—, sí un asesino, y con las manos aún

manchadas de sangre inocente.

—Sangre, Adorni, que aún he de vengar. Príncipe, exigís conocer la naturaleza de mis revelaciones. Revelaré mi nombre, rango y misión.

—¿A quién?

—A vos, y a nadie más. Y como prueba de la sinceridad de mis revelaciones, antes que nada os comunicaré un terrible secreto, que sólo conocía, como inocentemente cree, Su Alteza, príncipe. ¡Príncipe! ¿Os atrevéis a escuchar mis revelaciones?

Dicho esto, La Máscara dio un paso atrás, dando la espalda a los demás, e indicó con un gesto su deseo de que el Landgrave lo acompañase. Pero, ante aquel movimiento, diez o doce de los caballeros más cercanos se adelantaron al Landgrave, formando en parte un semicírculo alrededor de su persona, y en parte cerrando el paso ante la puerta abierta.

—¡Está armado! —exclamaron—. Y triplemente armado: ¿no se acercará demasiado a Su Alteza?

—No te temo —dijo el Landgrave en tono de desprecio.

—¿Por qué habéis de temerme? —replicó La Máscara con ademanes tan pacíficos y sosegados como para hacer desaparecer involuntariamente las sospechas—. Si me interesara la vida de alguno de los presentes —dijo señalando las armas de fuego de su cinturón—, ¿para qué necesitaría acercarme más? Si alguien ha encontrado en mi conducta intenciones de venganza personal, ¿quién de vosotros no está suficientemente cerca? ¿Tiene Su Alteza el valor de acallar esos temores?

Desafiado de esta forma, y decidido a probar su valor delante de la alta sociedad de Klosterheim, el Landgrave despidió con la mano a todos los que se habían acercado servicialmente en su ayuda. Si sentía algún temor, era consciente de que ahora el orgullo y el honor principesco le obligaban a olvidarlo. Y, probablemente, el tipo de temores que en realidad sentía no eran de los que requerían ayuda física, como la que ahora le ofrecían. No lo dudó más, y avanzó hacia La Máscara. Su Alteza y La Máscara se encontraron cerca del arco de la puerta, en el centro de los diversos grupos.

Con un tono vibrante, profundo, penetrante y lleno de alarma, La Máscara dijo lo siguiente:

—Para ganar vuestra confianza y asegurarme el respeto eterno de Vuestra Alteza, revelaré primero el nombre del asesino que esta noche se ha atrevido a contaminar vuestro palacio con la sangre del viejo senescal. Príncipe, acercad vuestro oído.

Con cierto estremecimiento, y un visible esfuerzo por controlarse, el Landgrave inclinó el oído hacia La Máscara, que susurró:

—Su Alteza se sorprenderá al oírlo. —Luego, en un tono más bajo—: ¿Quién lo hubiera creído? Fue...

Dijo esto con claridad y en voz alta, excepto la última palabra, el nombre del asesino, ésa sólo llegó al oído del Landgrave.

El efecto que produjo sobre el príncipe fue repentino y tremendo: retrocedió unos pasos, se llevó una mano a la espada, se pasó la otra por la frente y lanzó miradas frenéticas a La Máscara, unas suplicantes y otras llenas de cólera vengativa. Luego se produjo una pausa de profundo silencio, durante la cual los mil doscientos visitantes, a quienes parecía que había reunido expresamente para que presenciaran esta escena extraordinaria y comprobaran el poder que tenía un extraño para sacudirlo con turbulentas pasiones, observaron y escucharon con los cinco sentidos, tratando de penetrar el velo de silencio y la distancia. Al fin, el Landgrave logró dominar lo suficiente sus emociones para decir:

—Muy bien, señor, ¿y ahora qué?

—Ahora viene una revelación de otro tipo, y os advierto, señor, que no será menos penosa para vuestros nervios. Para la primera necesité vuestro oído, ahora necesitaré vuestros ojos. Pensad otra vez, príncipe, si resistiréis la prueba.

—¡Bah! Os burláis de mí. De nuevo os digo... —pero aquí el Landgrave habló con una serenidad afectada y un esfuerzo que no pasaron inadvertidos—. De nuevo os digo que no os temo. Proseguid.

—Entonces, acercaos un poco, Alteza, a la luz de esta lámpara.

Dicho esto, avanzó uno o dos pasos y acercó al príncipe al poderoso resplandor de la lámpara que colgaba junto al arco de la entrada interior del palacio. Ambos se hallaban ahora de espaldas a los espectadores. Pero, para ocultarse aún mejor de los que estaban a su izquierda, cuya posición avanzada les permitía una visión oblicua, La Máscara levantó bruscamente con la mano izquierda una especie de capa española que colgaba de sus hombros, a modo de pantalla lateral. Luego, hasta donde la compañía que quedaba a sus espaldas podía adivinar sus movimientos, abrió y alzó la máscara que ocultaba su misterioso rostro con la mano derecha y gritó con voz que se escuchó claramente en el último rincón del vasto salón:

—¡Landgrave! ¡Por crímenes aún no desvelados, os convoco en veinte días ante un tribunal cuyo único escudo es la inocencia! —Y en ese momento volvió su rostro hacia el príncipe.

El Landgrave lanzó un alarido, más que una expresión humana de terror, y se derrumbó en el suelo como herido por un rayo, privado de toda conciencia o sentido. Un mimético grito de horror se elevó entre los espectadores. Todos corrieron hacia La Máscara. Los jóvenes caballeros que al principio se habían adelantado para defender al Landgrave estaban en primera fila, interponiéndose entre La Máscara y los brazos extendidos de Adorni, que parecía ansioso por atraparlo el primero. Rápidamente se elevó una densa nube de humo que nadie sabía de dónde provenía. Se escuchó la detonación de repetidos disparos de armas de fuego procedentes de la puerta y los pasillos que incrementaron el humo y la confusión. Se escucharon trompetas en los corredores. El umbral del arco, bajo el que habían estado La Máscara y el Landgrave, estaba ahora atestado de soldados, atraídos por las alarmas que resonaban por todo el palacio. Todo era un maremágnum y un caos de máscaras, plumas, cascos, lanzas,

trompetas, sables brillantes y feroces caras de soldados que se abrían paso a través de la cortina de humo que ahora llenaba la parte anterior del salón. Se podía ver a Adorni en el centro, furioso e impotente. Nadie oía, nadie escuchaba. Un pánico generalizado se había apoderado de la servidumbre, los soldados y todos los invitados. Nadie sabía exactamente cómo se había originado el tumulto ni los derroteros que estaba tomando. De boca en boca corría la noticia de una terrible catástrofe, pero nadie sabía en qué consistía. Algunos dijeron que el Landgrave había sido asesinado, otros que La Máscara, otros opinaban que ambos habían perecido en su duelo personal. Muchos pensaban que La Máscara era algo sobrenatural, como aseguraba la opinión mayoritaria de Klosterheim desde hacía mucho tiempo, y que al descubrirse había enseñado al Landgrave el cráneo sin carnes de algún olvidado difunto. A muchos les parecía que ésta era la única hipótesis que, sin contradecir los prejuicios y supersticiones de la época, explicaba el tremendo efecto que su descubrimiento había producido en el Landgrave. Pero esta teoría no bastaba para calmar la agitación que dominaba a los asistentes, y que se extendió de forma contagiosa. La sucesión de hechos alarmantes —el asesinato, la aparición de La Máscara, su extraño comportamiento, la sobrecogedora impresión que había producido en el Landgrave, dando lugar a aquel catastrófico espectáculo, la consternación de los altos oficiales suecos que pernoctaban en Klosterheim y que empezaban a sospechar, no sin razón, que el tumulto tal vez se debiera al repentino descubrimiento de su verdadera identidad, y que, en consecuencia, el populacho de la ciudad había tomado las armas; el interminable aturdimiento y la reacción de tantos miles de personas: huéspedes, sirvientes, soldados, familia, corriendo en la misma dirección, acosados por un peligro cuyo origen, naturaleza o consecuencias nadie conocía; una multitud desmandada en un lugar donde se había olvidado toda obediencia, donde se había perdido toda subordinación...—, todas estas circunstancias se unían para fomentar un espectáculo de absoluto delirio en el castillo, que, durante más de media hora, se vio terriblemente agravado por las densas columnas de humo que se extendían aquí y allá provocando el terror del fuego. Y cuando, tras infinitos esfuerzos, los soldados entraron al fin en el salón de baile y las estancias adyacentes y consiguieron establecer a punta de lanza una salida segura para los mil doscientos invitados, comprobaron que se había perdido todo rastro de La Máscara entre el humo y la consiguiente confusión, y que, con su acostumbrada buena suerte, había conseguido burlar, una vez más, a sus perseguidores.

CAPÍTULO XVII

Entretanto, Doña Paulina pasaba sus días sumida en su secreto dolor, inconsolable ante el temido fin trágico de Maximiliano. Se creía que había perecido. Esta opinión prevalecía también entre sus amigos, y entre los pocos enemigos que las circunstancias le habían deparado. Aun suponiendo que hubiera salido con vida de la acción, parecía inevitable que hubiese caído en manos del sanguinario Holkerstein, y se hubiera convertido en víctima de la venganza del cruel rufián como cabecilla de la poderosa resistencia que lo había privado de su presa.

Abrumada por la desgracia de su pérdida irreparable y el dolor prematuro que había arruinado sus tempranas esperanzas, Paulina buscó refugio en la soledad y consuelo en la religión. En el convento había encontrado un hogar. Las ceremonias de su servicio Católico Romano se realizaban con la solemnidad y pompa adecuadas a sus cuantiosas donaciones. El mismo emperador, al igual que varios de sus antepasados, había sido un generoso benefactor del establecimiento. En consecuencia, una dama de su alcurnia, recomendada especialmente por el emperador a la atención de la abadesa, tenía asegurada toda la amabilidad y cortesía que se pudiera ofrecer para mitigar su dolor. La abadesa, aunque fanática, era un ser humano, con fuertes sentimientos humanitarios, y estaba encantada con Doña Paulina. Por un lado, su orgullo como cabeza de la orden religiosa se sentía halagado por la extrema regularidad con que Doña Paulina atendía a los ritos de la casa; este ejemplo de obediencia y espiritualidad parecía especialmente edificante en una persona de rango tan distinguido. Por otro lado, sus sentimientos femeninos estaban conmovidos ante el espectáculo de un dolor tan temprano e inmerecido en persona de virtudes tan destacadas, como eran su extraordinaria belleza y la agradable dulzura de su carácter. En consecuencia, ofreció enseguida a la joven condesa todas las atenciones y muestras de compasión que sus hábitos de retiro le permitían, y toda clase de indulgencia compatible con el espíritu de la institución.

Todo el convento, monjas y huéspedes, imitaban a la abadesa, y competían sus atenciones hacia Paulina. Pero la joven, aunque agradecía sus atenciones, seguía rehuyendo toda relación con la sociedad de su entorno. Atendía puntualmente a maitines y vísperas, e incluso a menudo al servicio de medianoche, pero el abatimiento estaba demasiado arraigado en su corazón para permitirle participar en las distracciones o integrarse en el ambiente social que el convento ofrecía esos días.

A muchos nobles forasteros se les había permitido alojarse en el convento. La abadesa tenía lazos de sangre con algunos de ellos y de vieja amistad con otros. La mayor parte de estos nobles formaban un grupo aparte dentro de la comunidad, pues se dedicaban a las actividades y distracciones propias de su rango y categoría, y que por su naturaleza mundana excluían la participación de los miembros de la

institución. Paulina recibía con frecuencia invitaciones para reunirse con ellos, pero las rechazaba con tal firmeza que al final cesaron todos los esfuerzos por apartarla del retiro que tan decididamente había escogido. Los motivos de su abatimiento se conocieron pronto en todo el convento y, dada su negativa a hacer vida social y su creciente devoción, se comentaba que Doña Paulina tomaría pronto los hábitos.

Entre los forasteros había uno, una dama madura lo bastante bella como para llamar la atención de todo el que la miraba, que parecía observar a Paulina con un interés que iba más allá de la curiosidad o la simple admiración. Se podía pensar que la tristeza era el lazo común que las unía, pues corrían rumores entre la hermandad de Santa Inés de que aquella dama había padecido sufrimientos mucho mayores de los que cabría esperar del desarrollo de una guerra como la que ahora assolaba Alemania. Decían que su marido, de quien sólo se sabía que era un oficial de alto rango, había muerto violentamente, y que una hija, la única de los dos o tres hijos que aún le quedaban, le había sido arrebatada cuando aún era niña sin dejar rastro de su posterior destino. A estas desgracias había que añadir la pérdida de sus posesiones y rango, que le habían usurpado de algún modo misterioso, según se creía los opresores, enardecidos por la guerra y la política de alianzas. Se decía que incluso su propia manutención y la de unos cuantos fieles sirvientes se la debía a la bondad de la abadesa, a quien la unía una antigua amistad.

En esta historia había muchas invenciones y algo de verdad. Era cierto que durante los terribles conflictos que se habían extendido de una región a otra desde el primer brote de los disturbios, en 1618, y que habían encubierto con un velo de pretextos políticos numerosos actos locales de disputas familiares y traiciones asesinas, esta dama se había visto privada de su esposo, muerto de forma violenta en circunstancias que aún parecían misteriosas. Pero el destino de sus hijos, si es que alguno había sobrevivido a la calamidad que se llevó a su esposo, era desconocido para todos excepto para su protectora y confidente, la abadesa. Con el permiso de esta poderosa amiga, que la conocía desde la infancia y estaba al tanto del desarrollo de sus desventuras, se le autorizó para que se hospedase con privilegios especiales en el convento, donde se la conocía con el nombre de Hermana Madeline.

Las relaciones entre la Hermana Madeline y la señora abadesa eran francas y sin reservas. Cada una entraba en los aposentos de la otra con familiaridad de hermanas, y se podía pensar que en todos los aspectos se trataban como parientes cercanos, con la excepción de cierto rastro de deferencia que en ocasiones mostraba o parecía mostrar la abadesa hacia la desolada Hermana Madeline, que, al no reflejarse en la relación que ahora las unía, dejaba a la gente en libertad de levantar castillos en el aire con románticas conjeturas.

La Hermana Madeline asistía a los oficios con tanta regularidad como Paulina. Era más fácil encontrarlas allí que en ningún otro sitio, y pronto se hizo evidente que la dama más joven era objeto de particular interés para la mayor. Cuando las sublimes notas de los viejos compositores de órgano henchían el aire y llenaban las vastas

galerías de la capilla con sus laberintos sonoros, suspendiendo momentáneamente la atención a los servicios religiosos, la Hermana Madeline empleaba este intervalo de tiempo para observar el rostro de Paulina. En esos momentos, sus ojos reposaban siempre en la joven condesa, y parecían solicitar su atención hacia la tierna compasión que su propio rostro expresaba ante el dolor que tan evidentemente reflejaba el de Paulina. Absorta en sus pensamientos, Paulina no se dio cuenta al principio de esta particular expresión de atención e interés. Acostumbrada a la mirada de las multitudes, tanto por su belleza como por su relación con la casa imperial, no vio nada nuevo o extraño en esta muestra de atención hacia su persona. Poco a poco, sin embargo, al ver que persistían las miradas furtivas de la hermana, descubrió que había despertado su propia curiosidad. Los modales de la Hermana Madeline eran demasiados dignos, y su cara expresaba también hondos sentimientos y las profundas huellas de las pruebas que había pasado, como para creer que su curiosidad era como las de los demás. A Paulina le invadió la oscura sensación de que aquellos rasgos le eran familiares a su corazón, aunque parecían desfigurados en la Hermana Madeline por la edad, el sexo y los estragos producidos por el dolor. Parecía que había pasado la cincuentena, pero era probable que, a pesar de su espléndida complexión, cierto dolor secreto hubiera surtido el efecto natural de darle unos años más a su apariencia, quizás seis o siete más de los que realmente tenía. De todos modos, si el tiempo se había llevado su gracia juvenil, no había destruido, sin embargo, la impresión de magnífica belleza en declive. Nadie podía evitar leer los signos con los que la mano de la naturaleza anuncia un gran destino, una mente nacida para dominar.

Sin darse cuenta, las dos habían establecido cierta comunicación con sus miradas, y, al fin, viendo que la Hermana Madeline no se relacionaba más que ella con la sociedad de Klosterheim, Paulina decidió trabar relación con una dama cuya conducta anunciaba que sería una experiencia interesante, mientras que su historia y la melancolía de su mirada parecían asegurar que sería una amiga compasiva.

Ya había dado algunos pasos orientados hacia ese objetivo, cuando, inesperadamente, al salir del servicio de vísperas, la Hermana Madeline se situó al lado de Paulina y recorrió junto a ella una de las largas galerías. Las sagradas imágenes que las rodeaban, las historias de paz eterna sepultadas a sus pies, y los compases que ascendían al cielo desde el órgano y el coro de hábitos blancos hablaban de un reposo tan difícil de hallar en la tierra, y que contrastaba tan poderosamente con la pobre y asolada Alemania, que les afectó profundamente e hizo que a ambas se les saltaran las lágrimas. Finalmente habló la dama de más edad.

—Hija mía, conserváis profundamente vuestra fe en quien creéis muerto.

Paulina se sobresaltó. La otra continuó:

—¡Honor a los jóvenes corazones, unidos por lazos tan firmes que ni la muerte puede deshacer! ¡Honor a un amor que puede engendrar un dolor tan profundo! Sin embargo, en este mundo, los buenos no son siempre los desdichados. Estoy segura de que ni siquiera en vísperas habéis olvidado rezar por quien de buena gana hubiese

muerto por vos.

—¡Oh, graciosa señora! ¿Cuándo, cuándo lo he olvidado? ¿Qué otra oración, qué otra imagen está siempre en mi corazón?

—Hija mía, estaba segura de ello. El cielo envía a veces respuesta a las oraciones cuando menos lo esperamos y las vuestras las envía a través de mí.

Dicho esto, la dama extendió una carta a Paulina, que se desmayó ante la repentina sorpresa y la felicidad de reconocer en ella la escritura de Maximiliano.

CAPÍTULO XVIII

Efectivamente, era la escritura de su amante, y las primeras palabras de la carta, que llevaba una fecha reciente, anunciaban que estaba a salvo y con buena salud. En un breve resumen de lo que había acontecido desde que se separaron, le decía que lo habían herido gravemente en la acción contra los hombres de Holkerstein, y quizás por esa desgracia había logrado salvar la vida, ya que, debido a la dificultad de transportarlo a caballo, por ser incapaz de sentarse derecho, el grupo que lo custodiaba hubo de dejarlo por una noche en Waldenhausen. De allí se lo llevaron de noche a una pequeña guarnición imperial cercana dos fieles sirvientes, que no encontraron dificultad en drogar y luego reducir a la pequeña guardia que habían creído suficiente para un prisionero tan impedido por las heridas. En esta guarnición se había recuperado, había mantenido correspondencia con Viena, había concertado ciertas acciones con el emperador y estaba a punto de llevar sus planes a cabo, en el momento en que se dieran ciertas circunstancias favorables para su estratagema. Ahora no podía decirle, en una carta que corría el riesgo de caer en manos enemigas, cuáles eran estas circunstancias, pero le prometía a Paulina que pronto se produciría un cambio a mejor que les permitiría encontrarse sin reservas ni temores, y concluía expresando en los términos más afectuosos sus esperanzas y tiernas inquietudes de amante.

Apenas se hubo recobrado de la turbulenta sensación de alegría producida por la repentina resurrección de sus esperanzas, Paulina sufrió un sobresalto de signo completamente contrario al recibir una citación a la presencia del Landgrave. El mensaje estaba escrito de forma imperativa y en tono más apremiante que ninguno de los que le habían dirigido hasta entonces, a ella, una dama de la familia imperial. Conocía el carácter del Landgrave y su posición actual, y ambos la intranquilizaron cuando los asoció con el estilo y el lenguaje de su misiva. Pues ésta anunciaba con bastante claridad que se había decidido a emprender un camino audaz, a no permanecer más tiempo contemporizando entre dos políticas, y a arrojarse abiertamente en los brazos de los enemigos del emperador. En cierto sentido, el mensaje del Landgrave le proporcionaba a Paulina algún beneficio. Ella no era orgullosa ni propensa a ofenderse; al contrario, era dulce y sumisa; pues los impulsos de su juventud y su insigne origen se habían visto templados por las terribles catástrofes nacionales y la compasión que había compartido con sus semejantes de todo rango. Pero sentía que, en esta innecesaria muestra de autoridad, el Landgrave estaba infringiendo al mismo tiempo los derechos de hospitalidad y los de su sexo. La indignación que le produjo una conducta tan poco caballerosa le dio valor para enfrentarse a él, aunque temía una escena violenta y tenía todas las razones del mundo para sentirse inquieta ante la incertidumbre de no saber con claridad cuáles

eran sus intenciones respecto a ella.

Pero estos no eran fáciles de explicar. Encontró al Landgrave paseando nervioso por la estancia. Estaba de espaldas a ella cuando entró pero, en el instante en que el portero anunció en voz alta «¡La Condesa Paulina de Hohenhelder!», se volvió bruscamente y se aproximó para recibirla. A pesar de lo irritado que parecía el Landgrave, su primer impulso fue el de cumplir el ceremonioso protocolo que correspondía al rango de Paulina. Se inclinó fríamente ante ella, mientras un asistente le ofrecía asiento, y tras indicar a todos los presentes que se retirasen, empezó a exponer las causas que habían requerido la presencia de Doña Paulina.

Demostró tanta habilidad mezclada con violencia, que al principio, Paulina no comprendió sus verdaderos propósitos. Sin embargo, decidida a hacer justicia a su propia dignidad ofendida, aprovechó la primera oportunidad para expresar su protesta al Landgrave por la improcedente violencia de su llamada. Su Serena Alteza ejercía el poder en Klosterheim, y no tenía motivos para pensar que se opondría a sus órdenes.

—¿Doña Paulina distingue, entonces, entre el poder y el derecho? No esperaba menos.

—De ninguna manera. La condesa no sabía nada. Era una extranjera que sólo buscaba hospitalidad en Klosterheim, hospitalidad que ha sido aparentemente violada por muestras gratuitas de autoridad.

—Pero las leyes de la hospitalidad —contestó el Landgrave— obligan tanto al huésped como al anfitrión. Cada uno tiene sus obligaciones. Y Doña Paulina, como huésped, había violado las suyas en el momento en que participó en las intrigas de Klosterheim y compartió la furia de los conspiradores.

—Os han informado mal, señor. No he dado ni un paso fuera del recinto del convento en que resido, hasta hoy, para cumplir las órdenes de Su Alteza.

—Puede ser cierto, y puede ser signo de cautela y habilidad. La presencia personal de una dama, de aspecto tan distinguido como el de Doña Paulina, hubiese levantado demasiadas sospechas en cualquier reunión de conspiradores o intrigantes. Pero, ¿no habéis difundido nada por escrito con la intención de separar de mí a mis súbditos?

Doña Paulina negó con la cabeza. No comprendía en qué dirección apuntaban las sospechas del Landgrave.

—Como, por ejemplo, esto. ¿Reconoce Doña Paulina este escrito en particular?

El Landgrave sacó de un portafolios una carta o un papel con instrucciones, compuesto de varias hojas con un gran sello oficial. La Condesa lo observó atentamente. Las palabras *Maximiliano* y *Klosterheim*, escritas un par de veces, llamaron su atención, pero se sintió inmediatamente satisfecha al comprobar que era la primera vez que lo veía.

—De este papel —dijo al fin con determinación—, no sé nada. Creo que he visto esa letra antes. Se parece a la de uno de los secretarios del emperador. Por lo demás,

no podría imaginar su origen.

—Tenga cuidado, señora; considere hasta que punto se implica. Supongamos que este papel lo llevase uno de vuestros correos, entre vuestras cosas personales.

—Podiera ser —dijo Doña Paulina—, y sin embargo no implicaría ningún engaño por mi parte. ¡Engaño! Me ofende tal insinuación. Su Alteza ha sido la primera persona en atreverse a hacérmela.

En ese momento recordó el robo de su carruaje en Waldenhausen. Entonces enrojeció de indignación y añadió:

—Incluso en el caso de haber sido portadora involuntaria de ese papel, señor, soy inocente de las intenciones que tal acto pudiera tener para algunas personas. Soy incapaz de ofender con actos que yo misma desapruero, según sus insinuaciones poco generosas. Y ahora, señor, decidme hasta qué punto son inocentes quienes se han apoderado de un papel, como asegura Su Alteza, que venía en mi equipaje privado. ¿Tiene principios quien consiente un robo de esta naturaleza, o se apodera de su botín?

Al Landgrave se le subió la sangre hasta las sienes.

—En estos días, joven, los mezquinos derechos individuales han de ceder ante las necesidades de Estado. No existen derechos individuales que puedan impedir tal investigación. Se pierden, como ya os dije, cuando el huésped olvida sus deberes. No soy yo, recordad, sino vos, quien está sometida a juicio.

—¡Es posible! —dijo la condesa—. No había reparado en ello. ¿Quién es, entonces, mi acusador, y quién mi juez? ¿O es en Vuestra Serena Alteza en quién debo ver a ambos?

—Vuestro acusador, Doña Paulina, es el papel que os he enseñado, un papel comprometedor. Quizás pueda mostrar otros de la misma índole, o puede que éste sea suficiente.

De repente, Doña Paulina se puso triste y pensativa. Tenía ante sí a un tirano, con pruebas contra ella, que quizás tuvieran cierta credibilidad incluso ante un tribunal neutral. Quizás el papel estuviera entre los que habían sustraído de su carruaje. Quizás contuviera realmente palabras que instigaban contra el gobierno del Landgrave. Quizás nadie diera crédito a su inocencia respecto de cualquier participación en los planes que se estaban promoviendo, quizás no le serviría de nada en un lugar tan apartado de la protección imperial. De hecho había entrado imprudentemente en una ciudad que al principio se podía considerar neutral, pero que desde entonces se había visto obligada a engrosar las filas de los enemigos del emperador de forma demasiado brusca para aceptar cualquier amonestación o retirada. Esta era su situación exacta. Se dio cuenta del peligro que corría, y por eso comprendió que podía perder de nuevo a su amor cuando apenas lo acababa de recuperar.

El Landgrave observaba sus cambios de expresión y leyó sus pensamientos.

—Sí —dijo al fin—, vuestra situación es peligrosa. Pero tened valor. Confesad sin

temor y podéis esperar todo de mi clemencia.

—¡Valiente clemencia! —dijo una voz profunda desde algún lugar remoto de la estancia. La del lobo con el cordero.

Paulina se sobresaltó. El Landgrave parecía enojado y perplejo.

—¡Ahí dentro! —gritó con voz potente a los criados que estaban en la estancia contigua—. No toleraré más estos insultos —exclamó—. Id ahora mismo, llevaos una columna de soldados, apostadles en todas las salidas y registrad las habitaciones contiguas, tanto arriba como abajo. Estos murmullos son insoportables.

La voz replicó de nuevo:

—Landgrave, buscáis en vano. ¡Mirad en vos mismo! ¡El joven Max está sobre vos!

—Ese charlatán —dijo el Landgrave, haciendo un esfuerzo por recuperar su serenidad— me recuerda a ese aventurero, el joven Maximiliano. ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Quién le envía?

Paulina se sonrojó, pero, indignada por las palabras injuriosas del Landgrave hacia su amante, replicó:

—No es un aventurero, ni jamás ha sido de esa clase. El emperador no concede su favor a tales personas.

—Entonces, ¿qué le trae a Klosterheim? ¿Por qué razón turba la tranquilidad de esta ciudad?

Antes de que Paulina pudiese responder, la voz replicó en voz alta desde una distancia mayor:

—¡Por sus derechos! Y cuidaos, Landgrave, de ofrecer resistencia.

El príncipe se levantó furioso. Sus ojos echaban chispas y cerró los puños con impotencia. La misma voz le había humillado en anteriores ocasiones, pero nunca en circunstancias que le mortificaran tanto. Avergonzado de que la joven condesa presenciase los insultos que se le hacían, y viendo que era inútil seguir con la conversación en una situación que lo exponía a los sarcasmos de un tercero, aplazó el interrogatorio, sin ocultar su temor ni sus prejuicios, para otra oportunidad, y le dio permiso a Paulina para marcharse, permiso que ella aprovechó, retirándose atemorizada y perpleja.

CAPÍTULO XIX

Ya había oscurecido cuando Paulina regresó al convento. Dos sirvientes del Landgrave la precedieron con antorchas hasta los portones de Santa Inés, que se encontraba muy cerca del palacio. La condesa franqueó las puertas del convento y los sirvientes del príncipe se retiraron a requerimiento suyo. Ahora no había nadie que pudiera auxiliarla salvo un pequeño paje de su servicio, y quizás el portero del convento. Pero al volverla primera curva del jardín de Santa Inés, casi podía considerarse abandonada a su suerte, pues el niño que la seguía era demasiado ovejuno para ofrecerle ayuda efectiva. Al ver la larga avenida de viejos árboles que aún tenía que atravesar, se arrepintió de haber despedido a los sirvientes del Landgrave. A estos jardines se podía saltar fácilmente desde el exterior, y la parte más alejada de la avenida se comunicaba con algunas de las zonas con peor reputación de Klosterheim. La ciudad rebosaba de gente de toda clase. Uno se encontraba a menudo con algunos de los más viles desertores de los campamentos imperiales. El propio Wallenstein y otros comandantes imperiales, pero sobre todo Holk, habían atraído hacia sus banderas los desechos de las cárceles alemanas. En otros tiempos, habían dado licencia ilimitada para saquear, con lo que ellos mismos alentaron el diabólico espíritu de agresión y rapiña que después les fue imposible restituir a sus cauces normales. Por todos lados la gente se veía obligada a estar en guardia, y no sólo, como ahora, contra el militar tirano o bandido sino también contra los sirvientes privados que tenían a su servicio. Desde hacía algún tiempo se veían individuos sospechosos paseando al anochecer por los jardines de Santa Inés, e incluso penetrando en el claustro. El recuerdo de La Máscara, ahora en la cima de su misteriosa carrera, también pasó por el pensamiento de Paulina. ¿Quién conocía sus motivos, o los fines de su misteriosa campaña, que, en todo caso, estaba marcada últimamente por la muerte? Mientras pasaban estas ideas rápidamente por su cabeza, temblaba, más por el miedo que a causa del viento invernal que soplaba fuerte y racheado por la avenida.

Los jardines de Santa Inés eran extensos. A Paulina le faltaban aún doscientos metros para alcanzar el claustro, cuando divisó un oscuro objeto que se movía furtivamente por la orilla de un pequeño estanque que bordeaba a intervalos el paseo, y que estaba rodeado de espesos arbustos en los tramos que se adentraban en el parque. Paulina se detuvo y observó la figura, que pronto reconoció como la de un hombre. Andaba erguido y se agachaba de vez en cuando tras los arbustos. Era evidente que no quería huir, ya que el mejor camino para escapar estaba en dirección contraria. También era probable que la estuviera vigilando, por la forma en que parecía adecuar sus movimientos a los de ella. Al fin, cuando Paulina dudaba ya perpleja si seguir adelante o volver hacia la casa del portero, la figura se ocultó

rápidamente entre los arbustos más espesos y dejó libre el camino. Paulina aprovechó el momento y, con el corazón palpitante, corrió hacia el claustro.

Ya había recorrido casi la mitad del camino sin contratiempos, cuando, de repente, una poderosa mano la cogió del hombro.

—¡Deteneos, señora! —dijo una voz ronca y profunda—. ¡Deteneos! No os voy a hacer daño. Quizás le traiga a su señoría buenas noticias.

—Pero, ¿por qué aquí? —exclamó Paulina—. ¿Por que me asustáis así? ¡Cielos! Vuestra mirada es salvaje y feroz... Decidme: ¿Queréis dinero?

—No estaría de más... A los de mi clase, señora, nunca nos viene mal el dinero; pero no es ésa mi misión. Aquí traigo algo que lo explica todo.

Y, mientras decía esto, metió la mano en el enorme bolsillo del traje de jinete que lo cubría, y, en lugar de la pistola o la daga que Paulina esperaba, el desconocido sacó un gran paquete cuidadosamente sellado. Paulina se sintió tan aliviada al ver esta prueba de sus intenciones pacíficas que apretó anhelante su bolso entre las manos, y, cuando se disponía a seguir su camino, el hombre la detuvo para darle un mensaje verbal de su señor, pidiéndole encarecidamente que si se decidía a acudir a la cita que se mencionaba en la carta, no se retrasase ni un minuto.

—Y ¿quién es vuestro señor? —le preguntó Paulina.

—El general, señora, por supuesto: el joven general Maximiliano. ¡Cuántas veces lo he atendido cuando visitaba a su señora en Wartebunn! Pero aquí no me atrevo a descubrirme. ¡Demonios! Si el Landgrave supiese que Michael Klotz está en Klosterheim, supongo que las damas de Santa Inés no le podrían suplicar su indulto hasta mañana por la mañana.

—¡Entonces, villano —exclamó uno de los dos hombres que salieron de pronto de los arbustos—, estad seguro de que el Landgrave lo sabe! ¡Ésta es la prueba!

Y, diciendo esto, le disparó, e inmediatamente después lo hizo su compañero. No se podía saber si el fugitivo estaba herido, pues se tiró al agua, y tras unos instantes, le oyeron salir por la orilla opuesta. Sus perseguidores no parecían estar dispuestos a saltar tras él, pues se dividieron; cada uno se fue por una orilla del estanque y pronto se les pudo escuchar animándose y orientándose mutuamente en la oscuridad.

Paulina, confundida y agitada, impaciente ante todo por examinar sus cartas, aprovechó que el camino estaba libre y huyó temblorosa hacia el convento.

CAPÍTULO XX

La condesa regresó al claustro con un doble motivo de preocupación. No sabía qué consecuencias tendría la acusación del Landgrave, y temía también que alguna inesperada desgracia amenazara a su amante, debido a la precipitada y novedosa forma de comunicarse con ella, poco después de su carta anterior. Deshizo apresuradamente el paquete, que contenía algo más grande que una carta. El primer objeto que vio era un velo de monja, exactamente igual a los que llevaban las hermanas de Santa Inés. La carta que lo acompañaba explicaba suficientemente los motivos.

Era la escritura y la firma de Maximiliano. Le contaba en pocas palabras que le habían llegado noticias, de fuentes totalmente fiables, de que corría un gran peligro a causa del Landgrave. Que, con la actual sumisión de Klosterheim a la voluntad de ese príncipe, el único medio para salvarla era su huida inmediata. Para tal fin, él mismo, disfrazado, se encontraría con ella a las cuatro de la mañana siguiente, o, si las circunstancias del caso lo permitían, enviaría a un sirviente leal. Ella misma, u otra persona, debía ir a un lugar convenido, fácilmente reconocible por la descripción que se adjuntaba, cerca de las ruinas de la muralla, en la parte trasera del jardín del convento. Allí le entregarían una gran capa de viaje, para cubrir sus otras vestimentas. Para llegar hasta allí y pasar inadvertida al atravesar los terrenos del convento, donde los agentes del Landgrave vigilaban continuamente sus movimientos, era indispensable que se pusiera el velo de monja. El resto de los detalles del viaje le serían comunicados tras su encuentro. En suma, el remitente le rogaba a Paulina que no tuviera escrúpulos de falsa delicadeza que le impidieran dar un paso tan necesario para su seguridad, y la prevenía particularmente para que no le contase sus intenciones a la señora abadesa, cuyo sentido del decoro la podría incitar a dar consejos contrarios a su seguridad.

Paulina leyó la inquietante carta una y otra vez. Una y otra vez examinó la letra, consciente de que podría ser víctima del engaño de algún enemigo oculto. Sin duda, la letra no tenía la fluidez que caracterizaba a la de Maximiliano, sus rasgos eran algo rígidos, aunque no más que los de su carta anterior, en la que explicaba que el pequeño cambio se debía a una herida en la mano derecha, que aún no había curado. Por lo demás, la carta no daba lugar a sospechas. El peligro que temía del Landgrave coincidía con su propia impresión. Los terrenos del convento estaban vigilados, como indicaba la carta, por hombres del Landgrave; de ello acababa de recibir pruebas concluyentes. Aunque los dos extraños habían salido en persecución del mensajero que trajo la carta de Maximiliano, su principal objeto de vigilancia era sin duda ella misma. Estaban apostados para espiar sus movimientos, pues ellos mismos se habían confesado agentes del Landgrave. Parecían prudentes los consejos respecto a la

señora abadesa, teniendo en cuenta el carácter de esta señora. Sin embargo, a primera vista podía inspirar cierta desconfianza hacia las intenciones del que escribía, pues la prevenía contra sus mejores amigos. Pero lo que más sospechas despertó en Paulina fue el aspecto del hombre que le había entregado la carta. Si este hombre iba a ser el enviado de Maximiliano a la mañana siguiente, sentía, y estaba segura de que seguiría sintiendo, una repugnancia insuperable por encomendar su seguridad a tales manos. A pesar de todo, decidió acudir a la cita, pero guiaría su conducta futura según se fuesen desarrollando los acontecimientos.

Esa noche, la sirvienta preferida de Paulina se dedicó a empaquetar en el bulto más pequeño posible el escaso guardarropa que podrían llevar con ellas. La joven condesa ocupó el tiempo en escribir a la señora abadesa y a la Hermana Madeline, exponiéndoles todos los pormenores de su entrevista con el Landgrave, las sólidas bases que tenía para temer algún peligro, y la inesperada propuesta de huir. Sabía que era inútil pedirles que no se preocupasen por ella, dado el riesgo que corría en su huida, pero, juzgando el grado de prudencia que había mostrado, les rogaba que reflexionasen sobre los peligros reales que le aguardaban junto al Landgrave. Finalmente, como justificación por no haber solicitado el consejo de una amiga tan querida como la señora abadesa, les adjuntaba la carta que había guiado sus actos.

Los preparativos finalizaron hacia la medianoche, tras lo cual Paulina se retiró un par de horas a descansar. A las tres de la mañana se celebraban los maitines en la capilla, a los que asistían las hermanas más devotas. Paulina y su criada aprovecharon la oportunidad para abandonar la estancia confundiendo entre las personas que se dirigían al claustro. El órgano resonaba solemnemente por los laberintos de los pasillos que se abrían desde el interior del convento, y los ojos de Paulina se llenaron de lágrimas. Recordó sus primeros días, la paz de quienes han renunciado a este mundo, y a sus traidoras promesas, tan bien expresada por la música sublime, en contraste con los turbulentos problemas de Alemania, tan claros ahora que en su ola de desolación la implicaban a ella y a otras personas de alcurnia.

CAPÍTULO XXI

El reloj del convento, que marcaba los cuartos de hora, anunció que por fin había llegado la hora señalada. Temblando de miedo y de frío, a pesar de ir envueltas en pieles, Paulina y su criada se adentraron en el jardín con la cabeza cubierta por los velos. Todo estaba sumido en la oscuridad e inmerso en un silencio sepulcral. Las luces de la capilla brillaban a través de las cristaleras de colores y, de vez en cuando, alguna lámpara o vela emitía un fulgor que iluminaba algunas ventanas dispersas por el enorme conjunto de edificios de Santa Inés, indicando la asistencia a la cama de algún enfermo, o la paz de una oración. Pero estas escasas luces acentuaban la oscuridad de los alrededores, y Paulina y su criada tuvieron dificultades para encontrar el camino hasta el lugar señalado. Sin embargo, una vez que llegaron a la muralla, la siguieron, seguras de no tropezar con obstáculos importantes, hasta que llegaron a un lugar donde las ruinas les impedían el paso. Se detuvieron y se comunicaron en voz baja sus dudas sobre la localización exacta del lugar indicado en la carta. De repente surgió un hombre del suelo que las saludó con estas palabras: «¡Santa Inés! ¡Todo va bien!», concertadas previamente en la carta como contraseña. La voz era cortés, afable y respetuosa, y no se parecía en nada a la voz del rufián de la carta. En pocas palabras, aseguró a Paulina que el joven general no había podido entrar en la ciudad, pero que se encontraría con ella a unas millas de sus puertas, y que no tenían tiempo que perder. Cuando terminó de hablar, destapó una lámpara sorda que les mostró una escalera de cuerdas atada a la parte superior de la muralla. En ese punto la muralla era bastante baja, por lo que no había que preocuparse por la dificultad de su ascenso. Pero, antes de ponerse en marcha, Paulina insistió en saber algún detalle más sobre la forma en que iban a salir de la ciudad, y en compañía de quién iban a realizar el viaje. El hombre ya se había ganado parte de la confianza de Paulina con la corrección de sus palabras, que indicaban una elevada educación y la costumbre de tratar con personas de rango, y les explicó lo que consideró más apropiado para la ocasión. Un convoy de armas y fuerzas militares iba a abandonar la ciudad con destino a la guarnición de Falkenstein. Varios carruajes con personas privilegiadas, a quienes el Landgrave o su ministro habían concedido permiso, iban a aprovecharse de la escolta para atravesar el bosque, y un soborno, realizado en el cuartel adecuado, había conseguido fácilmente el permiso del oficial de guardia de la puerta para incluir un carruaje más como parte del séquito de una gran dama. La única condición era que sólo viajaran mujeres en él, ya que las personas de ese sexo eran menos sospechosas de huir de la ira del Landgrave, que se suponía iba a caer pronto sobre los conspiradores.

La explicación tranquilizó a Paulina. Le agradaba la perspectiva de ir en compañía de otras mujeres en su viaje nocturno; y, en el peor de los casos, después de

escuchar aquella nueva mención a la persecución de los conspiradores, tan relacionada con su entrevista con el Landgrave, estaba segura de que los peligros de los que huía eran mayores de los que pudiese encontrar en su camino. Paulina adoptó inmediatamente la decisión. Saltó el muro con su criada y se encontraron en una calle estrecha, cerca de la muralla de la ciudad, flanqueada por unas cuantas casas en ruinas. El hombre que las acompañaba emitió un leve silbido, al que respondió el chirrido de unas ruedas. Poco después se acercó a ellos una especie de calesa tirada por un par de caballos. Paulina y su criada se introdujeron rápidamente en ella, pues en el mismo momento en que se detuvo, escucharon un disparo que indicaba, según su guía, que la escolta y el resto de la caravana salían de la ciudad en ese momento. El cochero, obedeciendo las órdenes del otro hombre, las condujo a la máxima velocidad que permitía el estrecho camino y la oscuridad. Doblaron algunas esquinas y llegaron a la gran plaza que había delante del *schloss*. Desde allí atravesaron al galope unas cuantas calles despejadas y pronto alcanzaron la cola del convoy, que se había detenido inesperadamente en la puerta. Gradualmente, consiguieron introducirse con habilidad desde el final hasta el centro de la caravana, entre el tumulto de carros de equipaje, artillería y viajeros, cuyos ocupantes vociferaban que lo mejor era cruzar el bosque sin detenerse para poder evitar así a Holkerstein. Su propio vehículo pasó, en contra de lo que esperaban, sin otro contratiempo que la maldición del oficial de guardia, que no les afectaba sólo a ellos, sino que había que repartirla equitativamente entre todos los que en ese momento se hallaban en camino.

Paulina se estremeció al contemplar la hilera de caras feroces, iluminadas por la luz de las antorchas y mezcladas con las cabezas de los caballos y el destello de los sables. Estaba rodeada por el chirriar de las ruedas; sobre su cabeza, el enorme arco de las puertas proyectaba la masa negra de sus enormes sombras; hasta donde llegaba la vista, enmarcada por el arco, Paulina imaginaba, más que veía, la interminable soledad del bosque. Pronto se cerraron las puertas. Su propio carruaje adelantó a los últimos del convoy y, rodeados por un escuadrón de dragones, se pusieron a la cabeza de la expedición junto a una docena o dos de carros. Su felicidad fue inmensa cuando vio que ya habían atravesado las puertas de Klosterheim y que se encontraban en el ancho y despoblado bosque, libre del detestable tirano, y del mismo lado de las puertas que su amante, que sin duda se encontraba de camino para reunirse con ella. Paulina se dejó caer en el carruaje y se dispuso a dormir. Con las inquietudes y vigiliadas de la noche, lo necesitaba más que de costumbre.

Ahora se podían escuchar los relojes de la ciudad marcando solemnemente las cuatro. Paulina no había dormido ni una hora cuando la despertó suavemente la criada, que creía su deber avisar a la señora de los cambios que se habían producido. Parecía que se habían detenido para añadir un par de animales más a sus caballos de tiro, y ahora avanzaban a paso estruendoso, separados del resto del grupo y acompañados por una pequeña escolta de caballería. La oscuridad era intensa, y todavía se distinguían claramente las luces de Klosterheim que les permitían guiarse a

través de las frecuentes curvas de la carretera. Se podía distinguir perfectamente el castillo, con su ubicación privilegiada, y el convento de Santa Inés, por la iluminación de sus largas filas de ventanas superiores. Una torre particularmente alta, que casi se perdía en el cielo, destacaba del resto de los edificios e indicaba que el Landgrave dormía. Aquella torre era la parte más visible de Klosterheim debido a la brillante luz que irradiaba su enorme ventana circular. Allí dormía en ese momento el triste príncipe, tiránico y atormentado. Sus cobardes temores habían comprometido la inocencia de Paulina con oscuras amenazas de las que no sabía si se libraba al escapar. Quizás su cerco, tal como empezaban a sugerirle a Paulina sus peores temores, se estaba cerrando rápidamente a su alrededor a cada eco de las pisadas de los caballos que devolvía el sobresaltado bosque. La condesa volvió a recostarse en el carruaje, se durmió y volvió a soñar. Pero el sueño no le procuró paz. Sus sueños eran agitados, confusos y llenos de terribles imágenes. Se despertó varias veces para comprobar que sus esperanzas de volver a encontrarse pronto con su galante Maximiliano (quizás no volvería a verlo nunca más) se iban desvaneciendo. Aún quedaba una posibilidad de que caminaran bajo la protectora vigilancia de su amante. Pero en su interior sentía que había sido traicionada. Y lloró al imaginar que su propia precipitación había facilitado la trama que quizás iba a arruinar para siempre su felicidad.

CAPÍTULO XXII

Paulina despertó del inquieto sueño que le habían provocado sus preocupaciones para descubrir que viajaba a la máxima velocidad de que eran capaces los cuatro caballos de tiro, y escoltada todavía por un grupo considerable de dragones del Landgrave. Sin duda habían abandonado el resto del convoy con el que habían partido de Klosterheim. Ahora era evidente, hasta para su humilde criada, que las habían traicionado, y Paulina se reprochó haber colaborado voluntariamente en las estratagemas de su enemigo. No cabía la menor duda de que los peligros que dejaba atrás eran grandes e inminentes, pero en el convento al menos habría contado con cierta protección por parte de la señora abadesa. Dicha señora disponía de grandes poderes de carácter legal en toda la ciudad, y una influencia aún mayor entre los católicos de aquella época, en la que se sospechaba que el príncipe favorecía a los aliados protestantes. Paulina se lamentaba amargamente de la imprudencia que había cometido, ya que al abandonar el convento de Santa Inés había abandonado a sus dos únicos amigos.

Era casi mediodía cuando el grupo se detuvo en una casa solitaria para comer y descansar. Paulina ignoraba por completo la ruta que habían seguido hasta entonces, y, por las respuestas breves y evasivas de la escolta a las preguntas que se habían atrevido a formular, no le resultó fácil averiguar algo de su futuro destino. Una voz apremiante le pidió que bajara del coche, y, guiada por un soldado, descendió por unas escaleras que la condujeron a una pequeña y sombría estancia donde le habían preparado ya un pequeño refrigerio. La habitación contigua era un pequeño dormitorio y le pidieron, con más cortesía que hasta entonces, que considerase ambas asignadas a su uso personal y el de su sirvienta durante su estancia, que esperaban no durase más de las dos o tres horas necesarias para el descanso de los caballos.

Pero se trataba de disposiciones que dependían tanto de otros como de ellos mismos. Efectivamente, al poco rato regresó un pequeño grupo que la escolta había enviado para inspeccionar el camino, con la desagradable noticia de que un enorme contingente de tropas imperiales estaban realizando un reconocimiento en una zona que quizás coincidiese con su camino si salían inmediatamente. De ahí que quedasen revocadas las órdenes anteriores. Finalmente, el jefe de la expedición decidió pernoctar en las habitaciones de la casa, que eran bastante aceptables.

Paulina, cansada y abatida, y horrorizada ante los desconocidos peligros que le aguardaban, no pudo por menos que alegrarse de este cambio en los planes originales, pues, después de todo, iba a disponer de un tranquilo refugio donde pasar la noche, bendición que quizás le negasen los azares del día siguiente, y, sobre todo, suponía el aplazamiento de los peligros inminentes que con tanta frecuencia agradecen las mentes más serenas cuando están agotados por las fatigas y las aflicciones. Sin

embargo, una vez asegurado el cobijo para una noche más, pidió que le hicieran un poco más cómoda la estancia con el calor de un fuego. Para ello contaba con los requisitos imprescindibles de un hogar y una espaciosa chimenea. Una anciana, probablemente la única sirvienta del lugar, se presentó con una generosa carga de leña y los dos soportes o *andirons* (como posteriormente se denominaron) para levantar los leños y permitir la circulación del aire por debajo. Al principio tuvieron cierta dificultad para prender la leña, y la vieja sirvienta recurrió una o dos veces, tras disculpar entre dientes sus propias vacilaciones, a un armario que contenía, según pudo ver Paulina, una considerable cantidad de papeles.

Al retirarse, dejó algunos fragmentos esparcidos por el suelo. Paulina los recogió con indolencia y se quedó repentinamente paralizada por la sorpresa al comprobar que la escritura le resultaba, sin lugar a dudas, conocida; era la del secretario imperial más confidencial. Este recuerdo le trajo otros a la memoria que la llevaron a abrir apresuradamente la puerta del armario. Y allí, tal como esperaba, encontró el baúl del correo que robaron de su carruaje con la cerradura forzada y el resto del contenido revuelto (pues todo lo que tenía algún valor había desaparecido probablemente desde el primer día). A la vista de este descubrimiento, cerró rápidamente la puerta del armario, decidida a proseguir sus investigaciones por la noche, pues en ese momento estaba expuesta a continuas intromisiones y no quería levantar sospechas que pudieran malograr sus proyectos.

Durante la espera, ocupó el tiempo en conjeturas sobre cómo habían ido a parar el baúl y los papeles al lugar donde los había encontrado. Y, una vez en posesión de la clave, no tardó mucho en hacer otro descubrimiento. Poco antes había tenido la ligera impresión de reconocer el lugar, mientras sus ojos vagaban por la habitación, pero lo había achacado a cierta semejanza con alguna de las muchas extrañas estancias por las que había pasado desde que abandonó Viena. Pero ahora, al repasar el mobiliario y el aspecto de las dos habitaciones, se sorprendió de su propia falta de atención al no haber reparado que se encontraba en sus viejos aposentos de Waldenhausen, el mismo lugar donde se había realizado el robo, y donde habían proyectado pasar otra noche y recuperar parte de lo perdido.

Llegó la medianoche y Doña Paulina se dispuso a aprovechar la ocasión. Sacó el paquete de documentos de contenido extenso y variado, y se alegró al descubrir que la mayoría eran simples copias de originales que se encontraban en la Cancillería de Viena. Estaban relacionados con asuntos cívicos de Klosterheim y probablemente eran de tal naturaleza que no habrían tenido ninguna influencia en el predominio de los intereses suecos en los consejos y administración de la ciudad. Con el resurgir de la causa imperial, estas órdenes se repetirían, sin duda, con las modificaciones que las nuevas circunstancias y el desarrollo de los acontecimientos aconsejasen. Paulina se tranquilizó y devolvió al armario aquellos documentos. En aquel lugar no podían perjudicar a nadie y probablemente no llamarían la atención de nadie, aparte de la anciana, cuando tuviera que encender el fuego. Tampoco levantaría sospechas si se

apropiaba de los pocos papeles que quedaban. En ellos se mencionaba con demasiada frecuencia un nombre muy querido y apreciado por ella. Estaba decidida, si era posible, a llevárselos escondidos en su vestido; pero, a pesar de todo, y en previsión de cualquier desgracia que la obligase a abandonarlos, se decidió sin más dilación a conocer su contenido.

Uno de los documentos, el más importante, era una larga carta confidencial del emperador dirigida al consejo de la ciudad y a los priores de los conventos de Klosterheim. Contenía un breve resumen de los acontecimientos más destacados en la vida de su amante, desde su infancia, en la que una terrible tragedia familiar le había puesto bajo la protección del emperador, hasta su situación actual, en la que su propia espada y destacadas virtudes le habían llevado a alcanzar renombre y un elevado rango militar en el servicio imperial. El emperador no indicaba si los detalles de la tragedia eran ya conocidos por los destinatarios o si se revelarían en documentos adjuntos. Pero prodigaba toda clase de alabanzas hacia Maximiliano, con tal generosidad que arrancó lágrimas de alegría a la solitaria joven, que se hallaba sentada, a medianoche, ojeando estos testimonios de los méritos de su amante. Tema tan entrañable para ella no podía resultarle jamás inoportuno y nunca había pensado en él con tanto cariño como ahora, cuando tanto necesitaba de su brazo protector. Sin embargo, era evidente que el emperador debía tener algún motivo especial para extenderse en el tema de su favor hacia Maximiliano. Sintió cierta curiosidad por saber qué relación existía entre ambos y Klosterheim. Y, al ojear atentamente los demás documentos, encontró uno, al que se refería explícitamente el emperador, que hacía ciertas revelaciones sobre las tempranas desgracias de su amante. Su lectura llenaba a Paulina de horror y asombro, al tiempo que explicaba las naturales pretensiones de Maximiliano, (lado su nacimiento y origen, y el esplendor de las distinciones que se había ganado. De ese modo, aquél que vivía en su imaginación como modelo de héroe quedaba coronado con los únicos laureles que deseaba para sí: el afecto que despiertan las desgracias no merecidas, y el esplendor de un ilustre origen.

Mientras estaba allí sentada, absorta en los prematuros infortunios de su amante, le llamaron la atención unos murmullos que parecían salir del armario. Lo abrió precipitadamente y descubrió que la única separación entre el armario y el dormitorio contiguo era un pequeño tabique de madera con numerosas grietas. Las palabras que oía eran estremecedoras, incoherentes y, a veces, delirantes. Evidentemente procedían de algún enfermo postrado en su lecho, cuya imaginación trastornada se debatía en una serie de horrores, más terribles que los pensamientos que en ese momento asaltaban a Paulina. En ocasiones hablaba de perseguir a un ciervo por el bosque. Parecía que estaba a punto de alcanzarlo, y después que estaba a punto de perderlo. Luego, cambió completamente el carácter de la caza: era una cacería humana y tenía a un acompañante a su lado. Discutía violentamente su participación en la persecución y captura:

«... Mi señor, no podéis negarlo. ¡Mirad, mirad! Vuestras manos están más ensangrentadas que las mías. ¡Qué horror! ¿Es que no hay agua corriente en el bosque...? Tan joven como es, y tan noble... ¡Apartaos! ¡Nos va a manchar a todos de sangre...! ¡Ay, qué lamento era ese! Podría romper las fibras del más duro corazón. Hubiese roto el mío cuando era más joven. Pero estas guerras nos vuelven crueles a todos. Aunque vos sois peor que yo...».

Luego, el paciente pareció incorporarse bruscamente en la cama mientras gritaba convulsivamente:

«¡Dadme mi parte! ¿Por qué es tan pequeña mi parte? Aquí viene otra vez. ¡Golpead ahora... ahora, ahora, ahora! ¡Cortadle la cabeza, mi señor! ¡Ha huido, Dios mío! Si sale del bosque llegará a Viena en dos horas. Y nosotros deberíamos ir a Roma. ¿Dónde, si no, nos darán la absolución? ¡Cielos! El bosque está lleno de sangre, con razón tenemos las manos ensangrentadas... Veo flores por todo el camino hasta Viena, pero tienen sangre en el tallo. ¡Qué profundo! ¡Qué profundo! ¡Oh, herido, herido! ¡Mirad cómo sale de su guarida! ¡Oh, Su Alteza me ha engañado! ¡Hay miles detrás de un solo hombre!».

Siguió delirando en estos términos hasta que la mente de Paulina estuvo tan angustiada por la constante sucesión de pesadillas y desvaríos, todos referidos a una vida de horror, sangre y violencia, que finalmente se vio obligada a cerrar la puerta con alivio, aunque siguió escuchando a intervalos gritos agudos y maldiciones medio sofocadas.

Le pareció una coincidencia increíble que se pudiera entrever cierta conexión entre la terrible historia que narraba el documento imperial y los delirios de aquella pobre y miserable criatura con la que el destino le había hecho coincidir por una sola noche.

Paulina y su sirvienta reemprendieron el viaje por la mañana temprano, y, tras tres horas de veloz carrera, llegaron a la lúgubre fortaleza de Lovenstein. La escolta, con la que había tenido pocas ocasiones de comunicarse, se había mostrado grave y obstinadamente silenciosa. No sabían por tanto cuál era el destino de aquel viaje. Pero, debido a la cumplida ceremonia con que fueron recibidas y las formalidades del gobernador hacia sus personas y hacia el oficial al mando de la escolta, Paulina dedujo que el castillo de Lovenstein sería su destino final.

CAPÍTULO XXIII

Pasaron dos días sin que se produjera ningún cambio en la situación de Paulina, tal como estaba dispuesto desde su llegada a Lovenstein. Sus habitaciones no eran incómodas, pero las pesadas barricadas colocadas en las puertas, las ventanas enrejadas y los centinelas que hacían guardia en todos los corredores que conducían a sus estancias, la convencieron de que estaba prisionera.

La tercera mañana después de su llegada le trajo otra prueba aún más desagradable de esta triste realidad al recibir una citación para acudir al día siguiente ante un tribunal de justicia criminal, a juzgar por el tono de sus palabras. Su corazón casi dejó de latir al verse requerida para responder como un delincuente de los cargos de conspiración, junto con varios miembros de la Universidad de Klosterheim, contra el príncipe soberano, el Landgrave X. ¿Qué testigo podía traer en su defensa? O, ¿cómo defenderse ante un tribunal en el que todos los papeles: juez, testigos, acusación, se concentraban en un único y malvado enemigo? ¿Cómo podía haberla relacionado el Landgrave con la acusación de traición contra sus derechos de príncipe? Paulina no podía explicárselo, a menos que el mero hecho de llevar despachos imperiales en sus baúles fuera motivo suficiente para implicarla como emisario secreto o agente de la diplomacia imperial. Pero albergaba serias sospechas de que había un profundo malentendido en la mente del Landgrave. Y suponía que la causa podía hallarse en la refinada bellaquería con que el rufián que la acogió en Waldenhausen había comerciado con los papeles que le había sustraído. Al ofrecerlos por separado, uno a uno, posiblemente esperaba recibir otras tantas recompensas. Pero, como resultaba que un documento solía ser necesario para explicar otro, y el conjunto era sin duda esencial para entender correctamente cualquiera de ellos, el resultado inevitable habría sido la confusión del Landgrave. Efectivamente, el resto de las cartas habrían sacado al príncipe de su error. Pero era probable que, tal como había comprobado Paulina al pasar por Waldenhausen, la enfermedad y el delirio del rufián hubiesen interrumpido toda comunicación ulterior. De ahí que el Landgrave persistiese en los errores que éste había originado.

Paulina compareció ante el tribunal al tercer día de su llegada. El oficial presidente del tribunal era el gobernador de la fortaleza, un soldado curtido, aunque también un villano de bajas costumbres y carácter cruel. Había prosperado gracias al favor del Landgrave, convirtiéndose en un aventurero temerario y dispuesto a cualquier servicio por ignominioso que fuese, sin preocuparle el peligro ni la infamia. Como muchos otros oficiales que habían desertado en aquella guerra aventurera con la vista puesta siempre en lo más alto, príncipes y comandantes supremos, y con el mayor desprecio por la justicia y los principios morales, se había abierto camino hacia la distinción y la fortuna valiéndose de toda suerte de innobles crueldades.

Había pasado de un servicio a otro, mirando siempre por la particular conveniencia de sus intereses y méritos. Era valorado en todas partes como soldado de empresas temerarias, y en todas partes aborrecido como persona. Croata de nacimiento, se había convertido en uno de los cabecillas más sanguinarios de Magdeburg, donde sirvió a las órdenes de Tilly. Pero últimamente había entrado de nuevo al servicio de su antiguo señor, el Landgrave, quien lo había atraído para su causa concediéndole el rango de general y el gobierno de Lovenstein.

Este oficial brutal, que en los últimos tiempos vivía en continuo estado de embriaguez, era el juez ante el que comparecía ahora la dulce e inocente Paulina, acusada de cargos que podían costarle la vida. En efecto, era evidente que la finalidad del proceso no era otra que la de guardar las apariencias y, si era posible, sacarle más información a la prisionera. El general actuaba de árbitro supremo en todos los asuntos de derecho y potestad que llegaban al tribunal, cuyas competencias administrativas eran casi ilimitadas. No admitía la menor objeción y cortaba por lo sano con su sable croata cualquier complicación jurídica, ya fuese de forma o de contenido. Aceptó, sin embargo, a dos asesores en su tribunal de justicia para que le aliviaran de las fatigas y dificultades de dirigir una intrincada investigación.

Estos asesores eran abogados de escasa categoría, que ejercían su profesión con tan pocos escrúpulos y tan escasa consideración y cortesía como su jefe militar. Los tres jueces mostraban casi la misma brutalidad y constituían herramientas igualmente abyectas del soberano sin principios al que servían.

Pero se trataba de un soberano, y Paulina sabía muy bien que en sus estados podía disponer de la vida y la muerte. Tenía razones para pensar que la habían sentenciado a muerte, pero no renunció a una autodefensa honorable. En un tono de dulzura y dignidad, sostuvo su inocencia de todos los cargos que se le imputaban; afirmó que desconocía el contenido de los papeles que se habían encontrado en sus baúles y reclamó su inmunidad como súbdita del emperador frente a la jurisdicción del Landgrave. Sus alegatos fueron desestimados, y, cuando puso en conocimiento del tribunal que era familiar cercana del emperador y se atrevió a sugerir la posible venganza de Su Majestad Imperial ante semejante atropello sangriento de la justicia, se sorprendió al ver que su amenaza era recibida con burlas y carcajadas. En realidad, la larga experiencia del general croata en sus luchas a favor y en contra de todos los príncipes de Alemania había hecho que los despreciase a todos, salvo al que le pagase en ese momento. Paulina desconocía la circunstancia singular que había inducido finalmente al Landgrave a ganarse el favor de sus aliados suecos, rompiendo todos los compromisos con la corte imperial e imprimiendo un tono de total desesperación a su política actual. El Landgrave se había decidido a jugárselo todo a una carta. Se esperaba una batalla que, si era favorable a los suecos, dejaría despejado el camino hacia Viena. El Landgrave estaba preparado para resistir, aunque tal vez no estuviera tan seguro como para emprender una acción tan extrema a causa del documento que le habían robado a Paulina. Sus agentes conocían esta política y evidentemente influía

en su manera de juzgar la amenaza.

Le informaron que las amenazas eran más efectivas cuando provenían de quienes tenían el poder de llevarlas a cabo. Así que el croata le rogó, con un sarcasmo brutal, que se ganase el perdón confesando voluntariamente lo que sabía. Insistía en averiguar la índole de la relación que el coronel imperial de caballería Maximiliano mantenía con los estudiantes de Klosterheim, así como otras circunstancias de las que, en general, Paulina estaba muy mal informada para poder aclararlas. Recibieron con desprecio sus más sinceras declaraciones a este respecto y la despidieron, por el momento, pero con la amenaza de que al día siguiente debía presentarse en disposición más complaciente, o con una firmeza de ánimo que quizás no resistiese los medios que la ley había puesto en sus manos para tratar a los contumaces y obstinados.

CAPÍTULO XXIV

Paulina se tomó en serio aquella amenaza. Cuanto más lo pensaba más convencida estaba de que aquellos salvajes inquisidores la habían amenazado con torturarla. Sentía toda la indignación de semejante insinuación, aunque apenas podía creer que hablaran en serio.

A la mañana siguiente la citaron de nuevo a juicio. Los jueces aún no habían comparecido, pero había varios oficiales inferiores que iban de un lado a otro e intercambiaban bromas ininteligibles mientras miraban a la condesa y a una máquina de hierro con infinidad de ruedas y tuercas. Cuando Paulina vio aquella estructura o cama de hierro, la asaltaron oscuros temores. Posiblemente, alguna de las bromas que intercambiaban los brutales menestrales de sus salvajes jueces fuesen lo bastante inteligibles si accedía a prestarles atención, pero sus pensamientos estaban en otra parte. El oficial croata entró solo en la habitación, pues sus asesores probablemente habían declinado participar en las horribles funciones que les había encomendado el Landgrave.

El general llevaba una larga lista de preguntas para Paulina y le rogó que recitase verbalmente las respuestas que pensaba dar. Tras echarles un rápido vistazo, Paulina replicó con dignidad, aunque temblorosa y agitada, que eran preguntas a las que de ningún modo podía responder. Muchas se referían a cuestiones que ignoraba por completo, y ninguna se correspondía con la gratitud y amistad que le debían las personas implicadas en aquellas cuestiones.

—Entonces, ¿se niega a responder?

—Por supuesto. Sólo hay tres preguntas a las que puedo responder, y de manera parcial. Las respuestas que espera me cubrirían de deshonra.

—Entonces, ¿se niega?

—Claro que sí, por las razones que le acabo de dar.

—Una vez más: ¿se niega?

—Sí, me niego; pero concédame al menos el derecho a exponer mis razones.

—¡Razones! Ja, ja! Tienen que ser buenas para resistir los argumentos de este bonito juguete —dijo poniendo la mano sobre la máquina—. Sin embargo, la elección es suya, no mía.

Dicho esto, hizo una señal a los secuaces. Uno de ellos empezó a mover la máquina y a accionar las tuercas, elevando las rechinantes rejillas y el armazón con un estrépito horrendo; otros dos se remangaron los brazos. Paulina se quedó paralizada y temblando de miedo atacada por un repentino horror.

El croata hizo una señal a los hombres con la cabeza, y luego exclamó en voz alta:

—¡La primera pregunta!

En ese momento Paulina recuperó la fuerza que había extinguido el primer pánico. Entonces vio cómo se le acercaba un hombre con una expresión de alegría salvaje. Otro con la misma expresión horrible traía un gran recipiente de agua.

La absoluta humillación de aquella escena sacudió fuertemente su conciencia. ¡Ella, una dama de la casa imperial, amenazada con la tortura por el vil agente de un rufián con título! ¡Ella, que no le debía nada a nadie, que no había violado ningún derecho de hospitalidad, aunque los habían atropellado todos en su persona! Un torbellino de pensamientos fugaces como aquellos invadía su cerebro cuando, de repente, se abrió una puerta que había a sus espaldas. Se trataba de un sirviente que traía herramientas para apretar aflojar clavijas. El rufián, que se había remangado, extendió el brazo para cogerla. Paulina se encogió debido al asco que le producía su contacto, se dio rápidamente la vuelta y se precipitó por la puerta abierta, huyendo como paloma perseguida por los buitres a través de los pasillos que se extendían ante ella. Sentía la ardiente respiración de su perseguidor en la nuca. El primero había extendido ya la mano para detenerla cuando, al doblar un recodo, se encontró de repente con un grupo de mujeres jóvenes entre las que destacaba una, de rango superior, que era a todas luces su señora.

—¡Oh, señora! —exclamó Paulina—. ¡Salvadme, salvadme!

Y, con estas palabras, cayó exhausta a los pies de la dama. La mujer, joven, hermosa y de maneras encantadoras, la levantó tiernamente entre sus brazos y, con un cariñoso tono de hermana, le rogó que no temiera nada. La respetuosa manera en que los oficiales se retiraron a una orden suya convenció a Paulina de que tenía una relación muy estrecha con el Landgrave. En realidad, no tardó mucho en referirse a él como su padre.

—¿Es posible —pensó para sí Paulina— que esta inocente y amable jovencita (pues no tenía más de diecisiete años, aunque poseía cierta madurez prematura que la elevaba a la altura de Paulina) sienta cariño de hija hacia un tirano tan salvaje como el Landgrave?

Descubrió, sin embargo, que la gentil princesa Adelina tenía en su sencillez infantil el mejor don que una persona de su situación podía recibir de los cielos. Las barbaridades del gobernador croata las achacaba exclusivamente a su brutal carácter; y el caso de Paulina le confirmó hasta tal punto aquella opinión que se decidió a ejecutar en ese momento algo que proyectaba desde hacía tiempo. Mucha gente abusaba vilmente de la confianza de su padre. Eso es lo que dijo, y lo creía firmemente. Sólo le llegaba una parte de la verdad. Hasta sus propias cartas eran desatendidas de un modo incompatible con los testimonios de profundo afecto que Su Alteza demostraba diariamente hacia ella.

En realidad, esta hija única del Landgrave era también la única joya que, a sus ojos, le daba valor a su vida, por lo demás desolada. El castillo de Lovenstein estaba bajo el control absoluto de la princesa; hasta el salvaje gobernador croata sabía que no tenía la menor excusa para desobedecer sus órdenes. De ahí que los sicarios de

este tirano obedecieran tan rápidamente sus órdenes de retirarse.

Sin embargo, la experiencia le había enseñado a la princesa que, no pocas veces, las órdenes obedecidas en apariencia se incumplían luego en secreto; y la ausencia de respuesta a sus cartas de protesta indicaba que el gobernador las ocultaba o destruía. Por eso, Paulina, que se había ganado su corazón tras unas horas de conversación, ya no debía temer nada aunque durmiera sola. La conmoción producida por la pobre prisionera en la joven princesa superaba incluso la de la propia Paulina; y como cada día había nuevos motivos de sospecha en el brutal comportamiento del gobernador, ahora consideró seriamente sus planes para huir a Klosterheim, que tenía preparados desde hacía mucho tiempo. Para llevarlos a cabo le venía muy bien la autoridad absoluta que le había concedido el padre en todo menos en los dispositivos militares de la fortaleza. Con el pretexto de una excursión de las que acostumbraba a hacer diariamente, no tuvo ninguna dificultad en hacer pasar a Paulina, suficientemente disfrazada, por una de sus sirvientas. En un punto apropiado de la calzada, Paulina y unas cuantas sirvientas se bajaron de los coches con la princesa. Luego, tras rogarles a las criadas que esperasen media hora, siguieron a pie el camino hasta el puesto militar de Falkenberg.

CAPÍTULO XXV

La misteriosa Máscara había emplazado al Landgrave en veinte días para que rindiera cuentas por unos crímenes no expiados, ante un tribunal en el que ningún poder más que la inocencia podía ayudarlo. El plazo estaba a punto de vencer. La mañana del vigésimo día había llegado.

Había dos interpretaciones posibles de esta citación. La mayoría pensaba que el tribunal propuesto era el del emperador, y que, mediante algún plan misterioso que no le resultaría especialmente difícil de llevar a cabo a La Máscara, el Landgrave sería conducido a Viena ese mismo día. Otros, entendiendo por tribunal, en el mismo sentido, la cámara imperial de justicia, creían posible que se llevara a cabo la amenaza de un modo más rápido y menos incierto que con un largo viaje a Viena, a través de un país rodeado de enemigos. Pero, a diferencia de los otros dos, un tercer grupo entendía que el tribunal donde la inocencia era la única defensa era el tribunal del cielo; y creían que ese día se le haría justicia al Landgrave por los crímenes conocidos y ocultos, condenándolo a una muerte pública y memorable. Pero, tras el asunto del baile de máscaras y las numerosas denuncias públicas, cualquiera que fuese la interpretación, ningún ciudadano se atrevía a negar de forma tajante que La Máscara iba a mantener literalmente su palabra.

De ahí se deducía necesariamente que todo el mundo estuviera en tensión, y que el interés por los acontecimientos de la noche anulara cualquier otra inquietud. Hasta la batalla que se esperaba a diario entre los ejércitos imperiales y suecos, había dejado de ocupar los corazones y la conversación de los ciudadanos. Las preocupaciones privadas y públicas se centraban en la próxima catástrofe que tan solemnemente había anunciado La Máscara.

El Landgrave era el único que mantenía cierta confusa reserva y manifestaba algún desdén altanero. Había decidido atender la citación con la más viva expresión de desafío, convocando esa misma noche un nuevo baile de máscaras, mayor aún que el primero. Lo hacía con toda intención, aconsejado por sus aliados suecos. Le manifestaron que el asunto de la esperada batalla estaba al caer; todos los indicios apuntaban, al parecer, hacia un giro decisivo en su favor. Pero, en el peor de los casos, ninguna derrota del ejército sueco había sido hasta el momento completa. El grueso del ejército en retirada, caso de que los suecos se viesan obligados a retirarse, pasaría por Klosterheim y le proporcionaría una guarnición capaz de retener la ciudad durante muchos meses (lo que daría nuevas oportunidades a todos), mientras que a sus nuevos y cordiales aliados les ofrecería una retirada segura ante el enemigo y una muestra satisfactoria de su propia fidelidad. Esto en el peor de los casos, mientras que en el mejor y más probable, en caso de victoria de los suecos, mantener un par de días más la ciudad contra los conspiradores internos y los ayudantes secretos de fuera,

equivaldría de hecho a ratificar cualquier victoria que lograsen los suecos, entregándoles en el momento crítico uno de sus trofeos y garantías más espléndidos.

Estos consejos coincidían perfectamente con los planes del Landgrave. Por eso se acordó que aquella noche, y al amparo de las máscaras, se introdujesen en los salones del castillo todas las tropas suecas que pudieran reunirse en aquel momento crucial. Eran unos cuatrocientos hombres. Finalmente, se tomaron otras disposiciones, igualmente misteriosas, algunas de las cuales sólo conocía el Landgrave.

A las siete, como en la ocasión anterior, empezó a congregarse la gente. Se abrieron las mismas estancias; pero, como ahora había más personas, pues se había ampliado el rango a fin de incluir a todos los implicados en la conspiración que desde algún tiempo maduraba en Klosterheim, se juzgó necesario aumentar el número de salones con el pretexto de darle mayor relieve a la hospitalidad del Landgrave. Así que, de acuerdo con un viejo privilegio concedido para las coronaciones o grandes galas por la abadesa de Santa Inés, se quitaron los tabiques que separaban la entrada del *schloss* del refectorio del inmenso convento. De este modo, se convirtieron en los dos recintos contiguos.

La afluencia de gente se prolongó por espacio de dos horas. El palacio y el refectorio del convento estaban ahora llenos de luces y máscaras espléndidas; en los pasillos y corredores sonaba la música, y, aunque todos corazones palpitaban de miedo e inquietud, no faltaban las expresiones de alegría y placer festivo. De momento, todo estaba en calma en torno a este volcán dormido.

De pronto, el conde St. Aldenheim, que estaba cruzado de brazos y vigilaba el brillante espectáculo, sintió que alguien le tocaba la mano, que era la señal convenida por los conspiradores. Se volvió y reconoció a su amigo el barón de Adelort, que lo saludó con estas tres palabras enfáticas:

—¡Nos han traicionado! —y luego, tras una pausa—: Seguidme.

St. Aldenheim se abrió paso entre la esplendorosa multitud y siguió a su guía hasta uno de los corredores más apartados.

—No temáis que nos vigilen —dijo el otro—. Nuestro poderoso enemigo ya no necesita vigilarnos. Ha triunfado. Todas las vías de fuga están cerradas y aseguradas contra nosotros; todas las salidas del palacio están ocupadas por las tropas del Landgrave. Ninguno de los nuestros saldrá vivo.

—¡Dios no quiera que seamos tan necios! Bromeáis, amigo mío.

—¡Ojalá fuese así! Mi información está confirmada. He oído algo accidentalmente, me han dicho algo, y he visto algo. Así que venid conmigo, conde, y ved lo que os voy a enseñar. Luego, juzgad vos mismo.

A continuación, llevó al conde de St. Aldenheim por un pequeño circuito de pasillos hasta una puerta por la que accedieron a un salón de enormes proporciones. A juzgar por los catafalcos e imágenes distribuidas a lo largo de sus paredes, parecía que se trataba de la antecapilla de Santa Inés. Así era, en efecto. Unas luces mortecinas brillaban débilmente en la oscuridad de esta enorme estancia, colocadas,

de acuerdo con el rito católico, en el altar del santo. Pero, aunque débil, la luz era lo bastante intensa para mostrar en el centro un andamiaje cubierto de telas negras. A los pies se marcaban los contornos de un escenario rodeado de una valla, un tocón de madera y demás instrumentos para la solemnidad de una ejecución pública, mientras que el serrín que había a sus pies indicaba el lugar donde debían caer las cabezas.

—¿Subimos y ensayamos nuestro papel? —preguntó el conde—. Pues tengo para mí que todo está listo, a excepción del verdugo y los espectadores. ¡Ojalá se llevase el diablo a este salvaje rufián!

—Sí, St. Aldenheim, todo está listo, incluidas las víctimas. En esa lista estáis el primero. Creedme, sé lo que me digo. No importa cómo lo he sabido, pero es cierto.

—Bueno, necesitáis *non habet legem*, y quien muere el martes jamás coge un resfriado el miércoles. Pero ese consuelo de nada sirve. ¿Creéis que puede haber otro mejor?

—¿Cuál?

—La venganza, *par exemple*, una pequeña venganza. ¿No podría uno retorcerle el cuello a este vil príncipe que abusa pérfidamente de la confianza de los caballeros? No me importa morir, pero caer en una trampa y morir como una rata atraída por un bocado de queso... ¡Ah! ¡Mi sangre de conde se rebela contra eso!

—Seguramente podríamos hacer algo, si pudiésemos reunir fuerzas. Es decir, podríamos morir con la espada en la mano, pero...

—¡Basta! No se hable más. Vamos. Recorreremos por separado los salones, reuniremos a todos los que podamos de los nuestros, y luego nos rebelaremos. Que cada uno dé cuenta de una víctima. Yo me encargaré de Su Alteza.

Con esta intención, y advertidos del terrible destino que les aguardaba, abandonaron la oscura antecapilla, atravesaron la larga serie de salones de fiesta y reunieron a todos los que pudieron apartar de los bailes, sin llamar demasiado la atención de los demás. El conde St. Aldenheim les explicó brevemente las circunstancias de su terrible situación. Muchos de los conjurados levantaban las manos y empuñaban de repente la espada, haciendo otros gestos de conmoción expresaban sentimientos de cólera o miedo. Dada la diversidad de caracteres, apenas podían disimular sus movimientos, y la energía de sus gestos empezó a llamar la atención de los invitados.

El propio Landgrave los estaba mirando. Pero en ese momento desvió su atención un tumulto originado en una antecámara, cuya causa debía tener alguna trascendencia trágica para provocar en los participantes el menosprecio por el respeto que exigían el momento y el lugar.

CAPÍTULO XXVI

Su Alteza salió consternado de la habitación, seguido por muchos invitados. En la misma antecámara, calzado con sus botas y espuelas, y mostrando todos los síntomas del desasosiego, el pánico y la confusión, se hallaba un oficial sueco barboteando fragmentos de alguna información aterradora.

—¡Todo está perdido! —dijo—. ¡No se ha salvado ni un solo regimiento!

—¿Dónde ha ocurrido? —preguntó un grupo de curiosos.

—En Nordlingen.

—¿Y en qué dirección se ha retirado el ejército sueco? —preguntó un enmascarado detrás de él.

—¡Retirarse! —replicó el oficial—. Le digo que no hay retirada. Todos han perecido. El ejército ya no existe. Caballería, infantería, artillería, todo está destruido, machacado, aniquilado. Los supervivientes están en manos de los imperiales.

En ese momento llegó el Landgrave, e intentó por todos los medios contener aquellas informaciones demasiado ligeras. Frunció el ceño, pero el oficial no lo vio. Lo cogió del brazo, pero todo fue en vano. Habló y el oficial ignoró u olvidó su rango. El pánico y una inmensa tristeza le habían roto el corazón. No le importaban los comedimientos, y el decoro y la ceremonia se habían convertido para él en palabras vanas. El ejército sueco había perecido. Sus compatriotas habían sufrido el mayor desastre de la Guerra de los Treinta Años. Había presenciado con sus propios ojos la tragedia, y no estaba en condiciones de refrenar o contener lo que fluía de su corazón.

El Landgrave se retiró. A la media hora se anunció el banquete, y Su Alteza dominó hasta tal punto sus sentimientos que ocupó su asiento en la mesa. Parecía tranquilo en medio de la agitación general, pues los invitados estaban aturridos por emociones diversas. Unos se regocijaban con la gran victoria de los imperiales y la próxima liberación de Klosterheim. Otros, que estaban en el secreto, anticipaban con horror la próxima tragedia de la venganza que el Landgrave había preparado contra sus enemigos para esa noche. Otros estaban sobrecogidos por la incertidumbre y el temor del probable cumplimiento, dudoso en la forma, pero indudablemente trágico en el resultado, de la misteriosa sentencia de La Máscara.

En estas circunstancias de agitación e inquietud general, pues de un modo u otro parecía inevitable que esa noche tenía que producirse una tragedia, no era de extrañar que el silencio y el embarazo se apoderasen totalmente de los invitados, ese tipo de alegría forzada e intermitente que proclamaba con más fuerza la agitación que dominaba los espíritus de la asamblea. El banquete fue magnífico, pero transcurrió lento y triste. La música, que rompía el silencio a intervalos, era alegre y triunfal, pero no podía disipar la gravedad que flotaba en el ambiente, y que aumentaba a

medida que se acercaba la medianoche.

Cuando el reloj dio las once, la orquesta se detuvo de pronto y, como no se entablaba ninguna conversación, la angustia de la espera se hizo todavía más dolorosa. Toda la vasta asamblea enmudeció. Los comensales miraban hacia las puertas, se miraban unos a otros o vigilaban, furtivamente, el semblante del Landgrave. De pronto se oyó un ruido en la antecámara; entró un paje con pasos rápidos y desconcertados, llegó hasta el asiento del Landgrave, se inclinó y le susurró al príncipe alguna noticia o mensaje, del que no llegó ni una sílaba a oídos de los invitados. No se produjo el menor cambio en el rostro del oyente que indicara que compartía las emociones del mensajero, que evidentemente eran de pesar o pánico, o quizá ambas a la vez. Algunos imaginaron incluso que en ese momento cruzó el semblante del Landgrave una expresión fugaz de alegría malvada. Pero, si fue así, desapareció con la misma rapidez. Un instante después, el príncipe se levantó relajado, y, simulando con éxito una tranquilidad extrema, se acercó a una de las antecámaras, en la que, al parecer, alguien lo esperaba.

¿Quién era y con qué misión venía? Éstas eran las preguntas que ahora atormentaban la curiosidad de los invitados a los que afectaba menos el desenlace final, y que angustiaban a otros cuyos destinos dependían de los acontecimientos que trajesen las próximas horas. Aún prevalecía un silencio más profundo, si cabe, que antes, y era inevitable que todos los invitados, incluso aquéllos cuyo honorable temperamento les impedía tolerar la simple idea de descubrir los secretos del Landgrave, se convertían en cierta medida en cómplices de lo que ocurría en la antecámara.

A ratos se escuchaba la voz del Landgrave, respondiendo breve y duramente, pero con el tono de quien está obligado a defenderse. Su interlocutor era serio, solemne y, al parecer, empleaba un tono amenazador o de reproche. Durante algún tiempo los tonos de voz se mantuvieron bajos, pero al subir la pasión de la discusión, se pudo apreciar menos moderación por ambas partes. Finalmente, muchos creyeron reconocer en aquella voz extraña, la de la abadesa. Esta suposición la confirmó el hecho de que se empezaba a oír con frecuencia el nombre de Paulina, relacionado con palabras ominosas acerca de cierto destino terrible que le había sucedido.

Unos momentos después se disiparon todas las dudas. Los tonos de amargo reproche se elevaron aún más. Eran, sin lugar a dudas, los de la abadesa. Acusaba al Landgrave de la sangre de Paulina, anunciaba la venganza inmediata del emperador por semejante atrocidad, y, si ésta no se producía, le auguraba una respuesta del cielo por aquel derramamiento tan fútil y absurdo de sangre inocente.

El Landgrave replicó en tono más bajo, y sus palabras fueron escasas y rápidas. Por el tono era fácil deducir que le hacía un duro reproche. Al minuto siguiente ambas partes se separaron sin más ceremonia, según todos los indicios, y llenos de ira recíproca. El Landgrave volvió a entrar en el salón de banquetes. Traía el rostro descompuesto y conmocionado, pero era tal su dominio y estaba tan habituado a

fingir que, cuando llegó a su asiento, habían desaparecido ya todos los signos de perturbación. Su semblante volvió a adoptar la habitual expresión de firme serenidad, y sus maneras recobraron el aire normal de perfecto dominio de sí mismo.

El reloj de Santa Inés dio las doce. Al sonar las campanadas, el Landgrave se levantó.

—Amigos e ilustres forasteros —dijo—. He dejado un asiento vacío para esa Máscara sangrienta que me ha conminado esta noche a responder de un crimen que no ha podido especificar, ante un tribunal que nadie conoce. Pero supongo que algunos somos tan débiles que esperamos...

—¿Que La Máscara de Klosterheim no cumpla sus compromisos? —dijo una voz profunda, interrumpiendo de pronto al Landgrave.

Todas las miradas se volvieron hacia la voz, y allí estaba La Máscara, que se sentó tranquilamente en la silla vacía.

—Está bien —dijo el Landgrave, pero el aire de humillación y pánico con que se volvió a sentar desmentían sus palabras.

Poco después volvió a levantarse y, con voz algo alterada, dijo:

—¡Criminal audaz! Desde la última vez que nos vimos he aprendido a conoceros y a apreciar vuestras intenciones. Este es el momento oportuno para que las conozca Klosterheim también. Ahora os espera un juicio que enseñará a esta ciudad a comprender los engaños que ha recibido a cambio de sus esperanzas. Ciudadanos y amigos, estos criminales e intrusos a los que veis ahora con su verdadera cara, son los responsables de la interrupción de nuestra pacífica fiesta, no yo.

Dicho esto, se levantó. Todo el público volvió a ponerse las máscaras y se dispuso a seguir a Su Alteza. Con las prisas de quien teme que alguien se anticipe a sus planes, y la cólera de un ave de rapiña, que no quiere que la víctima se le escape de las garras, el príncipe se precipitó hacia la antecapilla. Innumerables antorchas iluminaban la penumbra del interior. Por lo demás estaba como la había dejado St. Aldenheim.

Muchos de los enmascarados suecos se habían retirado al enterarse del desastre de Nordlingen. Pero otros se quedaron, reforzadas por la guardia personal del Landgrave, para constituir un cuerpo de unos quinientos hombres. Una parte de ellos, al mando del coronel Von Aremberg, rodearon el cadalso y se dispusieron para prender a todas las personas señaladas como conspiradores. Entre ellas estaba La Máscara.

El misterioso personaje se sacudió a los que intentaban ponerle las manos encima, avanzó altanero hasta el círculo, y luego, volviéndose hacia el Landgrave, dijo:

—Príncipe, sed generoso por una vez. Aceptadme como rescate por todos los demás.

El Landgrave sonrió sarcásticamente.

—Sería un trato desigual, a mi entender, cambiar una parte por el todo.

—¿El todo? ¿Y qué os hace pensar que tenéis el todo en vuestras manos?

—¿Quién puede ponerlo en duda? Ahí está el tocón; el verdugo está preparado. ¿Quién les va a salvar de esta situación, incluso a vos, Máscara?

—Quien me ha librado muchas veces de situaciones peores. Parece, príncipe, que olvidáis los últimos días de la historia de Klosterheim. Quien gobierna Klosterheim de noche, puede muy bien esperar un favor incluso mayor cuando se rebaja a pedirlo.

El Landgrave sonrió con desprecio.

—Os lo vuelvo a rogar, señor. ¿En que términos vais a garantizarles la inmunidad a estos jóvenes?

—Pedís en vano para otros y para vos.

—Entonces, ¿no hay esperanza de gracia?

El Landgrave no se dignó responder y le hizo señas a Von Aremberg.

—Caballeros, ciudadanos de Klosterheim, los que estáis libres de las sospechas del Landgrave —dijo suplicante La Máscara— ¿no os vais a unir a mí para interceder por estos jóvenes amigos, que van a morir sin juicio, por simple decreto de la ley marcial?

Los ciudadanos de Klosterheim intercedieron sin éxito.

—Caballeros, perdéis el tiempo —replicó el Landgrave.

—¿No vais a salvar a ninguno, alteza?

—A ninguno —exclamó malhumorado—, ni siquiera al más joven.

—¿Ni siquiera vais a conceder un día de prórroga a quien, tras un primer examen, resulte el menos criminal de todos?

—¿Un día de respiro? No, ni media hora. Verdugo, preparaos. Soldados, colocad las cabezas de los prisioneros para el hacha.

—¡Príncipe detestable, mirad mejor por la vuestra!

El Landgrave observó a La Máscara mientras pronunciaba estas palabras, con una sucesión de emociones reflejadas en su rostro: rabia, desdén y recelo. Luego, pálido de espanto, vio cómo el misterioso personaje se acercaba a los labios un cuerno de caza que llevaba colgado del cuello. Lo tocó y le respondieron enseguida desde el interior del convento. Siguió un silencio sepulcral. Todas las miradas se volvieron hacia el lugar de donde procedía la respuesta. La expectación era máxima, y en menos de un minuto se elevó solemnemente la cortina que separaba la capilla de la antecapilla, y mostró una vista que llenó de miedo muchos corazones, y algunas conciencias se sintieron tan horrorizadas como si realmente se hallasen ante el juicio final que había anunciado La Máscara.

CAPÍTULO XXVII

La gran capilla de Santa Inés, salón inmemorial de coronación de todos los landgraves de X, podía acoger fácilmente a siete u ocho mil espectadores. Una multitud similar se hallaba ahora reunida en las galerías que con ocasión de aquel gran acontecimiento o de una boda real se asignaban a los espectadores. Estaban provistos de armas bruñidas, y eran las fuerzas de élite del ejército imperial. La resistencia era inútil. En un instante, la manifiesta superioridad hizo perder al Landgrave todas sus esperanzas. Efectivamente, tenía ante sí a las victoriosas tropas imperiales, recién llegadas de Nordlingen.

En la parte marmórea de la capilla, al mismo nivel, se había alineado un brillante cuerpo de oficiales; y, al frente del contingente, casi a la entrada de la antecapilla, estaba el enviado imperial o embajador. Este noble se adelantó hacia la multitud de habitantes de Klosterheim y les habló así:

—Ciudadanos de Klosterheim, vengo de parte del emperador a traeros a vuestro verdadero y legítimo Landgrave, Maximiliano, hijo de vuestro último amado príncipe.

En ambas capillas resonaron las aclamaciones, y las tropas presentaron armas.

—¡Mostradnos a nuestro príncipe! ¡Rindámosle homenaje! —resonaba en todas las bocas.

—¡Esto es pura traición! —exclamó el usurpador—. El emperador incita a la traición contra su propio trono, y socava el de otros príncipes. El último Landgrave no tuvo ningún hijo. Todos lo sabéis.

—Ninguno que conociera a su asesino —replicó La Máscara—, a no ser que tuviera mejor destino que su desgraciado padre.

—¡Asesino! ¿Y qué eres tú, máscara sangrienta, con las manos manchadas aún con la sangre de quienes se negaron a sumarse a la conspiración contra vuestro legítimo príncipe?

—Ciudadanos de Klosterheim —dijo el enviado—, que el amigo del emperador responda primero de todas las ofensas. Quienes creíais que habían sido asesinados están aquí para hablar por sí mismos.

En ese momento se presentaron, ante la sorpresa de sus amigos, todos los que habían desaparecido misteriosamente de Klosterheim.

—Estos ciudadanos —dijo el enviado— abandonaron Klosterheim por los mismos pasajes secretos por los que entramos nosotros, y por la misma razón: allanar el camino de la restauración del verdadero heredero, Maximiliano IV, que tenéis aquí en la persona de este noble príncipe, y a quien Dios guarde muchos años.

Dicho esto, para maravilla de todos, se acercó a La Máscara, a la que hasta entonces todos tenían por agente del legítimo heredero.

Mientras tanto, el Landgrave, acusado de repente de tirano, usurpador y asesino, se había mantenido aparte y apenas había prestado atención a las últimas palabras del embajador. Toda una serie de emociones había atravesado en rápida sucesión su semblante. Pero, con un esfuerzo sobrehumano, se recuperó y volvió a la escena que se desarrollaba ante él. Se acercó hasta la muchedumbre, y levantando el brazo con un gesto de indignación, protestó enérgicamente de que se le imputara injustamente el asesinato del padre de Maximiliano.

—Y, sin embargo —dijo—, todas las demás falsas sospechas dirigidas contra mi persona están basadas en esa única suposición gratuita.

—Perdonadme, señor —replicó el enviado—. La evidencia fue suficiente para satisfacer al emperador y a su consejo, como demuestra el afán con que cuidó al príncipe Maximiliano, y la solicitud con que lo mantuvo apartado de vos hasta que pudiese reclamar sus derechos por las armas. Pero, si hiciese falta mayor evidencia, desde ayer tenemos en nuestro poder la confesión de un moribundo, que fue el agente empleado para dar el golpe mortal. Ese hombre murió anoche en Waldenhausen arrepentido y contrito, tras descargar completamente su conciencia. Con una evidencia tan abrumadora, el emperador no os pide más sacrificio que vuestra retirada de la vida pública a cualquiera de vuestros castillos en el principado de Oberhornstein. Pero ahora, pasemos a otra tarea más agradable. Ciudadanos de Klosterheim, dad la bienvenida en nombre del emperador a vuestro joven Landgrave. Mañana daréis la bienvenida también a vuestra futura señora, la bella condesa Paulina, prima del emperador, mi señor, y prima también de vuestro noble Landgrave.

—¡No! —exclamó el malvado usurpador—. A ella nunca la veréis viva, podéis estar seguros. Ya me he encargado de ello.

—¡Vil e indigno príncipe! —replicó Maximiliano con los ojos encendidos de pasión—. Sabed que vuestras maquinaciones, dignas de un demonio, hacia la más inocente de las damas, se han torcido y han quedado desbaratadas por vuestra propia hija, que merece un padre mucho más noble.

—Tenéis razón, si os referís a mis instrucciones para torturarla, un asunto en el que imagino que no he ejercido ningún privilegio inusual entre los soberanos alemanes. Pero no hablaba de eso.

—¿De qué otra cosa, si no? Doña Paulina ha escapado.

—Es cierto, a Falkenberg. Pero seguramente, joven Landgrave, habréis oído hablar de las leyes sobre la detención de fugitivos. En tal caso, conoceréis el castigo que impone la ley marcial. El gobernador de Falkenberg tenía sus órdenes.

Estas últimas palabras las pronunció con un tono especial. Sus ojos brillaban con destellos de malicia y salvaje venganza, exultante por su triunfo.

—¡Oh, corazón, corazón! —exclamó Maximiliano—. ¿Será cierto...?

El enviado imperial y todos los presentes se agolparon a su alrededor para ofrecerle el mayor consuelo posible. Algunos quisieron partir inmediatamente hacia Falkenberg, otros argumentaron que habían visto a Doña Paulina en las últimas horas.

Pero el infernal regocijo que le produjo al tirano la felicidad perdida de Maximiliano destruyó aquella recién nacida esperanza.

—¡Niños! —dijo—. ¡Necios niños! No alimentéis falsas ilusiones. Me habéis destruido, Landgrave, a mí y al futuro de mi casa. Ahora, pereced vos. Mirad allí. ¿Es ése el cuerpo de alguien que vive y respira?

Todos se volvieron hacia el cadalso que señalaba, y por primera vez se percataron de lo que era, a todas luces, un cadáver femenino, cubierto con un sudario negro, y sin duda llevado hasta allí para infligir mayor pena a Maximiliano. La estatura, la delicada ondulación del busto, la opulenta silueta del cuerpo, todo apuntaba en la misma dirección. En esa actitud yacente, estaba demasiado claro que eran las magníficas proporciones de Paulina.

Se hizo un silencio absoluto. ¿Quién podía atreverse a romperlo? ¿Quién iba a realizar el acto que decidiría para siempre el destino de Maximiliano?

El joven caballero se sentía incapaz de hacerlo. Al fin, el depuesto usurpador, ansiando ver culminada su venganza, se adelantó y arrancó el sudario con un salvaje tirón. Pero ¡bajo él yacía el inocente rostro, durmiendo el último sueño, de su propia y dulce hija!

Ningún corazón fue tan cruel para alegrarse de aquello. Hasta el dolor de aquel padre era sagrado. La muerte había golpeado, y por orden suya, al único ser que jamás había amado, y la pétreo maza del funesto destructor parecía haber destrozado su propio corazón, y acabado con sus esperanzas para siempre.

Todos comprendieron enseguida el error. Paulina se había quedado en Waldenhausen bajo la protección de las fuerzas imperiales que había encontrado en su fuga. El tirano, que había sido informado de su huida, pero que no había previsto la colaboración de su hija, había dado al oficial de mando del puesto militar de Falkenberg la orden tajante de capturar y ejecutar a la presa huida en cuanto llegara a Falkenberg, y sin atender ninguna explicación. Tomó esta precaución para evitar cualquier intento de Paulina de anunciar la venganza del emperador al oficial. Como rudo soldado, acostumbrado a obedecer las órdenes, el comandante había ejecutado su misión, y la gentil Adelina, que naturalmente se había apresurado a buscar la protección del castillo de su padre, murió dócilmente y con resignación ante lo que consideró un simple acto de violencia militar. Murió en la total ignorancia de la culpabilidad y caída de su padre, y sin tener la menor sospecha de que estaba relacionado con la causa de su temprana muerte.

En ese momento apareció inesperadamente en la capilla Paulina, para tranquilizar con su presencia al joven Landgrave y para llorar por su joven amiga, a quien había perdido casi antes de llegar a conocerla. Varios hombres retiraron el cadalso, el cadáver y las demás imágenes de dolor. Siete mil soldados imperiales presentaron armas al joven Landgrave y a la futura Landgravina, los radiantes favoritos del emperador. Los inmensos locales de Santa Inés resonaron con los hurras de Klosterheim, y mientras el magnífico cortejo se retiraba al interior del *schloss*, las

notas del himno de la coronación, interpretado por el coro de Santa Inés y las bandas de las tropas imperiales, inundaron los oídos de los reunidos, alentando la promesa de días más felices y de gobierno más justo para los castigados habitantes de Klosterheim.

Los habitantes de Klosterheim tenían ya suficiente información, obtenida de forma directa o por preguntas fácilmente contestadas por todas partes, para completar cualquier detalle que les faltase de las rápidas explicaciones del embajador. Sin embargo, para que aquella noche nadie se dedicara a cavilar o a hacer falsas interpretaciones, el nuevo gobierno puso en circulación un corto manifiesto del que se extraen los siguientes hechos:

El último Landgrave había sido asesinado en el bosque, durante una cacería, cuando aún era joven. Uno o dos años antes de aquella tragedia había contraído, al parecer, matrimonio morganático con una señora de alta alcurnia, estrechamente vinculada a la casa imperial. A consecuencia de este matrimonio, los hijos que pudiesen nacer de él, varones o hembras, quedaban incapacitados para sucederle. Gracias a esta circunstancia, unida al rumor que circulaba de que la viuda no tenía hijos, había escapado a todo intento de asesinato. Mientras tanto, aquella mujer, que no era otra que la Hermana Madeline, debía su seguridad a dos rumores, igualmente falsos. Pronto encontró el medio de convencer al emperador, que había sido íntimo amigo de su principesco esposo, de que su matrimonio era perfectamente legal, lo que le confería plenos derechos de sucesión a su hijo Maximiliano, al que desde edad temprana, y con el más absoluto secreto, había confiado al cuidado de su majestad imperial. Este poderoso guardián había mirado de todas las maneras posibles por los intereses del joven príncipe. Pero la Guerra de los Treinta Años había sumido a Alemania en el desorden, provocando durante algún tiempo el desconcierto del emperador y favoreciendo las especulaciones del usurpador. También había surgido últimamente en la ciudad de Klosterheim y sus dependencias otra polémica al margen del landgraviato. Ahora se decía que la ciudad era una dependencia femenina y que sólo podía pasar de nuevo a las manos de los landgraves de X a través de un matrimonio con la heredera femenina. Con vistas a conciliar todas las reclamaciones y eliminar ese obstáculo del camino, el emperador había decidido favorecer el matrimonio de Maximiliano con Paulina, que estaba relacionada tanto con la casa imperial como con la de su amante. Por esa razón había enviado a la condesa Paulina a Klosterheim con los documentos que certificaban la legitimidad de los derechos de ambas partes. Aquéllos eran los documentos que le habían robado en Waldenhausen; y la carta destinada a presentar a Maximiliano como el hijo y único representante del anterior Landgrave asesinado, había caído de esta forma en manos del usurpador, haciendo que éste dirigiese equivocadamente sus ataques contra Paulina.

Lo demás, es decir, las misteriosas actuaciones de La Máscara, tenían fácil explicación. El miedo y las exageraciones que produce le habían ahorrado la mitad del trabajo, pues el pueblo había caído fácilmente en los engaños previamente

planeados, y había aumentado el romántico asombro ante sus hazañas. También había beneficiado a La Máscara la colaboración de los estudiantes, y de otros que se habían ofrecido como vigilantes nocturnos para atraparlo. Los indicios de luchas mortales se habían preparado artificialmente para favorecer el plan y aumentar el terror. Finalmente, los pasadizos secretos que comunicaban el bosque con la capilla de Santa Inés (pasadizos que se empleaban con ese fin en la Guerra de los Treinta Años) los puso a su disposición, sin ninguna reserva, la señora abadesa, que era una gran amiga de la infeliz Landgravina y simpatizaba profundamente con los inmerecidos sufrimientos de dicha dama.

Todavía hubo una explicación más, revelada en forma de carta por Maximiliano al embajador. Estaba relacionada con el asesinato del viejo senescal, asunto en el que el joven príncipe tenía algo de culpa, pues había provocado, sin quererlo, el desgraciado fin de ese excelente sirviente.

«El senescal —decía la carta— era un fiel amigo de mi familia, y conocía el curso completo de mis desventuras. Siguió con su empleo en el *schloss* para servir mis intereses, y, en cierta medida, temo que ocasioné su trágico final. Al atravesar una noche una serie de habitaciones que mis cómplices y mi misterioso disfraz me abrían a todas horas, me topé de repente con la figura del príncipe. Me persiguió, aunque vacilante. Me detuve un instante ante el retrato de mi infeliz padre y llamé enérgicamente su atención. Estaba seguro de que su conciencia haría algún comentario sobre mi acto. Conseguí la impresión esperada, pero no lo bastante fuerte como para impedir su persecución. Mi camino lo condujo innecesariamente hasta la habitación del senescal. El anciano estaba dormido, y esta circunstancia azarosa puso en manos del Landgrave un documento que, en mi opinión, arrojaba bastante luz sobre mis pretensiones. De hecho, fue la primera vez que mi enemigo supo de mi existencia y de mis intereses. Mientras tanto, el senescal se había atraído la venganza del príncipe. Ahora se sabía que era un fiel agente a mi servicio. Este incidente firmó su sentencia de muerte. Hay una ventana en una galería desde la que se domina el interior de la habitación del senescal. En la noche de la última fiesta, mientras esperaba una oportunidad para hablar con este fiel servidor, oí un profundo quejido, y luego otro, y otro. Me subí al alféizar y lancé una exclamación de horror al descubrir cómo el asesino contemplaba a su víctima con una diabólica expresión de triunfo. Mi exclamación atrajo la mirada del asesino. Tengo razones para creer que el remordimiento de su alterada conciencia le llevó a confundirme con mi desgraciado padre, muerto cuando tenía mi edad, y al que, según me han dicho, me parezco mucho. No creo necesario dar el nombre del asesino, que salió espantado, como quien huye de una aparición.

»Aprendida la lección de este incidente, esa misma noche aproveché el parecido con mi padre, el carácter misterioso del personaje que representaba y la prueba que había anunciado justo antes de conocer el secreto de la muerte del senescal para impresionar intensamente, justo en el momento en que se revelaba lo ocurrido, al

príncipe, que dio por terminados los festejos de esa noche, y que presencié todo Klosterheim. Y si no, que el propio príncipe confiese cómo pude impresionarle tanto».

Esta expresión de horror inexplicable que manifestó el Landgrave ante la súbita revelación del rostro de La Máscara recibió una extraordinaria confirmación con la delirante confesión del miserable asesino de Waldenhausen. La enfermedad de este hombre había surgido ante el repentino choque de una situación muy parecida en una conciencia más perturbada y en una mente más supersticiosa. En el preciso instante en que intentaba asesinar o robar a Maximiliano, el príncipe lo arrastró de pronto hacia la luz. Ésta iluminó plenamente unos rasgos que al asesino le recordaron vivamente los del desgraciado Landgrave anterior en los días de su floreciente juventud y en su palacio de caza preferido, no lejos del cual se había perpetrado el crimen que había trastornado bastante el entendimiento del culpable, acabando por producirle una fiebre nerviosa que le ocasionó al fin la muerte.

Una muerte, felizmente de similares características, le sobrevino pronto al depuesto Landgrave. Yacía junto a su hija, cuyo recuerdo sirvió tanto como su penitencia para reunir en torno a su último lecho pensamientos indulgentes, incluso de los que habían sufrido por sus crímenes. Klosterheim floreció en los años siguientes y fue una de las ciudades que se benefició con la Paz de Westfalia. Se acometieron numerosos cambios que afectaron considerablemente al aspecto arquitectónico de la ciudad y sus pintorescas antigüedades. Pero, a pesar de todos estos cambios, todavía existen pasajes secretos, y hasta el día de hoy, se muestran ocasionalmente a los forasteros de rango y consideración, gracias a lo cual, más que a ninguna otra de las ventajas de que disponía, La Máscara de Klosterheim pudo recuperar sus derechos patrimoniales, y al mismo tiempo, liberar de una creciente opresión a sus compatriotas y súbditos.



Thomas de Quincey.

THOMAS DE QUINCEY (Manchester, 1785 - Edimburgo, 1859) fue un periodista, crítico, y escritor británico del Romanticismo.

Nacido en una acaudalada familia, fue educado por profesores particulares y asistió a las escuelas de Bath y Winkfield, terminando su educación en Manchester. A los diecisiete años se fugó de su casa viviendo una vida bohemia durante gran tiempo en Gales y Londres. De vuelta a casa, fue enviado al Worcester College de Oxford, donde no terminó sus estudios y se hizo adicto al opio, en principio usado para combatir sus continuas neuralgias. Marchó a Grasmere, formando parte del círculo de intelectuales de Coleridge. En 1820, De Quincey se instala en Londres donde se convierte en colaborador del *London Magazine*, en el que publica sus famosas *Confesiones de un inglés comedor de opio* (1821), una apasionante descripción de su propia experiencia como opiómano. El éxito repentino de la obra no dio a De Quincey la tranquilidad y solvencia necesarias para poder dedicarse en cuerpo y alma al estudio y a la reflexión, como hubiera sido su deseo. Se casó con la hija de un granjero, Margaret Simpson, en 1816 y tuvo ocho hijos. En 1832 muere su hijo mayor y cinco años más tarde, su mujer. Aunque escribió sin descanso toda su vida, Thomas de Quincey apenas publicó unas cuantas obras, cuyos escasos beneficios lo obligaron a malvivir hasta su muerte en Edimburgo, en 1859.

Además de sus numerosas colaboraciones en varias revistas y periódicos, escribió algunos ensayos como *Leyendo a las puertas de Macbeth*, una brillante pieza de crítica shakesperiana; *El asesinato considerado como una de las bellas artes* (1827), *Suspira de Profundis* (1845), *Juana de Arco* (1847), *El coche correo inglés* (1849) y

Apuntes autobiográficos (1853).